

A mi distinguido amigo el
Sr. Ricardo Villaverde

FRANKLIN HARROW

el autor

Mayo/90

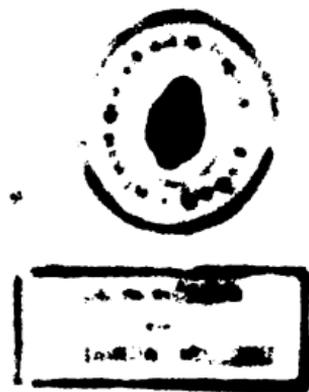
Cocina criolla

*** Y ***

Salsa india



Febrero de 1902



Dice Tarass en el campo de batalla: «Pobre hijo mio, he tenido que pasarte el pecho con mi propia mano y propia lanza, porque has renegado de la tradicion de tu raza y amenguado la altivez de tu padre. ¡Pobre hijo mio, hermoso, fuerte, amado y valiente, ¡qué te faltaba para ser un Cosacol»

Gogol—(Tarass Bulba).

Héctor Varela consagró que el talento y el valor andaban tirados por la calle en la República Argentina.

Descendientes de San Martín y de Moreno: ¡qué os falta para no cometer las más indignas de las cobardías, la de la acción y la del pensamiento?

AL LECTOR

“Come y bebe de mis escritos, decía Larra á su criado, en la clásica Noche buena, es la única manera de meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes; engúllete el producto de mis dolores morales y de las torturas de mi cerebro; asimílate siquiera en esa forma la verdad de mi experiencia.”

Pero, por más que el triste contraste de las miserias humanas con sus utopias de pensador, de crítico ó de poeta, hicieran estallar una pistola en su inspiradísima frente, á Figaro pagaban á buen precio de doblones sus devaneos literarios.

¿Quién es aquí el que paga, por más que exponga propia experiencia adquirida con no menos dolores é injustos desgarramientos?

“Parirás con dolor, antes y despues”

Los artículos, hechos dinero, se ingerían y digerían por el criado porque servían á la gula de sus vicios.

Entre nosotros, en Mendoza, ¿cómo se digerirán los libros, si no sirven á los apetitos de la masa social?

Allá vá este panfleto, gratis siquiera, con una tentativa de adaptarse á la digestibilidad media de los estómagos.

Contiene verdad. Quien quiere servir á ella, no la vende.

Contiene amor, aunque hiéra. Quien ama, no hace pagar su pasion.

El que esto escribe, no tiene hoy pretensiones literarias. Si las tuviera,

tendría el coraje de buscar el aplauso lejos de las urracas y de los cuervos, encaminándose hácia los templos olímpicos, á cuya puerta aletean los ángeles de luz, llamando á los que sueñan con la gloria.

Este panfleto no contiene más unidad literaria, que la persistencia de convicciones profundas y de una anticipada resignacion por el flajelo á su temeraria audacia.

Lean ustedes.

Venga el castigo. Con él ó no, puede asegurarles la reincidencia

EL AUTOR.

“A nadie se ofenderá á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estara, pues, que deje de parecersele.”

LARBA.

Entendido que á nadie se ofenderá con intención deliberada, pero que, siendo este panfleto destinado á consignar impresiones recojidas sobre las cosas y los hombres, las alusiones tienen que surgir lójicamente y lastimar á las figuras descollantes de primer término en el cuadro social y político cuya revelación intentan las tintas y medias tintas de mi pluma debutante en esta clase de publicaciones.

¿Será una publicación de combate?

Tal vez resulte así.

¿De circunstancias?

Lo será, indudablemente, como lo demostrarán los concretos de actualidad de que haré mérito para robustecer las generalizaciones á que debo llegar para impulso de alguna acción altruista, y despertar de tanta honrada conciencia que no se hace sentir en el medio ambiente por una ingénita y tradicional cachaza mendocina.

Herirán estas páginas, aunque, desde lo más íntimo y sincero de mi alma, pugna por salir la protesta de que las inspira el amor.

* * *

El temperamento con que se nace, por herencia, la edad naturalmente sujeta á variaciones en el hombre, la educación é instrucción recibidas, la época histórica, las circunstancias exteriores del medio, y mil otras causas, llegan á determinar en el individuo estados psicológicos que marcan el diapasón de nuestras pasiones y de nuestros pensamientos.

Son ambas cosas más ó ménos intensas, más ó ménos claras, más ó ménos levantadas ó evangélicas, segun aquellos anteriores ajentes.

Por no tener en cuenta esto, sucede que el criterio general se equivoca enormemen-

te al fijar la responsabilidad moral é intelectual en las manifestaciones humanas.

Se formula un juicio, y con mucha razon, por cierto, sobre un sujeto de veinte años; á los cuarenta del mismo, los elementos de criterio han variado, pero el vulgo sigue persistiendo con cruel fatalidad respecto de su anterior opinion.

¡Pobre de aquel que no tuvo la suerte de ser favorecido con la gracia tan omnipotente como anónima!

La puerta hácia la redencion resulta de hierro, la altura parece inaccesible; mientras que el camino del descenso ó la estadía en la inercia indigna, atraen y fijan á los que, por condiciones innatas, no tienen la fuerza orgánica ó la clarovidencia de lo que suele alcanzarse con la lucha.

Son los más.

La *élite* es una excepcion.

Combatiremos aquel prejuicio.

* * *

Hace mucho que han pasado mis veinte años, y, con ellos, la aptitud para sentir fruicción en la voráGINE, en la lucha á veces satánica ó miserable de los odios de aldea....

«A mi adversario sentir,
Su cuerpo y su furia ver,
Y despreciarle al caer
Y despreciarle al morir.
.....»

Estoy profundamente convencido, por experiencia, que nada amarga más nuestra existencia que el rencor tenaz, que la envidia y el odio, sólo dignos de los eunucos sombríos é impotentes.

De todo eso, sólo me queda el persistente y avisor recuerdo de las horas de insomnio y de remordimiento que tantas veces dovoré, envuelto en sombras y sábanas mal ocultadoras de la transitoria vergüenza de un alma extraviada.....

Amor, y corazon abierto al bien y á la paz.

Mi examen íntimo me asegura reiteradamente que, bajo la influencia de ese estado moral, escribo estas líneas.

¿Por qué entonces, se dirá, ellas resultarán militantes, amargas casi siempre?

Porque mi presente propósito no es hacer la lírica apología de lo bueno, de lo progresista, que ya se defenderá y mantendrá solo en la sociedad, por virtud de su propio peso específico, sinó que quiero presentar cosas, hombres y estados morbosos del medio, que no se eleva por esas influencias deletéreas que pocos ó casi nadie se atreve á evidenciar con observacion imparcial, con edificante audacia y con maduro carácter.

Las críticas no resultarán sistemáticas, porque si surge el aplauso, se discernirá merecidamente, sin la más remota ó mezquina emulación.

* * *

Eugenio Cambaceres, revelado por casualidad como el novelista psicólogo más genial, en nuestra incipiente literatura patria, empezaba su primer libro de *Silbidos de un vago* de este modo:

« Soy rico, vivo de mis rentas, y nada tengo que hacer.

Echo los ojos para distraerme y..... escribo.

Si alguno espera encontrar algo de serio en mi libro, arrójelo..... no quiero ni puedo producir nada serio.....»

Sabía bien que la producción literaria es la más genuina muestra de la selección moral é intelectual en los pueblos, y que

un libro, por más fecunda semilla que sea, no es para lanzarlo *en serio* sinó en cierto medio y en ciertos tiempos.

Pero él obedecía á un impulso imperioso de su ánimo, á la necesidad mortificante de salir del penoso parto, cuya incubacion se cristaliza en el cerebro del hombre despues de mil dolores, solo apreciables por el mismo paciente. «Sufrirás antes y despues de él.»

«Esto es luchar con lo imposible. La idea está aquí: bajo mi ardorosa frente se ajita! yo la siento! á veces luz interna la ilumina y la veo.... la veo con su forma flotante, con sus vagos contornos..... pero..... ah! sarcasmo de la impotencia! Los contornos se borran, la vision se desvanece, gritos y suspiros se extinguen..... y la nada, la nada, me rodea. La monotonía del espacio vacío, del pensamiento inerte, del cansancio somnoliento! Más que todo eso: la monotonía de una pluma inmóvil y de un papel sin vida,

sin la vida de la idea. Ah, cuantas formas tiene la nada, y cómo se burla de creadores de mi estofa!

No—pues, yo no cedo! Pensaré más, más.... hasta vencer ó hasta estrellarme. No, yo nunca me doy por vencido. A ver.... á ver si de este modo.....» (1)

Síntesis admirable de psicología comun, aplicable á toda ambicion literaria, imposible de desenvolverse en el ambiente de las provincias argentinas, donde su vida infantil ó bárbara que no ha satisfecho aún sus necesidades materiales, dificulta la evolucion de la inteligencia de la juventud, ahogada al nacer por el lógico como grosero materialismo, ó bien arras-trada por irresistible expansion hácia el ála del gran pulpo metropolitano, donde

(1) Todas mis citas son reconstruidas libremente de memoria, con excepcion de esta de Echegaray y la otra que en el curso de la obra se hace del *Facundo*.—La eufonia, ó la necesidad lógica de ampliar el concepto, pueden, en ciertos casos autorizar al autor á tener libertad para el arreglo de fragmentos ajenos.

hay algo que flota y donde el templo de la gloria presenta muchas puertas al anhelo por la luz y por el bien.

Y si los cerebros se atrofian en provincias, en la desesperacion y la evidencia de que en la aldea solo surgen las mediocridades dóciles y nunca temibles para los mandones ambiciosos de poder eterno; si la historia misma nos está mostrando lo estéril de todo esfuerzo intelectual que se persigue y se aplasta en vez de alentarse; si yo mismo aquilatando el valor intrínseco de lo que puedo dar al lado de aquel genial novelista argentino, me resultará á todas luces temerario, cuando no pedantesco, escribir para un público, no ya indiferente, sinó prevenido contra todo aleteo de abutarda, como nos califican los Sanchos erutadores de laboriosas digestiones.

Pues, *anche' io!*

Y mucho más, si uno de los móviles de estas pájinas para las que ya acepto el calificativo de militantes, es justamente

la exposicion histórica del vergonzoso fenómeno que se produce en Mendoza, sin una alentadora iniciativa para combatirlo, respecto de la criminal indiferencia de Gobiernos, hombres dirigentes y pueblo, para todo aquello que no se cotice inmediatamente en hectáreas de viña ó reproductores de vacunos: riqueza material que aumenta de dia en dia la falanje de los *parvenus*, que, por otra parte, merecerían un aplauso por la virtud del trabajo, si no fuera que con ellos se aumenta la récua insolente que, fomentada por tácito consumo, dificulta un progreso intelectual y una *élite* en cuya aristocracia no podrían jamás ingresar con todos sus millones.

Ya salvo del otro lado de la orilla, y parapetado en la roca inaccesible, Ajax retando á los dioses, no hace mucho, como no hay gran heroismo en Aquiles, seguro de ser invulnerable, en ser caudillo y vencedor en cien combates con los de-

generados troyanos. Cambaceres, rico, genial y audaz, brillante, casi como Alcibiades, no comprometía en su insolencia de escritor, ni una posición, ni una hora de reposo.

En Buenos Aires como en Mendoza, la mayoría profesa devotamente el culto reverente al bellocino de oro.

Allí como aquí, la mayoría se da el lujo de prosternarse al dinero, y al éxito incontrastable.

No he podido encontrar de nuevo aquellos libros para recorrerlos y refrescar la memoria después de veinte años. Pero todos saben que desfilaban con toda claridad, en curso carnavalesco, los corifeos populares y los altos funcionarios públicos.

A Mitre, á Quintana, á Pellegrini, á D'Amico, á Roca, se les exhibían sus mistificaciones de falsos ídolos, consagrados en fetiquista adoración, no por virtud de la propia fuerza ó de atributos divinos,

sinó por el convencionalismo de un pueblo irreflexivo, que encuentra más cómodo doblar sin más trámite la rodilla, antes que darse el trabajo de hacer un análisis prolijo de aquellos á quienes acuerda sus plebeyos y bizantinos sufragios.

Mostraba más:

Un adulterio con la más cínica agravante de que el culpable había hecho la más ruin traición á la amistad y al favoritismo que daba un protector de buena fé. El éxito en la infamia, revestido con las pompas de una riqueza de familia patricia, veló todo. El seductor siguió impune, pavoneándose por la calle Florida, ostentando en el ojal de su correcta levita la cruz de la legion de honor que el vulgo plebeyo ó aristocrático otorga á los triunfadores, aunque la victoria pisotee los más grandes y dignificadores sentimientos en la criatura humana.

Homenaje al éxito, que en los hombres hace esclavos, parásitos, satélites, con la

abdición repugnante de la personalidad, y, en los pueblos, incuba los Césares y el despotismo.

Pues combatir esa servil adoración del éxito, que es hoy la enfermedad moral más grave en el país, es acaso el propósito principal de este panfleto, que se escribe principalmente con datos de Mendoza, pero que, por extensión y por la uniformidad del nivel moral en que hoy se ahogan los pueblos argentinos, bien puede ser observación matemática y psicológica lo mismo de Jujuy que de la ninfa de los valles andinos, ninfa mil veces violada, y ya contenta con el cambio de su túnica de blancas espumas, por el rasgado y llamativo manto de las cortesanas.

Cambaceres escribió sus varios libros, y siguió su vida bien conocida: seis meses en París, cuatro en Buenos Aires y dos en sus hermosas posesiones de campo, donde iba á auto-sugestionarse como poeta en medio de la naturaleza, de las pampas

magestuosas, y en la celebracion honrada y salvaje del culto de la fecundidad animal — cumplimiento de una ley divina para satisfaccion de los apetitos del hombre, que explota hasta el hermoso instinto de las bestias para su avaricia y para sus vicios.

Y Cambaceres, rico, brillante, genial, Lúculo, Alcibiades, por virtud del poder de sus millones y de su filosofía epicúrea ó estoica, siguió hasta morir cortando mil veces la cola á muchos podencos, como el ateniense.

* * *

Pues *anche'io*.

No alcanzarán estas páginas á *Silbidos de un vago*, ni su autor puede parecerse ni remotamente al genial escritor naturalista argentino.

Nací aquí, en la miseria y en la aldea, bajo techos de paja, pero de noble abo-lengo convencional en estas tolderías: mezcla de chulo, indio y vasco. El chulo suele ó solía decir ¡qué se me dá á mí! tomando el agresivo desplante; el indio odia y mastica la venganza en silencio, aunque por degeneracion á veces perdona en veinte y cuatro horas; el vasco trabaja incansablemente, resiste al dolor y á la lucha,

y siente, según el criterio común y exitista, el perjudicial arranque á la independencia.

Entre los papeles de mi escritorio tengo infinitos apuntes sobre un frondosísimo árbol genealógico del cual yo soy uno de los últimos vástagos.

He formado conciencia científica de que la acción silenciosa, pero enérgica, de los elementos atávicos que se fijaron orgánicamente en mí, me habrían anulado desde un principio en el más pobre y vulgarísimo anónimo, si no fuera porque nací con algunas *facultades compensadoras* y, porque otras providenciales circunstancias de mi vida, cuya gratitud pertenece á lo íntimo y más limpio de mi alma, han venido hasta hoy, en encarnizada revolución y lucha, á crear una individualidad bien de pie, á despecho de tanto gratuito como envidioso eunuco, incapaz de sueño tranquilo por ajenos triunfos.

Anche'io.—Cerca no más de la roca, for-

taleza del héroe, hijo de mis obras, de mi voluntad y *del trabajo*, agrego una ocasión más para implacables odios, pasto tan dulcemente jugoso para tantos, y, preparado para los rayos olímpicos vengadores, escribo este libro y recuerdo á Ajax: «Me salvaré á pesar de los dioses».

* * *

Y escriba usted libros despues de los siguientes cuentos, que no son cuentos, sinó las más auténticas historias.

Un dia que fuí hacé seis ó siete años, creo, á la Agencia de publicaciones de Don Flavio, me dijo:—Pero ¿por qué no me compra Vd., siquiera, un libro de *Souht América* de Agustin Alvarez; yo sé que es bueno, que en B. Aires se ha leído mucho, qué á su autor le ha conquistado merecidamente una reputacion de escritor original y filósofo. . . Pero hombre, siquiera porque es mendocino y porque aseguran todos los diarios importantes de la Capital que tal libro acusa una vena poco comun que producirá mucho más, y hará

una verdadera gloria en el porvenir, dando lustre á este pedazo de tierra. . . .

—Lo leí hace un año, cuando apareció, le dije, pero, como no recuerdo qué bien aventurado lector de ojito me lo llevó sin intencion de volverlo, tomaré otro.—Pero, por qué me dice, *Vd. siquiera?*

—Vea Vd., hace ocho mescs me mandó el Doctor Alvarez esos cincuenta ejemplares, fijando el precio de un peso cada uno. Hice escribir sueltos en los diarios locales, lo anuncié personalmente á cada cliente que venía.... y todos me decían... *puff, de Agustin...!* No saqué por comision el valor de los avisos.—Ahora acaba de encontrarse aquí el autor, de paso para Chile, é informado de la proteccion, justicia ó estímulo para su talento, me autorizó para que los venda á cincuenta centavos, los que á Ud. corresponde pagar ya, segun el precio de liquidación para esta mercadería que ha venido á esta plaza por error.

(Dos ó tres años despues, el vendedor D. Flavio, se murió, ofreciendo el libro sin haber colocado otro ejemplar más.)

—¿Y qué dijo Agustin, no se indignó al conocer la suficiente y olímpica manifestacion de estos críticos criollos?

—Nó—se sonrió con toda mansedumbre, sin proferir un solo reproche.

Es claro, ya lo creo que hizo bien! ¿Rompió la pluma, como lo hubiesen deseado sus comprovincianos?

Ha escrito varios otros libros que se leen en todo el país y en el extranjero, ménos en Mendoza. Al más orijinal, *Patología Política*, se lo recomendé mucho á un librero de aquí, para que lo divulgara haciéndolo venir.....

—Pida cincuenta números— yo le haré el *rèclame* en *El Debate*.....

—No señor, —pediré diez— ya no aguanto tanto clavo con obras de autores nacionales.

El librero tambien resultaba crítico.

Si solo el éxito en Provincia hubiera de determinar la acción de los que tienen aspiraciones ó se sienten llamados á mostrar, para gloria propia y bien ajeno, su individualidad intelectual, bien lucidos estaríamos.

Por desgracia, el temple estoico tan indispensable como salvador de la juventud que nace bien dotada, se va debilitando cada día más,—fenómeno desesperante, cuya responsabilidad he de hacer recaer en estos hombres representativos á quienes todos tienden á imitar y á oír.

Yo he de mostrar luego, cómo, parece un prurito sistemático de estos elejidos, embrutecer más bien á los jóvenes, debilitarles con el fomento del sibaritismo ordinario, la fuerza del carácter y la noble ambición que, sumada en una pléyade de animosos, levantaría la superficie y haría flotar á todos en el nivel alto, comun y uniforme.

* * *

Otro caso triste, con tintes pintorescos.

En ninguna parte hay más *tupé* para llamar *bruto* á cualquiera, que entre los rechonchos y pletóricos críticos mendocinos.

Para otorgarse á sí mismo el diploma de pontífice, basta con no haber hecho absolutamente nada con aquello con que el comun de las gentes piensa y siente algun ideal.

Basta ser grave, casi mudo, vale decir con aire de Diputado á la *Sala*, para dispensar concepto.

Hay algo de natural en esto: no habiendo ni la boca ni la pluma señalado la

verdadera y relativa posición de los pies y la cabeza, no hay, en rigor, derecho para negar un posible talento que puede bien haberse *conservado* para no profanarlo exhibiéndolo entre este vulgo.

El que hizo un libro, cosa pública, «¿para qué lo hizo si no quiere que lo juzguemos?»

Ya se sabe el criterio para el hijo del majuelo, *puff, de Agustín....!*

(Este folleto carece de ilustraciones pictóricas, por eso no se expresa la mueca desdeñosa, *puff, de Agustín!....*)

Pues el Dr. Abraham Lenos hizo varios libros: monografías sobre temas de ciencia médica; un estudio, lo único que hasta hoy se ha hecho de serio, respecto de análisis de las aguas de Mendoza; un libro de viaje (*Mendoza á Valparaíso*); biografía de D. Pedro Pascual Segura y análisis histórico de su tiempo, (inérita en mi poder); descripción completa, demográfica, física, histórica, sociológica de Mendoza, & &.

Por eso le llamaban bruto.

Este hombre genial, rara amalgama de una extravagancia melancólica y de una ilustracion y talento indiscutible para todo crítico que no fuera de esos graves, gravísimos que he citado, no tenía el estoicismo de Agustin, que sonreía ante el *aliento* de sus paisanos.

Don Abraham *brutaba* rabiosamente mucho más que todos los *bruteadores* oficiosos ó de oficio.

Un dia envió su último libro al General Mitre, con quien mantenía buena relacion personal y la afinidad republicana que se establece entre los obreros del pensamiento.

Llegué á su casa; aquel hombre leía y releía una carta entre raros y ásperos trasportes.....

«Mira, lee, lee, para que veas cómo me juzga el General, mientras esta canalla no conoce su *plata labrada*.... lee tú; que.....
«Mi distinguido y viejo amigo:

Junto con el envio de su último libro,

completo el honor de tener ya cuatro interesantes volúmenes suyos en mi biblioteca.

El espíritu analítico que siempre distinguió á su incansable inteligencia, se muestra en su obra con gran provecho, ya que fué destinada á hacer conocer á esa hermosa Provincia en la última Exposicion de Paris.»

.....
Era la carta del viejo patricio, que, si siempre fué generoso, no dejó de ser severamente justo.

Yo me atreví á repetir en prosa, como una reminiscencia, el verso de Byron:

«Perros ú hombres,—y advertid que os alabo llamándoos perros, porque estos valen más que vosotros;—ladrad en impotente rabia, que no habeis de detener el vuelo de mi atrevida inspiracion, que se remonta hasta los espacios infinitos, donde hay luz para mis ojos y no hay remedio para vuestra sarna...»

¿Qué había contribuido á exasperar más á aquel hombre, contra estos protectores de las letras y del culto á Minerva?

Bajo el Gobierno del Sr. Tiburcio Benegas se comisionó al Dr. Lemos para que hiciera la *Sinópsis* de Mendoza, que debía enviarse ante aquel torneo universal, en París.

El libro se escribió tan bueno y tan completo, que era necesario á toda costa que los Zoilos y Aristarcos criollos quemaran sus naves para no permitir que una reputacion se consolidara. Era preciso encontrar siquiera, *ex-cátedra*, la estrechez de la sandalia de Venus que, degenerada con tal detalle, la hacía monstruosa.--A ocultarla!

Ya sé que esto será para los infalibles que no analizan á los hombres, para fulminarlos, para idolatrarlos servilmente, una apreciacion apasionada y temeraria: el Doctor Serú, que ha sido en Mendoza por más de treinta años el más afortuna-

do usufructuario de las posiciones oficiales, donde ha perseverado, por temperamento ó por calculado sistema, en negar hasta el más insignificante estímulo á toda actividad intelectual, se frotaría tal vez las manos cuando un oficioso galeno, colega del Doctor Lemos, le hizo conocer el descubrimiento de que la *Sinópsis* era una obra deschavetada, como hija de un cerebro extravagante y deschavetado tambien.

Razon de no te muevas: habían descubierto que el *ignorante* Doctor Lemos se había permitido adjudicar doce patas ó tentáculos á no sé qué arcnido que solo tejía sus inconsistentes mallas con ocho.

¡Qué barbaridad! — ¿Cómo vamos á exhibirnos en París con tales dislates?

¿Por qué hemos de consentir que la ignorancia de una nulidad vaya á comprometer nuestra ciencia y el lugar indiscutiblemente conquistado entre los discípulos de Cuvier y de Buffon?

El Ministro Serú resolvió *ocultar*, cari-

tativamente para Mendoza y para el autor, el trabajo.

Pero el Doctor Lemos, segun compromiso previo con el Gobernador Benegas, fué nombrado Representante de la Provincia cerca de la Exposicion y, por cuenta y riesgo de una conciencia contraria á Galenos y á Mecenas ministeriales, se llevó unos ejemplares que le costaron mucho obtener subrepticamente.

Los jurados leyeron, estudiaron, meditaron, compararon..... ninguno dijo: *puff*, *Piedra infernal!* (1)

Los jurados resolvieron traducir al francés é insertar en el *Diario de la Exposicion*, solo dos Sinópsis: la de Buenos Aires y la de Mendoza, como las más completas y mejores presentadas desde estos países.

Yo tuve ocasion de transcribir en un diario local los conceptos altamente justicieros y encomiásticos con que la redac-

(1) Apodo maligno con que pacientes ingratos designaban al Dr. Lemos.

cion de aquél diario recomendara la obra excomulgada en este Olimpo. Lemos estaba ya de vuelta y no pudo tener intervencion ninguna en aquel acto.

A propósito del mismo libro, llegó la carta del General Mitre, poco despues.

Qué plancha de Mecenas Ministerial!

El tema es larguísimo con solo hechos concretos, pero, en obsequio de la variedad que el lector necesita para no aburrirse, suspendemos el tema y lo cortamos solamente.

Hasta luego.

* * *

La adoracion al éxito, el respeto idiota, y á veces inconsciente del hecho consumado, viene creando perniciosamente cierta impunidad para hombres y partidos políticos que tienen el poder, poco importan los medios empleados para su exaltacion.

La razon es el triunfo, y esta escuela es lo que más dificulta la regeneracion moral de las conciencias y el mejoramiento de nuestras prácticas sociales.

El de arriba está pletórico, satisfecho, no critica. Al de abajo no se le admite personalidad para la censura, porque todos los exitistas atribuyen á loca ambición

ó despecho los móviles de sus protestas.

Fulano de Tal tiene la audacia nobilísima de arrancar una careta, de mostrar una mistificación, de clamar por una estricta justicia que perjudicará á un hombre pero que beneficiará al pueblo, y todos los adulones se apresuran á formar el coro: «*No le alcanza....! ¿cómo puede Vd. comparar....? el uno es Diputado, Gobernador, Ministro y éste.... plumario, que grita porque no viene con nosotros al banquete.... A ver, ¿qué tiene? es un loco de verano....!*»

Hace muy poco, el país entero ha palpado la más sensacional noticia que abona lo que digo.

Un hombre público de inmensa popularidad, alcanzada por méritos propios como también por el servilismo de la muchedumbre, inco modaba ya con su desplante de caudillo á otros poderosos. Se le hizo una traición para obligarlo á dar un aparente paso en falso; el hombre se exalta, y tiene un instante de reacción moral, el

más independiente y el más edificante de su vida de complacencias y cortesánías. Le fulminan desde más arriba y le remachan su ex-comunion con inconstantes como dóciles mayorías parlamentarias. Pierde el favor del César, y el brillante manipulador de pasteles electorales, se desploma.

«¿Qué maza lo ha postrado?»

La traicion hábilísima ha vencido, y afirmado el pie de sus autores.

Grandes y pequeños corren á empujarse para presentar sus incondicionales respetos al vencedor, mientras que la veleidad del pueblo envilecido señala al otro el áspero camino de Belisario....., pero no ha cegado; ni el fardo de la miseria humana que se ha intentado arrojar á sus espaldas, ha encorvado su cuerpo de atleta.

«¿Qué maza lo ha postrado?»

¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?....

Es que despues del rayo de los Dioses

Viene á escupirle el rostro la canalla!»

En la Capital, donde, fuera de duda, hay un nivel intelectual superior que podría permitir un análisis que fomentara reaccion, se ve predominar el criterio exitista que prestigia y rodea al que manda, quien á su vez sigue, despues de Juárez, enviando á las Provincias aquella fórmula que consagró el descarado cesarismo, vencido por el ejército y nó por el pueblo: «*rodeen á Calixto!*»

Allí dicen: ¡viva el Presidente!, y en estas aldeas: «*A Camacho el rico, me atengo!*»

Y si Vd. rehusa los lechones de Camacho; si deja á Sancho solo, para ir á intentar quebrar una lanza tras de un ideal cualquiera, el noventa y nueve por ciento se ofrece para enchalecarlo!

De aquí resultan estas oligarquías y nepotismos que perduran y perdurarán con los dos factores poderosos: el egoismo ó instinto de conservacion de los usufructuarios y la abyeccion officiosa de la turba anónima que adula y rodea al

que ya puede y manda, sin ocurrírsele para nada, que otros pueden y merecen alcanzar las mismas alturas para bien del mismo pueblo que adora el éxito y dice:
«*A Camacho el rico!*»

Por fortuna quedan espíritus líricos que, á pesar de esa inmunidad que se acuerda servilmente á los encumbrados que traicionan su mision, su conciencia y el sistema de gobierno que nos legaron antepasados moralmente ilustres, se atreven á levantar la voz para llamar las cosas por su nombre, aunque en premio de tan altruista temeridad, los publicanos y los fariseos los empujen al camino del Calvario.

En todo caso, es al pueblo á quien hay que despertar la conciencia para que sea alguna vez capaz de algun criterio, bastante para ver la pequeñez y el oro falso de sus ídolos.

«Los grandes, solo son grandes porque los vemos de rodillas; levantémonos, y los veremos iguales á nosotros!»

Y la democracia es el gobierno de los iguales, donde cada uno debe actuar periódicamente según cada capacidad, aequilataada con sus obras y el amor y respeto por el pueblo que suda y que trabaja.

* * *

No carguemos tanto la romana á la turbamulta.

El grado de responsabilidad corresponde al grado de ilustracion, de discernimiento y de la posicion respectiva de cada uno, desde la cual somos activos ó pasivos, dirigentes ó carneros.

Entre nosotros, la corrupcion viene de arriba y en progresion creciente.

El mal está en la conciencia de todo el mundo, aún en la de los sempiternos y grandes pecadores, á quienes pudo ofuscarles el éxito, dentro de lo humano.

¿Quién no recuerda si nó, aquella famosa y elocuentísima carta del Dr. Pellegrini

publicada en *El País*, antes de partir para Europa en uno de sus últimos viajes?

El *distinguido hombre público*, como lo llamaban los turiferarios oficiales antes de ser flagelado por los rayos del César, se despedía de la Patria con un voto íntimo por la reparacion de solidarios y colectivos extravíos de hijo pródigo y calavera, pero mezclando un apóstrofe á lo Isaías contra la juventud sin ideales, contra un bizantinismo social y político enervador de las inteligencias y de todas las almas.

Un joven abogado, á quien ni tengo el honor de conocer, el Doctor Murature, tuvo el patriótico y sublime coraje de saltar sobre la convencional impunidad que, como he dicho, escuda á estas sibilas que el fanatismo servil de la mayoría hace invulnerables é infalibles, y escribió en *La Nacion*:

«Alto aquí, Doctor Pellegrini! ¿Qué ideales ha inculcado Vd. en su vida pública

y privada, á esta juventud que flajela hoy, á esta juventud que lo ha seguido siempre como su tribuno, para oírle, para imitarlo, para consagrarlo como la personificación más brillante y más equilibrada de un hombre de Estado argentino?

¿A qué acción democrática, á qué educación cívica y republicana ha servido el prestigio de su talento innegable, la verdad de su experiencia, la aureola de su favor popular, la energía orgánica de su gran talla? Justamente, su acción no ha sido más que la reincidencia sistemática de la adoración del éxito: sosteniendo á todos los gobiernos y á todos los caudillos en el poder, y sirviéndose de las multitudes para dar una falsa apariencia de legalidad á los sucesos políticos que perpetuaban las oligarquías y el imperio de la fuerza bruta, cuando no muchas veces el peculado y la apoteosis de las mayores herejías triunfantes.....»

Como al fin la imposición de la verdad,

de la moral y del bien es una cosa fatal para las conciencias honradas, la audaz réplica fué aplaudida por muchos, pero, por inhabilidad ó degeneracion de circunstancias, tan débilmente, que el *distiguído hombre público*, siguió siendo el mismo dispensador de prestigios hasta para los personajes oficiales más encumbrados. Era el momento en que, oficiosamente, asumía el papel de salvador único de nuestras averiadas finanzas, y, salvando las fronteras hácia el viejo mundo, iba buscando reactivos para la alquimia creadora de la piedra filosofal que debía evitarnos la bancarrota y la humillacion de Túnez y de Egipto. Lo que sucedió despues..... ¡qué ironía de las cosas humanas!

Si la réplica, moralmente inspirada, del simpático escritor que se atrevía á toser ante el coloso, cayó allí en el vacío por virtud de la inviolabilidad del *leader* triunfante; si allí en Buenos Aires ahogaba la turbamulta tan hermosos y sugestivos

arranques, ¡qué no será aquí en Mendoza, donde el que esto escribe, ni tiene los acentos del articulista citado, ni le favorece un medio, más tradicionalmente rebajado que el de la Capital, cerebro y corazón de la República!

Pues *anche'io*, aquí, en medio del nepotismo incommovible y de la rechifla segura para la audacia en contra de los elejidos de sí mismos y de los endiosados en el triunfo de las empanadas, el vino y la carne con cuero!

Es ley histórica que todos los usurpadores, que todos los que han especulado para perpetuarse en el poder con la abyección del pueblo, han sido víctimas de su moral torcida y de su política maquiavélica.

Lo normal es la ascension, como todo eclipse es pasajero.

Surge una acción que parece providencial.

Quizás son muchas sumas de *réplicas*

Murature, muchas gotas de agua horadando al fin la piedra.

Las turbas ateas llevan al cadalso á Luis XVI, como los fanáticos evangelistas ingleses decapitan á Carlos I.

Juarez, Pellegrini, Roca.....!

Volvamos al terruño de la aldea.

* * *

Reminiscencia ibseniana interpretada libremente:

«Acercaos á mí para sentir el calor del corazón de vuestro padre, dice Stock á sus dos hijos que vienen llorando de la escuela donde les han apedreado como vástagos malditos del «*enemigo del pueblo*». —Yo hice la institución, yo enseñé allí con el ejemplo del trabajo colocando piedra sobre piedra, predicando luego el evangelio de la libertad, la democracia para todos en la igualdad de la virtud... Hoostad, el jefe de partido, que es como todos ellos un lobo que necesita devorar infinitos carneros y gallinas, cada

año, para alimentar su estómago y mantener el testimonio de su fuerza, me ha excomulgado desde las columnas de su «*Diario popular*», porque ya no pago la subvención que me exigía para prestigiar mi empresa de las Obras de Salubridad que devolvieran la salud á estos borrachos y prepararan generaciones robustas para el porvenir.....

Mi hermano, el burgomaestre, me declara la guerra, porque enseñó á los mismos clientes de mis baños, que no deben sumergirse en ellos para no envenenarse despues de haberlos comprobado malsanos. Porque sirvo á mi conciencia en contra de mis intereses y del caprichoso gusto suicida del público, me han declarado el *enemigo de la sociedad*—que me expulsa, porque conservo la integridad de mi pensamiento y de mi amor por el prójimo.....

Ya no ireis á la escuela, hijos míos; os enseñaré yo mismo, aquí, en el saloncito

cuyos cristales rompió ayer la turba enfurecida que también me amenazaba de muerte; os mostraré cómo se llega á ser hombres nobles y libres cuando nos alejamos ó nos alejan de la obligada contemplación hácia la envilecida multitud. Sí, aquí enseñaré á vosotros, pero, como el amor que yo siento no depende de correspondencias veleidosas sin valor moral alguno, quiero aún tentar junto con vosotros la nueva enseñanza con algunos pequeños mastines. Traedme diez de ellos, los que más os han injuriado, sacadlos de la última capa, que suelen encontrarse cerebros maravillosos entre esa gente.

—Pero papá, ¿qué tendremos que hacer cuando seamos hombres libres y nobles?

—Entonces, hijos, echaréis todos los lobos allá lejos, muy lejos, para que no vuelvan á despedazar entrañas ni á oscurecer conciencias.

—¡Ay! si son los lobos los que te echan á tí, Stock.

—¿Estáis en tu juicio, esposa mia? ¡Echarme á mí! Ahora que soy el hombre más poderoso de la población!

—El más poderoso..... y tú, ¿estáis en tu juicio, Stockman?

—Sí, y hasta estoy por decir que soy uno de los hombres más poderosos del mundo..... sí, no es ya para mí un secreto, acabo de hacer un gran descubrimiento.

—Otro más?

—Sí, sí, y positivo; hélo aquí: El hombre mas poderoso del mundo es el que se encuentra más solo!

.....

Tentaremos encarar algunos lobos para quedarnos más solos aún.

Y ahora vengan á romperme mis cristales!

Espero el fracaso, segun el criterio convencional é injusto de los exitistas, pero yo ejercitaré el poder de mi soledad y mi filosofía.

* * *

Sentirse fuerte estando solo, es sentirse con personalidad.

Sólo que aquella fuerza no satisface apetitos, ideal común de grandes y pequeños, á fin y principio de siglo.

Para satisfacerlos, ¿qué se hace? Se claudica, y con ello se triunfa.

Si me queda tiempo, dado el apuro con que escribo estas líneas, haré largos capítulos de lo que llamaría la claudicación social que el hombre y la mujer ejercitan en el gran mundo en todo momento, en una mentira recíproca tan aceptable y hasta elegante para los eunucos modernos, como repugnante para los que pen-

samos con Ibsen: «La misma sabiduría en sí, no vale nada; los pilares sociales son el espíritu de la verdad y el espíritu de libertad»,—ejercida esta última, entendido, con la determinación de la íntima conciencia y menos por el convencionalismo del bien parecer. Para aquella claudicación, remitiremos al lector á un libro famoso, que ya es vulgar citarlo: *Las mentiras convencionales de Max Nordau*.

Claudicación política. El criterio común es que nadie se alarma ya por una claudicación más ó menos. Al contrario, como ella proporciona al político el fin apetecido, y el vulgo se inclina ante el feliz resultado y al éxito material, se le da patente, tácitamente por todos, de hombre superior y muy apto para dirigir á las masas.

¡Qué fascinación ejerce el poder y la privanza olímpica!

El que la ha saboreado una vez, ya es otro hombre.

Sus quilates morales bajan desde el momento de la unción, y se confirma en la ajena experiencia de que la maroma y la manga ancha son los únicos atributos de un político criollo. . .

Como todos aspiran á las alturas, los ignorantes y nulidades principalmente, se inspiran en los ejemplos prácticos del triunfo.

Por donde, los dirigentes, cuya accion principal debía ser la exaltacion moral de las conciencias, las atrofian con una escuela y filosofía epicúrea y cínica.

Hay que nombrar á los responsables de la dejeneracion popular y de la misma juventud que todavía anhela y sueña, como una contribucion acaso perdida, pero al fin contribucion, al restablecimiento de ideales democráticos y de prácticas republicanas.

* * *

El diario *La Nacion* de hoy, Febrero 8 de 1902, trae la siguiente declaracion del Jefe de la Coalicion Popular en Entre Rios:

«Mi separacion de la Coalicion Popular, solo significa la necesidad que sentía de verme libre de todo reato partidista para que mi accion, en procura de una mejor situacion para esta provincia, no sea trabada por las exigencias de una política intransigente que, si ha sido fecunda en producir mártires ilustres como Alem, ha sido y será siempre estéril para el bien público.»

La necesidad que sentía el caudillo to-

gado aquel, era una reeleccion al Congreso y una influencia que satisfice apetitos, desde la Casa Rosada—influencia que no se tiene en el ostracismo y desde las filas de la oposicion.

Una accion vituperable como esa, si entraña gravedad como ejemplo á la juventud y al pueblo, es más grave, á mi modo de ver, por la sucesiva conducta de ese mismo pueblo y juventud á quienes se cuelga miserablemente y que á su vez, no produce una sancion enérgica para los fariseos, sinó que, por el contrario, se felicitarán intimamente de poder usufructuar la nueva posicion de sibarita ó despreocupado caudillo—que seguirá siendo el mismo, el elegido, el triunfador, el invulnerable.

¡Viva el éxito! ¡A Camacho el rico!

* * *

Pendant en Mendoza—en este pueblo mil veces mas genialmente evangélico que el de la Mesopotamia argentina, nos ofrece en primer término la accion de la política del doctor Serú, de quien no nos ocuparíamos, si no fuera porque lejos de aquí, se le atribuye ascendiente en la juventud, cuando los nombres propios y las matemáticas podrían encargarse de probar lo contrario, sin apurar gran cosa la observacion y la memoria.

Yo soy juventud, y, á nombre de ella, rechazo enérgicamente que tal pernicioso político, como ejemplo, pueda encarnar aspiraciones comunes de los jóvenes que

han nacido en este pedazo de suelo patrio.

Debe entenderse bien que está muy lejos de nuestro ánimo agregar un odio personal más á los muchos que, gratuitamente, nos han perjudicado tantas veces, precisamente por no habernos colocado en guardia contra sistemáticas como traidoras tendencias. El doctor Serú entra en escena como hombre representativo, y nada más.

Debemos ser muy breves y empezaremos casi por lo último. ¿Qué ejemplo ofrece hoy día á esta juventud por quien yo vuelvo los ojos?

El doctor Serú aspiró hace dos años á ser gobernador de Mendoza.

Tuvo el tacto, el arranque inicial hermoso de elegir un momento propicio, un cierto momento histórico, un estado psicológico, íntimo, en que parecía que del fondo de todas las conciencias iba á surgir, para exteriorizarse en la acción, un anhelo de desembarazarse de un círculo imperante,

que, á fuerza de impune omnipotencia, se estaba haciendo ya odioso por el exclusivismo de los antiguos usufructuarios y, por el más odioso aún exclusivismo ó gracia en favor de bufos advenedizos que se soportaban por muchos, y hasta se adulaban por algunos, ya por consideracion ó miedo al pequeño César, que, directamente ó por interinos, manejaba aquí las cosas como suyas, y á los hombres como cosas.

Si nadie puede negar que existía aquel anhelo íntimo de un cambio, á cualquiera se le ocurre que, aprovechando con entusiasmo y enerjía masculina el momento, el doctor Serú pudo provocar una reaccion esencialmente popular, con alma popular y propia, con elementos populares, que se dignificasen en la misma obra de campaar por su regeneracion y sus derechos.

No señor, sirvió fatalmente á su temperamento orgánico: la cortesania, la matufia, la evolucion, la cuerpeada entre los

bastidores ó escenarios áulicos, y el bailcito ó *pas de quatre* en los salones, donde se llevaba al dispensador del éxito de tan pobremente presentada candidatura, suplicante y cortesana.

Desde el principio no más, cuando empezaron los primeros bailables y congratulaciones en favor del representante del réjimen que mucho pueblo quería combatir, al surgir cierto desencanto, reapareció en tono de evidente como triste reminiscencia la famosa frase de Don Joaquín: «No se meta con Serú, amigo, no se meta, porque tarde ó temprano los vá á dejar colgados..... no se meta, .amigo!»

La he aprendido de boca de los mismos partidarios, resentidos por la afeminada flexibilidad de su jefe.

El pequeño César estaba bastante fuerte, por sus mismas condiciones de enérgico carácter, por cierta plana mayor de maestros de pala experimentados y, más que todo, fuerte, por el conocimiento profundo

de las aptitudes negativas del adversario como hombre de lucha. El pequeño César se dejó adular, asistió á los bailes, á los banquetes, á las empañadas en alrededores, á los ataques fotográficos cuyas revelaciones sobre el papel sensible, revelan en lo político-moral tantas cosas que no trataremos en este primer folleto.

Serú es astuto; al no conseguir el apetecido favor olímpico para su candidatura, convenciósese en el acto que estaba perdido.

Dirijió todos sus afanes á escurrirse, buscando víctimas, poco importaba la segunda parte de la célebre frase de don Joaquin «..... tarde ó temprano los vá á dejar colgados.....»

Y los colgó, no consiguiendo ni siquiera el honor de una derrota sufrida en línea de batalla, porque el respetable ciudadano á quien Serú con su sombra de manzanillo quiso inmolar, tuvo el tino de no aceptar el presente griego, que era una posicion decorativa destinada solo á encubrir el des-

pecho de una ambicion fracasada ridículamente, que aún intentaba dar caracter principista al movimiento carnavalesco.

¡Cuánto mal hizo este hombre! Vean ustedes su responsabilidad tremenda:

Don E. nilio,—está en la conciencia de todo el mundo,—al que menos tenía de candidato era á don Elías, sobrando la razon de que nadie podía convenirle menos, como los hechos se han encargado de comprobar más tarde.

Lo lanzó contando con que la lucha, las dificultades y malestar que traería una personalidad evidentemente odiada, con razon ó sin ella, darían lugar á uno de los candidatos verdaderos de quien necesitaba para conservar como gefe esta situacion política.

La retirada cobarde del doctor Serú, su repetido ejemplo de ineptitud para un arranque de lucha, consolidó de verdad, en la salud y la vida, como en el triunfo, al elegido como víctima propiciatoria.

Mendoza debe á la debilidad del doctor Serú el actual gobernante y el actual estado de cosas.

Bueno ó malo, no importa, para seguir sosteniendo que es la voluntad de la mayoría del pueblo la que debe tomarse en cuenta por las personalidades dirigentes.

Que el señor Villanueva no tenía un partidario sincero, pues todos creían íntimamente que su accion egoísta y siempre despótica en Mendoza lo ponía fuera de concurso para el honor de una reeleccion, tambien era evidentísimo—¿Por qué imponer al pueblo, como por lujo de hacer acto de dominacion y de desprecio á su conciencia, una personalidad odiosa y con la escuela sistemática del mayor desdén por todo lo que es voluntad popular, por todo lo que no emane de los derechos de oligarquía. ó de la casta privilegiada que, insaciable, no se cansa aún de *protegermos?*

No fué, pues, don Emilio el que nos trajo

esta situación; fué la debilidad y la retirada ridícula de Serú.

Las circunstancias posteriores le habrán enseñado á don Dmilio que otra vez vendrá un poco de más franqueza; que elija el camino recto, y no se entretenga en tejer mallas enmarañadas, porque se expone á ser apresado en ellas, como le ha sucedido. Mendoza dejó de pertenecerle desde el día que subió al gobierno el actual mandatario, que, me dicen, tiene la principal obsesión de obrar en lo más mínimo como móvil principal, de manera de justificar que gobierna sin tutores presentes ó ubicados en la capital en los ministerios. Esto, sin perjuicio de aceptar, según la ley histórica contemporánea, el honor de la gran tutela: Viva el Presidente! con tal que me deje tranquilo preparar legislaturas caseras que me den el voto consiguiente para ir al Senado en oportunidad.

No nos alejemos. Pues bien, Serú ofreció entonces, como ejemplo á la juventud, la

claudicacion y falta de carácter más evidente. Al caso actual, párrafo aparte.

* * *

Cualquiera soporta estoicamente una derrota, hecho que se realiza alternativamente como ley de la vida; pero no se sufre, sin gran pena, y con gran rubor, el ridículo.

Los fieles del burlado aspirante renegaban del papelón en el cual muchos comprometieron posiciones y posibles acomodamientos. «Ah! si nos hubierámos acordado de don Joaquin!»

El *leader* siguió consolado en el Congreso en una banca de diputado, conseguida *por evolucion*, segun es su frase que yo mismo le he oído y que le sirve para prestigiar su

escuela contraria á la *revolucion*, á la violencia y á la lucha.

En Buenos Aires, «en aquel gran pueblo, generoso olvido», reanudó evangélicamente sus relaciones con el adversario que lo derrotó. Se visitaban, se banqueteaban— poco importa la consecuencia debida á los colgados en el terruño.

Desaparecida esa aspereza por el lado cercano al Gran Maestro, operaba hábilmente hasta captarse el apoyo, para el futuro, de otro personaje de verdad, de gran influencia por valer y méritos propios, en la política del país: el doctor Benito Villanueva.

Llegó á ser Ministro de Instrucción Pública, donde su pasagera acción no hace más que confirmar la idiosincracia ambigua, irresoluta, de sus contemplaciones y debilidades.

Las revoluciones principistas que hieren prejuicios y la cómoda posición del viejo régimen, las hacen los cerebros y las almas

de otro temple; las hacen los que tienen «*la dosis de locura bastante*» para clavar siquiera un jalón en el nuevo camino, aunque antes de llegar á la glorificación del Calvario, entreguen su personalidad y su vida como víctimas á los cuervos del obscurantismo.

No pudo el general Roca elejir un hombre más á propósito para adular á la opinión extraviada é imbécil que no comprendió nunca el alcance trascendental de la reforma iniciada por Magnasco.

Á la plétora de ideas, de principios filosóficos, de ideales altísimos, de «zarpa-zos de nave capitana» del uno, se oponía la esterilidad de iniciativas principistas más evidentes y la transacción más cobarde con el vulgo pueblo, que poco le importa comer y digerir en la luz, con tal que coma y satisfaga apetitos aunque sea en las tinieblas.

Un dia llegará en que, por el sacrificio consumado de la primera víctima, triunfe

la reforma—que, como los instrumentos débiles á veces las detienen, otras son instrumentos para impulsarlas—segun la ley fatal de la ascensión.

Eso sí, los primeros son almas, tienen personalidad; los otros son camaleones que no fijan ni color, ni forma, que no dejarán en definitiva ninguna señal de su paso por la arena.

Esto es historia: de su Ministerio no ha salido bajo su firma un solo documento que encerrara una sola idea educacional; como en el Congreso, cuando se debatían las cuestiones que tuvieron la hermosa virtud de interesar y apasionar á todo el mundo, hermosa virtud porque se trataba del problema educacional, el de más importancia para toda nación, el doctor Serú no pronunció jamás una frase, una opinión siquiera que lo revelara como hombre capaz de ocupar su pensamiento en tan abstractos altruismos, si se me permite la frase.

¿Por qué fué al ministerio?

No fué para servir á ideas, que necesitan el sustento de un carácter y de una ilustración especial en especial rama del saber humano; fué á desenvolver sus aptitudes predominantes, necesarias en el momento: á tener contemplaciones y debilidades con una opinión oscura y extraviada que renegaba de una luz demasiado intensa para los buhos de las pampas.

Roca sabe usar y abusar de los hombres á su tiempo.

Su primera consigna fué su mejor fortuna: pedir y conseguir el aplazamiento de los proyectos audaces, que necesitan alas de cóndor para seguirlos en su dilatación por las alturas.

Como ministro tuvo la forzosa obligación de asistir como *educacionista* á funciones docentes de tabla: primera colación de graduados en *Doctores en Letras* en el país, donde el Decano doctor Cané hizo

una pieza oratoria maestra sobre la importancia positiva y civilizadora de los altos estudios, dominando los principios y razonamientos que se hacen en el mundo intelectual sobre enseñanza clásica y moderna.

¡Qué discursos doctrinarios habrían hecho vibrar en aquella oportunidad única los ministros Sarmiento, el ministro Avellaneda, Leguizamón, Bermejo, Alcorta y cualquier otro, que hubiera ido al ministerio á tener y mostrar ideas capaces de prestigiarlos ante la jente sensata que no es efectista ni exitista!; asistió á la traslacion solemne de la Biblioteca Nacional fundada por los próceres de la independencia; allí vibró la elocuente y erudita palabra de un extranjero unido á nosotros en la confraternidad de las ideas y la acción por el progreso del país, monsieur Paul Groussac, Director de la institucion.

El ministro Serú permaneció mudo.

Los mejores discursos de Sarmiento,

Avellaneda, Leguizamón, Zorrilla, han sido sobre Bibliotecas Populares; asistió á reparticiones de diplomas, en escuelas de Comercio, Normales, Industriales, colegios de enseñanza secundaria, ¡cuánta obligada oportunidad de mostrarse el *hombre-ministro de Instrucción*, que abarcara con su palabra en esas distintas ocasiones, todas las fases de la unidad del gran problema docente! Mudo, mudo!

Pero ¡qué simplicidad! Si el doctor Serú no fué á servir á ideas al ministerio, sino á otras cosas, á los paños tibios que convenían despues de una política educacional genialmente atrevida, y á incubar una segunda candidatura de Diputado, á que ya llegó, despues de la consiguiente disculpa á los lectores por estas digresiones que, por otra parte, me duele hacerlas tan suscintas por ahora.

Ya en el Ministerio, donde las circunstancias mencionadas, las condiciones *oportunas* de carácter ó falta de carácter, lo

habían colocado momentáneamente á la altura de su rival; ya en alianza con Benito Villanueva para seguir en la conspiración contra el viejo régimen mendocino, los resentidos de la aldea, siguiendo la adoración al éxito y al hecho consumado, volvieron á olvidar la frase de don Joaquin: «no se meta con Serú.....» y hélos ya, en cierto movimiento.

Cartas van, cartas vienen: «Emilio está fundido..., saltará cualquier dia.... organízense, que por esta vez no tememos á la influencia del otro y contamos con el favor de Roca.....»

Dígase en honor de la verdad y en justicia para el que la merece: hubo espíritus altivos que no creyeron más al reincidente postulante, quedándose en casa, y otros, volvieron á las peroraciones, porque hasta aquí no hay más que peroraciones, músicas y papel pintado, ó embadurnado con tinta de imprenta: y volvieron por la sola consideración á Villanueva,

don Benito, á quien se le tiene la fé que compensa la poca ó ninguna que se le guarda al ex-ministro.

Recuerdo que hasta un socio y protegido de él en su estudio, *se permitía* resistirse alegando que fatalmente se iría á un nuevo fracaso.

Hubo varias silenciosas reuniones, concluyendo ó triunfando la escuela de la *evolución*: pedir ó suplicar al círculo imperante posiciones en la Legislatura siquiera, anulación de registros y garantía de derechos que no se han violado mayormente porque no hubo quien se atreviera virilmente á ejercerlos.

Pero el Gobernador, que sabe que, si con tales enemigos se sube al Gobierno siendo odiado, mejor se conservará tranquilamente teniendo ya por el mango la sartén y las policías, negó desdeñosamente la petición de los *opositores*.

Y muchos cayeron ya muertos, fulminados!

—No importa, les dijeron de allá, si ellos obedecerán en todo caso lo que les mande el general Roca--organícense no más, Serú será electo diputado.....

—Y entonces, ¿solo para que el ex-ministro siga de diputado es para que volvemos á las andadas?—se atrevieron á decir muchos de los nuevamente templados.

¿En qué consistía el nuevo triunfo del *partido*?

La astuta y calculada indiscreción de los miembros del gobierno, que se pasan muy bien sin el doctor Serú y que ahora le temen menos que el mismo don Emilio, que una vez le dió una diputación para que no lo molestara con murmuraciones de corrillos sanjuaninos, se encargó de propalar á todos los vientos la nueva evolución que, para ejemplo de juventud, acababa de realizar el corifeo.

Contaban que don Elías había recibido una carta del general Roca, carta que, á fuerza de oirla mentar en todas partes, y

aún sin haberla leído con propios ojos, puedo reconstruirla:

«*Señor Elias Villanueva.*

Mi distinguido gobernador, correligionario y amigo:

Vd. sabe que yo he sacado de la Cámara á Serú, privándole de una posición cómoda para él, por venir á prestarme un servicio en el Ministerio (no decía que un servicio á la instrucción pública), y hoy que se retira del gabinete, le debo la restitución de su banca.

.. Espero que Vd. influya para que el gobierno y su círculo patrocinen ó no obstaculicen la candidatura por la que ya se han iniciado trabajos en esa provincia.

Quiera darme una contestación categórica en tal sentido, repitiéndome, como siempre, afectísimo

Julio A. Roca.»

El gobernador Villanueva contestó inmediatamente que tendría el mayor gusto en

satisfacer el pedido prestigiado por tanta Alteza; que el círculo gubernista proclamaría dos candidatos solamente, dejando el lugar tercero á Serú para que lo proclamaran sus amigos, cuyo triunfo se obtendría sin oposición y con una aparente consagración unánime.

Salta á la vista del más miope y se impone al cerebro más estrecho, que tal trabajo realizado en la Capital por el postulante, importaba, en primer lugar, el desprecio más grande por el poder de sus amigos y la más confesada desconfianza en sus elementos propios.

Era una colgada más, de las vaticinadas por el profeta Joaquin.

El diario *La Nación*, como un razonamiento el más sencillo y lógico de Pero Grullo, anunciaba en un suelto que el Dr. Serú resolvía definitivamente retirarse del Ministerio, una vez que se había arribado en Mendoza á la *evolución* de que sería proclamado Diputado Nacional en las

próximas elecciones de Marzo. Terminaba textualmente: «Con esto, la oposición pierde en aquella Provincia una de sus cabezas dirigentes».

En suma, que daba la milésima vuelta en favor de sus intereses y en menoscabo de la consecuencia á sus colgados amigos y del ejemplo que hay el derecho de reclamar de él como hombre representativo.

Aquel diario, con más autoridad que la de un plumario criollo, interpretaba la conducta del postulante como una *pasada* con armas y bajajes, al más fecundo espigadero oficial.

¡Y que aquí se engañen, ó pretendan engañarse muchos todavía!

¡Y que nadie se atreva á pensar en alta voz y á llamar las cosas por su nombre, por la sola cobardía de no tener segura la aprobación del coro de exitistas y adoradores fatalistas del hecho consumado!

Pero, á mí; pueden arrojarme piedras á los cristales.

Sabré reponerlos, en la independencia
de mi soledad de Stockman.

* * *

El doctor Serú llegó á Mendoza radiante de felicidad: seguro de su elección de diputado, como que había asegurado el concurso del gobierno, el único que puede, en esta época de achatamiento moral, de crisis financiera, de excepticisismo desesperante por los principios, de ninguna fé en el arranque perseverante de las enerjías personales y populares. Venía respirando con cuatro pulmones, desembarazado de aquel fardo ministerial, pesado para sus espaldas, comprometedor para un anfibio, difícil para una ignorancia del problema educacional.

Presentía en su astucia para este año,

una época de lucha, de controversia doctrinaria y política, de cambios ó crisis de gabinetes que le habrían dejado sin ubicación inmediata, desde que, pasaba para Mendoza la época de la renovación de miembros de la cámara.

Todo parecía asegurarle uno de sus otros maquiavélicos éxitos.

—Pero.... ¿y, doctor, en qué quedamos? ¿Quién lo elije á Vd., ellos ó nosotros; el gobierno, como dicen, ó sus todavía consecuentes amigos?

(Ya se sabe que la respuesta debía surgir espontánea del previsor candidato: ¿Por qué no me preguntan que si vengó dispuesto á *caer* otra vez con mis amigos, ya que son impotentes para darme el triunfo?)

—¿Qué significan, doctor, estas cosas de doble fondo, ó, más bien dicho, sin fondo de moralidad política?

La desbandada empezó de nuevo; los descontentos se multiplicaban.

El hombre empezó á perder los estribos,

porque no es actor para los papeles fuertes.

No llegaría nunca á lo heróico del drama ó de la tragedia, porque, tanto para su confección como para su interpretación, se necesita lo ilustre, lo superior, lo genial, lo personal en artistas y en autores.

Serú es el equilibrio medio y burgués, con el ribete dorado de un título y de una fortuna que le han ayudado á consolidar la complacencia de sus *protegidos* y su propia y astuta previsión de hombre de negocios.

Es culto, suave, insinuante y fuertemente simpático.

Nadie como él rinde más cuidadoso culto al bien parecer. Es por lo único que alguna vez le creería capaz de un personal sacrificio.

Es esclavo de la opinion agena que estudia y pulsa mucho, para ajustar una conducta á que pretende darle faz propia, mientras que no es más que una combinación y una síntesis de la de los otros.

A nombre de salvar las apariencias y ese bien parecer que constituye su capital atractivo, acaba de anunciar *sotto voce* á ciertos amigos íntimos que se dispone á un generoso sacrificio. Ayer, hablaba yo libremente con uno de ellos, permitiéndome deducir lógicas consecuencias de las censurables ambigüedades que he mencionado, cuando me replicó, todavía amigo fiel del *leader*:

—Pues sepa Vd., que Serú no aceptará candidatura alguna, ni quiere ser diputado; vea Vd., los del gobierno claman por elejirlo para complacer al *Pontífice máximo*, y para desvanecer ante él toda sospecha de haberle hecho resistencia contra su voluntad y contra una promesa solemne; vea Vd. más, los de la *Union* á que Serú pertenece (*sic*) tienen ya menos devoción por elejirlo; hay mucha envidia, mucha miseria amigo; Serú se aleja y, como verá, ha abierto su estudio de abogado nuevamente....

Al escribir esta página estoy á diez de Febrero, y juraría que, en definitiva, esa determinación que hace propalar *sotto voce*, resultará una parada falsa.

Está clamando porque venga el doctor Benito Villanueva, y es segurísimo que, la esperanza de que su decisiva influencia deshaga resistencias y *obligue* al escrupuloso candidato al sacrificio en aras de los intereses de una futura política en el escenario nacional, donde los detalles miserables ó mezquinos de los hombres desaparecen, agrandados armónicamente en conjunto con el còturno que no se calza en la aldea. Para ese fin, allí en la Capital, donde no tendrá la responsabilidad de achatar con ejemplos exitistas á la juventud y á las masas, prestará á sus correligionarios buenos servicios, indudablemente.

Serú es útil, utilísimo en ciertos momentos.

Los hombres de goma son impagables

en algunos casos, como otros aparatos de la misma sustancia.

Roca lo sabía cuando lo llevó al Ministerio á paliar resentimientos.

Conste, pues, que el doctor Serú iría de diputado del general Roca, pero no enviado, ni por el pueblo de Mendoza, ni por ningún partido militante.

Mucho menos, representará jamás á la juventud que tal calificativo merezca, símbolo de arranque viril, de ideales levantados, de anhelo por el bien, por el espíritu de libertad y de justicia.

Es triste, muy triste que el pueblo siga diciendo: *¡Viva el que ha triunfao!*

Quiera Dios que, de las mismas masas, inconscientes y embrutecidas, replique alguno:

A sigun y conforme.....!

* * *

Lo que más contribuye á consolidar á las mediocridades ambiciosas é intrigantes que triunfan de acuerdo con sus tréatas y á favor del medio deletéreo que respiramos todos los argentinos, es la carencia casi absoluta del espíritu analítico del pueblo que, como se ha dicho, acepta con indigna y servil fatalidad el hecho consumado y el éxito.

Es bueno que alguien tenga siquiera un átomo de «dosis de locura» para recomendar y propender á esta reacción que encamine á dar á chicos y grandes, nobles y plebeyos, aptitud moral para discernir una sancion, castigo ó aplauso á los res-

ponables directos del camino que decimos recorrer en el progreso.

Enseñemos á que se estudien los actos de los hombres representativos dirijentes; que se correlacionen en el tiempo y se deduzcan las consecuencias sociales que han producido.

Es un deber que surge de nuestro sistema político: en las monarquías, donde los elejidos gobiernan por derecho divino ó hereditario, es crimen de lesa majestad profanar la superior aureola que conserva un prestigio indispensable á la estabilidad de los gobiernos; entre nosotros, donde los dirijentes no deben tener más título que *su idoneidad*, probada en la ciencia adquirida, en la democracia del trabajo y en la virtud cívicas, no deben conservarse eternamente los ídolos de arena, sinó los de bronce, ú oro macizo.

Conservar aquellos es, no solo perpetuar el mal, sinó cerrar el camino á la reparación.

* * *

La escuela sociológica que atribuye casi exclusivamente el adelanto de los pueblos á la acción colectiva de las masas, de donde salen, como resultantes iluminados y necesarios, los hombres superiores, me parece que se comprueba ó puede aceptarse con más lógica en países de cierta cultura tradicional media casi uniforme, mientras que la otra, que atribuye la ascensión general á la fuerza impulsiva del genio, á la *élite* dirigente, se comprueba en agrupaciones humanas de rudimentario cultivo intelectual, de estado embrionario comun, de carencia de colaboradores numerosos en las masas, en nivel muy

bajo con relación á los que, por influencia atávica, circunstancias felices ó caprichos misteriosos de la naturaleza, nacen con la misión providencial de conducir y educar pueblos.

Entre nosotros, casi salvajes aún, sobre todo en Provincias, mal grado nuestra vanidad y orgullo por glorias casi bufas y heroicidades de sableadores, oscuros fuera del majuelo, debemos confiar más en las individualidades, en lo que se refiere á las iniciativas trascendentales, á la modelación del carácter nacional, á la fijacion de derroteros en que marchen y empalmen todos los factores que, de dia en dia, se incorporan y renuevan para el aumento y gestacion de nuestra nacionalidad; debemos creer en la eficacia de una *élite* capaz de gravar la imájen de su *yo* en el espíritu transitoriamente maleable ó infantil de las muchedumbres, tan aptas para el bien como para el mal.

De ahí que yo atribuyo tanta responsa-

bilidad á estos representativos de Provincias, con mision obligada de crear costumbres con el ejemplo, de implantar prácticas que respeten y no traicionen la ley moral ó la carta magna que nos legaron los próceres de la independencia.

Los superiores de Provincia son muy pocos, porque la metrópoli á casi todos los secuestra de la aldea mesítica y los halaga allí con una atmósfera más respirable, más alentadora y más justiciera.

Los que quedan, á veces se asfixian prematuramente ó caen rendidos ante la lucha estéril, contra la ingratitud popular ó contra la guerra sistemática de exclusivistas usufructuarios que no admiten subdivisiones de patrimonio, ni menos posibilidad de sentirse envueltos en un eclipse con el paso franco de una nueva estrella.

La mision de los que resisten el embate cruel de tanta influencia adversa; la mision de los que se encumbran y se conso-

lidan á favor de algunas condiciones y de la adoracion fetiquista de la multitud, resulta muy grave, y entraña gran responsabilidad que el pueblo, ó los que tienen audacia para servir á gritos á sus convicciones, deben hacérselas sentir, previo análisis y previo ejercicio del criterio independiente que tanta falta hace entre nosotros y tantos males acarrea su ausencia de la casi totalidad.

Está en lo humano y en la necesidad de toda agrupacion constituida, la formacion de una *élite* dirigente que, para que no viole la igualdad democrática, debe constituirse bajo la base de la virtud, del talento y de la justicia distributiva.

La pléyade se modela y se forma segun los ideales y ejemplos que ofrecen los de arriba, que se abonan con el prestigio del triunfo y con la inmunidad que el vulgo les concede.

¿Cómo ha de ser indiferente que un hombre público, modelando á la juventud

flexible y noblemente honrada, le ofrezca una hartazga continua de vitelianas empanadas para su estómago, y una taba ó un naipe para su recreaciones?

¿Es lo mismo eso, que impulsarlos á los ateneos, á las bibliotecas, á la fundacion de planteles docentes y á las dignificadoras costumbres que ejercitan el espíritu que, lleno de luz, levanta el corazon y exalta las nobles pasiones por el bien, por la justicia y por la libertad?

¿Es indiferente para la suerte futura de un pueblo que un hombre público, con mision educadora, enseñe con su ejemplo á la juventud, que para alcanzar el honor de una posicion oficial, hay que desertar de los atrios electorales y fraguar el éxito por claudicaciones bizantinas ante los poderosos?

¿Es de ese modo que se enseña la ley y el credo altruista de nuestros primeros y únicos próceres?

¿Para qué hablar de más tristezas, rela-

tivas á la creciente abyeccion que se fomenta en el bajo pueblo, para dominarlo mejor como instrumento de ambiciones bastardas?

¡Si esto es el colmo del lirismo, dicen los exististas de arriba!

Lo que la constitución consagra de más esencial para levantar la personalidad del pária de nuestras repúblicas, es el reconocimiento de una aptitud de voluntad consciente, para dar una opinion pública que levante ó condene á los que aspiran á la representación popular en las asambleas de gobierno.

Nuestros políticos, para ese acto, el más noble y más edificante en una democracia, empiezan, desde el principio hasta el fin, por rebajar hasta el embrutecimiento á los tutelados: al *hombre libre* se le lleva al átrio, comprado o engañado primero, ébrio, *gomitao* y *trompezando* despues, á profanar con el erupto de su prostitucion la urna sagrada, símbolo de

la más hermosa tentativa de dignificación
y del gobierno del pueblo para el pueblo.

Qué lirismo!

* * *

Estando el doctor Serú en el ministerio, la Inspección de Enseñanza Secundaria propuso la reunion de una conferencia del personal directivo y docente de todo el país, para que sancionara algunos cánones que sirvieran á modificar ó encaminar en mejores rumbos la educación de la juventud.

El ministro firmó y aprobó, sin duda con la más íntima conciencia, lo que es más grave, los temas sometidos á previa discusión parcial en cada provincia. Uno de ellos decía: «De las faltas que revelan notables deficiencias morales, ¿cuáles son las que, por la frecuencia con que se producen

entre nosotros, reclaman la adopción de medidas especiales para correjirlas? Es acaso la *mentira*, la falta de *perseverancia*?

Era el mismo instante en que *engañaba* á sus correligionarios políticos de Mendoza, por no tener la *perseverancia* de mantenerse en las filas de una oposición que, por estar en el ostracismo y en la impotencia del mayor desencanto, no podía asegurarle una eleccion de diputado al Congreso.

Si su vida ha sido la mentira política en acción hasta para con sus amigos, ¿es posible suponer que sinceramente deseara ofrecer á la juventud, como ejemplo, cosa distinta de lo firmado por el apóstol ministerial?

En otras recomendaciones que autorizaba el mismo ministro á los maestros, recuerda como añeja novedad que el *ejemplo* es la mejor leccion para inculcar altiva moral al corazon y al espíritu.

—¿El ejemplo del doctor Serú? ¡Qué bien lo presentaba, *predicando* la plática!

La perseverancia. Dá rubor y pena recordar la historia de nuestras evoluciones políticas de aldea, desde aquel día nefasto del *seis de Enero* en que, por orden del presidente Juárez, se derrocaba á balazos al gobierno del señor Benegas, tomando como instrumento á un cuerpo de línea de la nación.

Desde aquel día empezó el más indigno y carnavalesco kaleidoscopio de hombres, partidos ó círculos, todos desesperados, unos por no poseer y otros por no tener seguro siquiera para luego, el predominio del turrón oficial.

¿Quién no claudicó?

Predominando unas veces, y otras con regular cõtización las acciones del general Ortega, enemigo ofendido é irreconciliable del círculo de Benegas á que Serú pertenecía, se comprende que tal círculo estaba más lejos que las otras camarillas para

obtener participacion en el banquete.

Como escribo especialmente para Mendoza, apenas necesito enunciar las cosas. El culpable del movimiento que trastornó todo, derribó gobierno y despues dió siniestra ocasion á los hombres para prostituirse, fué el entonces ministro Serú que, insinuándose sistemática y dulcemente en la bonhomia de D. Tiburcio, entró por el rompimiento con el que llegó á ser vengador triunfante, como antes habia sido incubador y corredor electoral para la exaltacion del señor Benegas.

Despues, el mas desesperado en el ostracismo, era el mismo autor de tamaños desastres, el sacador de castañas sin quemarse. La segunda víctima del triunfo de Ortega fué el candidato para el futuro periodo, D. Emilio Civit, que tuvo el coraje de su odio ó su despecho, diciendo ante el pueblo un discurso en que condensaba su implacabilidad característica. «Para lavar la mancha con que ese cau-

dillo oscuro ha enlodado la frente del pueblo predilecto de San Martín, se necesitaría reunir toda la inmundicia de las cloacas, y toda la saliva de todas las gargantas, para arrojarlas á la mejilla de ese soldado, instrumento del Jefe del Unicato.»

¿He dicho implacabilidad?

Cierto.

Desde aquel día no transijió jamás con Ortega, terquedad que le valía la maldición de los impacientes por evolucionar.

Mil veces he oído yo mismo en los corrillos de las reuniones políticas que con tanta frecuencia se sucedían en lo de Benegas, Tabanera ó Serú, decir: «Si este Emilio es el que lo impide todo; si por oírle á él estamos fundidos todavía.» Una vez recuerdo que, acosado por tres á cuatro de los que anhelaban una fusión con Ortega que él resistía con tanto carácter, no tuvo más que pararse y gritar: «Si Vds. son orteguistas puros, yo no trato

con orteguistas.....! Antes de levantarse, huao de tener un lance personal con uno de esos orteguistas íntimamente unidos á Serú desde entónces hasta hoy.

En su círculo, D. Emilio llegó á quedar solo, completamente solo, pero resignado. ¿Esto es carácter?

Es lástima que tambien fuera una venganza personal.

Hecho á un lado el estorbo principal, la contradanza de Serú y de los exitistas empezaba con la exhibición y surjimiento de camaleones, como por encanto.

La época de veleidades y de política de eunucos como en el bajo imperio, que se caracterizó en los últimos tiempos de Juárez, como presidente, y de Guiñazú como gobernador de Mendoza, era propicia para las hábiles combinaciones de Serú.

Este político que ha tenido la simplicidad de recomendar perseverancia y verdad á la juventud del pais, figura en todas, absolutamente en todas las claudicaciones

de entónces en Mendoza, borrando una tradicion de cierta altivez en los viejos partidos ó círculos que, antes, no perdían el temple ni el propósito de la revancha por una derrota más ó menos. Hay una agravante que está en la conciencia de todo el mundo: los que aqui gobiernan, Civit-Villanueva, por derecho divino desde la creacion del planeta, salvo pequeñas intermitencias, jamás han tragado al doctor Serû, que lo sabe, que lo siente, á toda hora, sin duda alguna.

Pues, dentro de una solidaridad aparente con tal círculo, ha claudicado para mantenerse en él desde que llegó á Mendoza, hora por hora y minuto por minuto, con su conciencia—que no hay conciencia normal tan evangélica que se avenga á la eterna humillacion de agasajar á quienes nos repelen y expían el momento de reventarnos!

No ha ofrecido á la juventud de Mendoza un solo rasgo de altivez que le haya

durado al *perseverante*, más de cuarenta y ocho horas.

Más aún, sus operaciones políticas han sido siempre en el más exclusivo beneficio propio.

No hay un solo hombre, un solo joven de algun talento que pudiera traducirse en progreso moral é intelectual para este pueblo, que se haya creado ó levantado á su lado.

Haga estadística y matemáticas el vulgo y, renegando ó nó del atrevimiento de *analizar* al triunfador de siempre, me encontrará la razón.

Ni siquiera ha sentido ninguno su influencia para obtener fortuna. Hagan otra vez matemáticas y estadística. A alguno de los tres ó cuatro que ha *protegido* transfiriéndoles propiedades para desembarazarse de deudas en el Banco Nacional, les he oído decir: «¡y aún se lo he de agradecer.....!»

Los del estudio de abogado..... no ha-

blemos, porque esto nos vá conduciendo á lo odioso con que no nos congratularemos nunca!

¿Con que es la *verdad* y la *perseverancia*, que Vd. desea enseñar á la juventud, doctor Serú?

Pues vaya Vd. á enseñar la suya á otra parte, que aquí hay quien sienta esas virtudes, y está dispuesto á sucumblr con ellas sin alcanzar alturas que exigen claudicaciones y anulacion de la propia conciencia!

* * *

La veleidad de pasiones, la falta de perseverancia para mantener un criterio ó una opinion que imponen evidentes circunstancias, constituyen, como se ha repetido hasta el cansancio, uno de los defectos más primordiales de la raza.

Hay que fomentar las virtudes compensadoras. De ahí la grave responsabilidad de los hombres representativos que, por ser tales, se les imita, y, porque triunfan, sea como quiera, se les envidia.

Uno de los medios de llegar al resultado es mostrar la desnudez de la deformidad moral de los que explotan esos defectos colectivos en beneficio propio, y sientan

precedentes educativos que, como lo demuestran los psicólogos, se fijan orgánicamente en las individualidades para transmitirse de generacion en generacion.

No hay sancion por parte de nadie; todo se perdona y todo se olvida. ¡Viva el éxito y respetemos el hecho consumado!

Hay hombres verdaderamente superiores que hacen servir para una noble causa, hasta los vicios colectivos de los pueblos. Así se ennoblece hasta lo más abyecto. Pero si esos vicios se explotan para el mal, no puede haber consideracion y olvido para los cínicos autores.

No hay un país más evangélico y más dispuesto á la coyunda que Mendoza, que, por otra parte, ofrece paradojas sublimes, desde que pocas poblaciones argentinas han probado, como ella, aptitud para el sacrificio y el heroismo. Es, por su ductilidad, para malearla, y su mansedumbre para el arreo.

La historia de la estadía de San Martin

aquí, preparando el ejército libertador, ofrece un caso típico.

El héroe sacó hasta la cerilla de los oídos á los habitantes en honor de la cruzada.

Al rico, su dinero, sus haciendas, sus forrajes; á las damas, las joyas; á los pastores más pobres, hasta el último cuerito de las escasas bestias de su rebaño; á los aristócratas, los esclavos, para dignificarlos como soldados del gran ejército, etc. etc. Las arbitrarias expoliaciones se soportaban con la más sublime paciencia, porque el Gran Capitan había empezado por iluminar las almas y levantar los corazones, que estan altos, no por el éxito material y el dinero, sinó por el amor y los patrióticos ideales.

No puedo resistir á la tentacion de recordar un hecho ó, más bien dicho, un proceso histórico que muestra cómo evoluciona aquí el sentimiento público sin motivo fundamental que lo haga reaccionar.

Siempre el servilismo por el éxito!

Veamos.

Don Oseas, el gobernador impuesto con el ejército de línea por el presidente Juárez que hacía aceptar como razon el haber sido el agraciado su compañero de colegio, estaba en el mayor apogeo.

En Mendoza siempre lo está el que manda, ya como titular ó como tutor.

Don Oseas, el mismo que, defendiendo su diploma de senador, pudo decir con la más cruel como estricta verdad estas palabras:—«Se dice que mi gobierno no ha tenido popularidad: yo recorro á las matemáticas, á la estadística y á la historia rigurosamente contemporánea, para afirmar bien alto que jamás gobernante alguno ha sido más solicitado que yo por todos y cada uno de los círculos políticos de Mendoza, que se disputaban á porfía el honor de rodearme y sancionar con su colaboracion activa los actos progresistas de mi administracion. He probado las ap-

titudes de todos, y los he ido descartando una vez que me convencía de que solo buscaban predomnios personales antes que el bien público, único norte de mis anhelos como honrado mandatario. Yo soy, pues, la espresion genuina de la voluntad popular y de los hombres dirigentes. Mientras he gobernado, mis oídos escucharon á toda hora de los hijos de aquél pueblo heróico el más sentido *himno* que seguirá repercutiendo en mí como la única halagadora reminiscencia de aquel periodo de mi sacrificio por la patria.»

A fin de que la misma sociedad, representada en su más gentil y poética espresion femenina tomara parte en el regocijo, se acordó dar un baile de gran *tenue* en los mismos salones y patio de la casa de gobierno, festejando la unión magnánima del gobernante con el elemento resentido de la víspera.

Aquello fué régio. Bizancio en los valles andinos.

No obstante, muchos se abstuvieron, por resistencia íntima é invencible, á lo que la conciencia clamaba como una claudicacion sin nombre. El elemento de primera fila era de Ortega.

Concreto:

Don Emilio recordó la saliva y la inmundicia de las cloacas y no se doblegó aquella noche.

Hacía algun tiempo que ahogaba en su tienda el rencor aquileano por el juego traidor que abortó su candidatura.

Era el momento más álgido de resistencia y hasta del mayor desdén por el *Delfin* caído, cuyas iras sombrías ni se tomaban en cuenta siquiera.

Don Emilio fué siempre en Mendoza un tanto misántropo, poco propenso á prodigarse socialmente, lo que le ha valido cierta reputacion de terco y poco expansivo, mezquino de amabilidades, moneda barata con que se compra muchas veces á los plebeyos de levita como á los de *ojota*.

El político opta generalmente por los dos extremos: tratar á los hombres como á la hortiga, palmazo fuerte, para doblar y no ser herido, ó bien la melosidad cortesana que franquea una intimidad de que solo se pagan las almas prestadas que buscan el propio valer por el reflejo ageno.

Con casi nadie se trataba entonces, respuesta orgullosa y altiva á un pueblo que lo abandonaba por el placer canalla de prostiruirse ante el nuevo orden imperante.

«No dormía, velaba.»

En aquella misma noche del sarao en la casa de gobierno, fué nuestro taciturno y burlado caudillo á casa del señor Emeterio García, con quien mantenía intimidades sinceras é invariablemente leales en todo tiempo.

Yo concurría allí con frecuencia, como aquella noche, á charlar con el galleguito Osorio, principal de la casa de comercio. Con él me retiré á la pieza contigua dis-

cretamente, no creyéndonos autorizados para tomar parte como oyentes en los desahogos que inusitadamente lanzaba don Emilio en el momento mismo en que un criterio vulgar como el mío, y sin gran experiencia sociológica y política, lo hubiera creído sepultado para siempre en el ostracismo.

—Cálmate Emilio, decía don Emeterio, esto no tiene ya remedio, atendamos los negocios y procuremos el olvido.....

—¡Cómo, el olvido, el remedio.....! Ya lo verá Vd., yo les pondré *remedio*, yo, estoy seguro; ya se acordarán y pronto; yo me encargaré de hacerles ver que con todo el prurito espontáneo de resucitar y doblar la rodilla ante la barbarie militar de ese soldadote, y ante el éxito adventizo con que hoy Juárez favorece esas..... nulidades cordobesas, todo cambiará cuando yo sea gobernador de Mendoza, de este pueblo que hoy me vuelve la espalda porque no me conoce.....

—Pero ¿oye Vd. lo que dice, Osorio? ¿A donde lo despeña el pensamiento á ese..... iluso? ¡Y que piense todavía en el baston de mando! ¡A donde lo despeña su ambicioso orgullo!

—El iluso es usted, amigo, será gobernador, como lo dice y como lo necesitan sus pasiones—¡Si no conociera á estos..... si no conociera las uvas de su majuelo.....!

—¡Pero si hoy no tendría ni el voto suyo ni el mío..... ¡es audacia!.....

—Ya lo verá.

La índole de mi espíritu me lleva siempre á la asociacion de ideas, á encontrar los símiles y los contrastes de las cosas, de los hechos históricos y de los hombres, aunque muchas veces establezca raros contactos entre los mundos siderales y los microbios de nuestros charcos pantanosos.

Aquella voluntad, aquella protesta de la más edificante *perseverancia*, me pareció prometeana.

La frase de Adolfo Alsina se evocó en

mi memoria: «Mientras esta cabeza permanezca enhiesta y con vida sobre mis hombros, lo juro, Mitre no será presidente de la República!»

Otra. Mil desastres había soportado el héroe y su causa: las divisiones de su ejército derrotadas y dispersas, sin soldados; sus acciones bajas ante el gobierno de Colombia; sin dinero y casi en la anarquía sus últimos fieles; Bolívar, postrado en cama, consumiéndose su organismo en el fuego de las fiebres palúdicas en Pativilca; esgarrando sus pulmones la tisis acelerada con los dolores morales de su fracasada é inmensa ambicion, se le hubiera creído perdido.

—Maldita fiebre, miserable materia..... pronto, mi ayudante, disponga todo para partir.

—¿Para qué, á donde, Excelencia, en su estado.....?

—Para qué, á donde? A preparar el nuevo campo de batalla, á rehacerme, á

servir á mi voluntad y mi destino, á *triunfar!*

Ejemplos de perseverancia y de carácter que pueden enseñarse á la juventud, como quiera que sea el móvil distinto de los distintos personajes; unos, conociendo el fanatismo pampa de las muchedumbres, la veleidad y servilismo de rebaños que siguen la *evolucion* cuando la decreta un poderoso, ó la pasion por la noble causa de la independendia, abrazada como un nuevo credo redentor despues del bautismo con sangre de héroes y de mártires.

.....
.....

Todos saben que, sin transigir ó claudicar con Ortega, don Emilio llegó á cumplir su ambicion y su palabra, haciéndose elegir casi unánimemente gobernador del mismo pueblo que lo dejó solo en otra hora.

Los más devotos partidarios fueron precisamente los más gritones y encarnizados

enemigos de su círculo aristocrático y oligárgico, los cívicos, dándose el no menos y refinado gusto cesáreo de poner á la cabeza ostensible del movimiento, á la personificación de otro círculo, enemigo tradicional de su familia y de su política, resistencia que en días de menos achataamiento moral, aunque de menos barniz de ilustración, produjo revoluciones y sacudimientos los más profundos en la historia de la clásica aldea.

Ningun gobernador sometió jamás como él á su voluntad, á su inspiración y su capricho, mayor suma de incondicionales adhesiones.

Hubo honrosas excepciones que, siquiera en lo íntimo, protestaban del nuevo régimen, pero no puede negarse que, durante su gobierno, se había implantado como sistema la negación de toda controversia y el acatamiento cortesano á todo lo que ordenara ó debía adivinarse como voluntad del pequeño César, so pena de perder

posiciones y el favor oficial que todos
anhelaban conservar y usufructuar.

Almas prestadas, de reflejo ajeno!

* * *

Muy poco han hecho los hombres representativos de Mendoza para evitar al pueblo la reincidente claudicación de su personalidad. Su incondicionalismo se premia y se fomenta, sin que nadie se ocupe de fustigarlo, ni establecer la respectiva responsabilidad por el mal.

Hemos visto la sumisión colectiva durante el gobierno de Civit, del cual no nos ocuparíamos para censurarlo, sino por el sistema de adulación y del régimen casero de privados oscuros y complacientes que predominaron en él.

Su último acto electoral, diremos así,

desdora más á la masa social que al jefe de la situación.

Apelo á la conciencia íntima de todos.

Juro y protesto que, con excepcion de algunos de sus parientes, el candidato Villanueva á quien don Emilio presentó con el propósito oculto de que se sacrificara por sí mismo, era la persona más resistida de todo el mundo. Ungido por el pequeño César, resultó que los que protestaban en la sombra, se apresuraron á rodear al nuevo sol para ubicarse pronto y convenientemente.

No hay un caso más típico de incondicionalismo.

¡Y hace bien en ejercitar su taciturno y orgulloso alejamiento despótico de toda influencia extraña!

Nada encierra más cierta como vulgar verdad, que la frase del poeta político Lamartine: «Los pueblos tienen los gobiernos que merecen.»

Pero, por lo mismo que el mal de la

adoracion del éxito se ha hecho crónico en este pueblo de vida paradójal, de abyecciones y heroismos, hay que combatirlo, sin el exepcticismo por una regeneración que, por ley histórica, debe realizarse algun día.

Por lo ménos, no merezcamos el despotismo.

No seamos ese pueblo que, en ciertas épocas de achatamiento, busca con afan las fiestas Lupercalas para ofrecer al dictador la corona de rey.

Si alguna vez se protestara contra el obligado é innecesario incondicionalismo á que, hasta por tradicion, se somete al pueblo y á todo el que aspira á buscar campo á su inteligencia ó buena voluntad, los usufructuarios dispensadores de influencia y posiciones, llamarían á los hombres con toda la integridad de su personalidad, en vez de imponerles el paso por las horcas caudinas.

Es por el Jordán que debe pasar primero

la juventud, con túnica blanca, con el traje característico de los candidatos en tiempo de la república romana.

Mi pluma se resiste á citar nombres y á hacer reminiscencias que puedan herir con la verdad.

¿No es doloroso, dolorosísimo, que desde muchos años á esta parte, no haya surjido un solo joven, sin previa apostasía y sin las más explícitas protestas de sumision hácia los que tienen la vara mágica del poder?

Hagan historia y estadística.

Un hombre de talento, de empuje genial, tiene acentos sinceros y honrados contra la corrupcion política; aspira luego á una diputación, por ejemplo.

Es indispensable probarle su aptitud para la ductilidad, para la abdicacion del carácter. Se declara más papista que el papa, y hélo ya en el candelero.

¿Qué se ha conseguido? El resultado negativo de la anulación de un carácter,

de la pérdida del prestigio moral que necesita un talento para ser creído y ser escuchado en las concepciones que pudo tener antes de las horcas caudinas.

Imajino que tal postulante renegará en lo íntimo toda su vida, de sus protectores y de la debilidad de sí mismo.

Sígase la historia y se verán las facetas de este otro que fué gobernador, ó senador, ó ministro, etc., etc., recorriendo, para llegar á la altura, toda la serie de pruebas bizantinas con que nos educan estos representativos que todavía se pretenden invulnerables.

¡Guay, del que no se somete! Quedará en el ostracismo toda su vida, aplastado con el ridículo de una caída eterna, honrosa para una libre conciencia, pero deprimente ante los exitistas que fatalmente adoran el hecho consumado, y lo confirman con servil acatamiento.

Es necesario crear el estoicismo para los de abajo que no claudican, para que

se contenten con la consoladora conciencia de la nobleza y libertad del solitario Stockman de Ibsen.

El gran Sarmiento, flagelando la mansa condicion de algunos pueblos argentinos para el despotismo, no escribió una página que produzca más rubor que la que voy á transcribir en pocas líneas despues.

¿Cómo el fraile Aldao fué héroe con San Martín, y miserable déspota en Mendoza?

El cuadro necesita el marco, la primavera el sol, el hombre el estímulo, el espíritu un ideal y un anhelo público que lo fomenta y que lo aplauda!

Aldao se comprende en un párrafo de un plumario anónimo que señalaba en un discurso la senda oscura y extraviada que siguieron despues de las luchas homéricas aquellos iluminados instrumentos providenciales del destino de América, al descender á la arena candente y vulgar donde se olvida á veces la responsabilidad de la victoria, para que la ambicion busque ya

el botín, y el alma se enardezca entre odios y rencores de aldea. «Con la desesperacion y el desaliento, muchos, por falta de clarovidencia y de fé en la consolidacion de la obra cuya fuerza inicial había impulsado su heroismo, se desparramaron tristísimos á todos los vientos, buscando unos en el olvido y en las sombras, el consuelo por la nostalgia de los combates y la gloria esterminadora de tiranías; otros, trocaron en los vicios y los excesos de las arbitrariedades de la guerra civil sus viejos laureles por el cetro de los procónsules de la anarquía; otros, apelaron á la cobarde claudicacion y apostasía del suicidio, cerrando en Ayacucho, con el toque de la oracion que llama al soldado al descanso despues de la batalla, el ciclo heroico de la epopeya americana cuyas pájinas empiezan á registrarse para exhumar recuerdos y la justicia póstuma.»

El viejo luchador, ya presentaba á Mendoza, como el pueblo más resignado á la

tiranía, á la sumision, á la insolencia del que manda y humilla.

Es un episodio político-social del asqueroso fraile:

«Lo que más ruboriza en este cenagal asqueroso de inmoralidad, es que sus desafueros, sus pasiones y sus celos entraban en la parte administrativa de la Provincia. ¡Infelices de las señoras que manifestasen el menor síntoma de desprecio por la favorita, porque la crónica del serrallo avisaba de época en época, cuál de las tres era la preferida del impúdico fraile. Antes de la revolución del 4 de Noviembre, la Dolores se quejaba de los desdenes de las señoras. Dábase un baile,—porque los pueblos bailan y ríen siempre. ¡Dios es siempre bueno con ellos!—Aldao se presenta á la puerta con veinte y cinco hombres armados de varillas de membrillo para castigar á las orgullosas. Bailóse toda la noche alegremente; la Dolores paseaba sus miradas triunfantes sobre toda la reunion,

y los jóvenes se disputaban el honor de hacer danzar aquella mole torpe y vinosa!

Murió un hijo de la Romana: el Jefe de Policía, un tal Montero, pasa esquelas de convite á todos los ciudadanos invitándolos á asistir á su entierro. Llevábanlo en hombros los primeros personajes del país en unas andas ricamente decoradas, en medio del repique de las campanas y las salvas de la tropa. Dos doctores iban en la delantera; dos magistrados los seguían!

Una señorita había tenido la desgracia de decir que la Dolores no era un dechado de virtudes; la policía entendió en el asunto, y Montero, oídas las partes, sentenció á la culpable á ser paseada por las calles en una yegua aparejada, para ser azotada en las esquinas; ¡y la sentencia fué cumplida!

Muy desgraciado debe ser el pueblo condenado á soportar esta subversion de

toda moral, este escándalo elevado al poder bajo las formas más repugnantes: un fraile apóstata, mujeres impúdicas, hijos sacrílegos! (1)

Hemos dicho en otra parte que las costumbres se fijan orgánicamente por herencia en los hombres y los pueblos. Los educacionistas psicólogos también dicen que el tesón de una enseñanza moral, neutraliza las disposiciones morbosas y modela el carácter hácia el bien y el ideal que conduce al perfeccionamiento de la criatura.

Fustiguemos, mal grado los dioses, á los que educan desde la abyección política á la juventud, para que el pueblo heroico de San Martín no merezca la marca de fuego del padre de los niños argentinos.

(1) Vida del fraile Aldao.—Sarmiento.

* * *

Estamos cansados de oír á gente seria que entre nosotros no hay ni puede haber partidos de principios, porque, estando ya todos de acuerdo en un sistema de gobierno que teóricamente es la última expresion del organismo de un estado, resulta supérflua toda discusion doctrinaria al respecto.

No puede haber un error más funesto.

Si hay un pueblo que necesita discusion y accion principista, es éste, como todos los que se encuentran en el génesis de su vida.

En el desenvolvimiento de las ideas se progresa siempre, y su traduccion en la

vida práctica debe variar con las circunstancias que á cada momento exigen nuevas generalizaciones, como norma de conducta, dentro de casi absolutas máximas de moral y de política.

Lo que hay es esto: los políticos dirijentes encaminan todo su esfuerzo por mantener esa aberracion, para que no haya más que círculos personales.

Ningun hombre surge aquí por que se conquiste ante sus electores los sufragios en virtud de un programa y de un ideal de que debe cuenta al pueblo. Como éste no elije, es el Pontífice Máximo, y los prócsules los que se dispensan la exaltacion, según la prueba previa del incondicionalismo.

Si alguien es tan iluso para mostrar «su dosis de locura» principista, queda irremisiblemente excomulgado para siempre, á menos, lo que sucede frecuentemente, que haga nueva profesion de fé al todopoderoso.

Anulación moral de hombres.

Los hombres, sin encarnar una idea, no son nada para el progreso, como las ideas abstractas de nada sirven si no se esteriorizan en la acción.

«Nazca una idea que reclame el tiempo,
Hágase hombre y triunfará por fin.»

¿Cómo hemos de vivir y marchar adelante sin los hombres-principios, sin las ideas-fuerzas?

Si todo está en germen en el país; si lo que hay de más definido, más estable y más característico es justamente la violación flagrante de nuestro credo doctrinario, ¿cómo no hemos de buscar en los principios, en su aplicación por los hombres de fé y de conciencia, el restablecimiento de la verdad y de la creación de un orden estable de cosas que obedezca á la ciencia social y á la política honrada, humanitaria y principista? El criterio común y la sanción popular para la condenación ó el

aplauzo, debía ser invariable para esto: todo usufructuario que no responda á aquella necesidad, debe eliminarse para dar paso á los que desean intentar la reaccion por la ley, por la ciencia, por el carácter, por el respeto al sistema político, y nó por la humillacion cínica hácia los gefes del personalismo.

Arroje cada uno su grano de arena en el surco.

El sistema educacional, el financiero, el libre cambio, el proteccionismo, el oportunismo económico, el sistema hipotecario, la defensa nacional, el plan de establecer la igualdad política de los Estados, la representacion nacional, el sistema electoral, la relacion de la Iglesia y el Estado, el divorcio, y tantos otros problemas sociales y políticos, ¿no constituirían acaso una bandera con que los hombres representativos podían comprometerse ante sus electores, como anhelos públicos por su derrota ó por su triunfo?

Pero cada elegido no puede ir al Congreso ni escalar otra posición, si no se somete de antemano á lo que puede ser voluntad ú opinión del imperante, respecto de esos mismos problemas cuya iniciación ó dirección corresponde entre nosotros á uno solo, y no á la colaboración colectiva de todas las conciencias y de todos los cerebros.

¿Qué hacen, pues, nuestros representantes de la Capital y de las Provincias por esa reacción tan necesaria?

¡Y todavía diga el doctor Pellegrini que no hay juventud con ideales y con espíritu de acción!

¿Quiénes son los culpables?

* * *

Es admirable la candidez con que los diputados provincianos, haciendo suya una gloria convencional, suelen decir enfáticamente: «Hemos llegado á constituir la nacionalidad en un cuerpo armónico y robusto que, mal grado el pesimismo de los demagogos y los inconvenientes lógicos de todo pueblo en formacion, caminamos á la hegemonía de la América por la riqueza, por el trabajo y por la verdad de las instituciones cuyas bases consagra la carta fundamental que nos legó la inspiracion santa de los padres de la Patria.

El anhelo de los próceres fué claro, pero los acontecimientos y la accion perseveran-

te y silenciosa de un extravío comun en los directores de la política del país, ha conducido á un polo opuesto en el hecho, y cada dia palpamos *in crescendo* la ironía de una perversion del sistema que fomenta, con el incondicionalismo, el caudillaje de levita.

No hay en nuestra vida pública, con todo ese «*juego regular de las instituciones*», una mentira más odiosa que el sistema federal y la autonomía de los Estados.

Y es más verdad aún, que la lógica de las cosas y los impulsos generales de la política aceptada y aplaudida por los llamados á combatirla, nos lleva fatalmente á la consolidacion del absurdo que vamos á enunciar apenas, porque no queremos ni autorizar la sospecha remota de que tratamos de echárnoslas de sociólogos y mucho menos de políticos.

Nuestras guerras civiles, nuestras fratricidas y sangrientas luchas, la tiranía misma, la division odiosa de porteños y

provincianos, de griegos y bárbaros, era la consecuencia del desequilibrio en que, la naturaleza, la tradición histórica y los elementos acumulados en mayor riqueza y mayor cultura, colocaban al litoral metropolitano con respecto á los centros pastoriles del resto de la República.

Oh! Llegamos á la unidad, y á la igualdad! Avellaneda ya resolvió el gran problema de la Capital. Coronó á Cepeda y á Pavón con inesperada é histórica audacia en la Chacarita. ¡Y el Gobierno, á promover el bienestar general, consolidar la paz interior; ¡puf! y qué bien está consolidada!

Pax multa!—Paz y administración!

El hecho es que jamás ha estado la República en más pleno sistema unitario que hoy día, por la práctica política aceptada servilmente por los grandes y adulada por los chicos, y por la leonina distribución con que el gobierno central hace sentir sus favores en los distintos pueblos.

El gran pulpo lo absorbe todo, por su poderosa voracidad y por la contemplacion cobarde con que los Presidentes provincianos adulan al litoral.

Es cuestion de estómago, de conservacion y de egoismo.

Démètre ó se scumètre!

Y los gobernadores, los representantes y todos los *pancistas* oficiales, saben bien que, si no rinden el pleito homenaje al Presidente y al poder metropolitano, ni hay elecciones ni reelecciones para su ambicion, ni hay puentes, ni caminos, ni subvenciones á colegios, á beneficencia, á nada—¡el agua á tierra!

Se *soumettre!*—y el sistema unitario se consolida por el hambre y la miseria de los pueblos de tierra adentro y por la ambicion bastarda de esos representantes, incapaces de intentar siquiera una coalicion nacional para pesar en el Congreso y en todas partes á fin de que la *igualdad* de los estados argentinos sea un hecho.

Pero, ¿quid!

Un diputado por Mendoza, y un Ministro de Instrucción Pública apenas se ha ocupado del terruño que lo exaltó, para suprimirle migajas en el Presupuesto, en detrimento de la misma educación que debía tutelar—ménos se acordara de una subvención de cien pesos á la Biblioteca San Martín que el héroe fundó, dando como base de los primeros libros, los que donara el mismo Capitan y sus heroicos tenientes. (1)

¡Y sigan votando por ellos, sin detenerse un instante siquiera á estudiar, no diré la acción triunfante por la Provincia que los elije, sinó la voluntad para servirla!

Bastaría recordar con qué justicia se sanciona por los representantes de los pue-

(1) Pero me apercito que cometo hasta cierto punto una injusticia con el Mecenaz, respecto de su olvido de la Biblioteca, por quien nadie le ha pedido—desde que en aquella guarida de ratones se echa á la gente en vez de llamarla por los medios que hacen ambiente y prestijian al bien, llamando á la acción y al entusiasmo—Leer es acto de virilidad—conviene la rueda y el dedal á los descendientes de San Martín, según el criterio que determinan los hechos sancionados hoy por hoy.

blos, el porcentaje de las emisiones hipotecarias que se dicen destinadas al fomento de la industria y á movilizar por trabajo el capital fijo de la tierra. No tengo más datos á la mano que hasta la serie F, ni tengo tiempo de buscar el dato de la distribucion proporcional de las otras dos emisiones, hasta la H, que se reparte en el día.

En la sesion de la Cámara de Diputados, de Diciembre 15 de 1898, el doctor Almada, representante provinciano, decía lo siguiente, prestigiando la necesidad de que el Congreso fije la cantidad precisa de cédulas de la nueva serie que deben enviarse para ser repartidas en Provincias, no dejando la cláusula indeterminada de que se acuerden donde hay más pedidos.

Véase la insaciabilidad de la Capital, y la resignacion de los defensores de intereses de tierra adentro.

Decía:

«Desde la fundacion del Banco Hipotecario se han invertido 105.000,000 de pesos en cédulas á papel. ¿Cómo se ha hecho la distribución de estas cédulas? La Cámara va á oirlo: .

De la serie A, que fué de 20.000,000 de pesos, se prestaron, solo á la Capital de la República, 15.000,000 de pesos. De manera que solo fueron distribuidos en el resto de la República \$ 4.500,000. De la serie E, de 15.000,000, se prestaron á la capital 7 millones 100,000 pesos. De la serie C, de 15.000,000, se prestaron á la capital 7 millones 600,000 pesos. De la serie D, de 20.000,000 se prestaron á la capital 8.000,000 de pesos. De la serie E, de 15.000,000, se prestaron á la capital 5.500,000 pesos. De la serie F, de 20.000,000, se prestaron en la capital 8.500,000 pesos.

Total: sobre 105.000,000, en la capital se han prestado 52.200,000, es decir, ¡el 50 %!!

Y como es la capital de la República el centro de todos los recursos, donde está

la mayor suma de riqueza, los bancos particulares, los capitales, todas las facilidades, es necesario propender á que estas cédulas hipotecarias vayan al interior de la República á reemplazar á los bancos de emision que allí no existen.»

No puedo citar cifras de las otras series, pero es sabido que ha seguido *in crescendo* el mismo criterio leonino.

¿Para qué recordar la proporcion con que se han prestado á las provincias los trescientos y tantos millones que ha emitido el Banco Nacional, y sigue poniendo en giro el de la Nacion?

A estos mendigos de provincia, apenas si les arrojan un mendrugo que deben volver religiosamente, so pena del torniquete que dá vuelta, segun la más ó menos claudicacion política de los deudores.

El Banco se convierte así en tortura moral y en nuevo instrumento de depresion que lleva al unitarismo por el hambre, y por la demanda suplicante del paria social

y político!

Nos alejamos en vez de acercarnos.

¿No serían estas anomalías y crueles injusticias, programa bastante para un partido de principios?

La reparación del mal evidentísimo, ¿no conduciría acaso á esa igualdad, siquiera cercana al ideal de lo que consigna la teoría constitucional, y el anhelo íntimo de los impotentes avasallados que ni siquiera se atreven á protestar por temor al ridículo de una derrota segura?

Nada se diga de cómo evolucionan para la cancelacion de sus deudas, los poderosos, que han llegado á ser tales por el préstamo munificente y el sometimiento á la misma política suicida que acatan y adulan los mendigos.

Sobre estas verdades, pesa un fatalismo abrumador: «Es inútil,—me decía hace días un diputado de esos que han pasado por las horcas caudinas para llegar á la posición que hoy usufructúa tras de cuatro

ó cinco cambios de frente ó saltos atrás en los distintos círculos militantes;—es inútil meterse á redentor: en Buenos Aires se palpa la inutilidad de semejante pretension,»

Queda siquiera el consuelo de que haya en Provincias alguna simplicidad honrada todavía.

La Capital, si traga los millones y ejerce el poder por el mando militar y la fortuna, que nos deje siquiera la ilusion de realizar una remota esperanza, no tragándonos la personalidad y el carácter.

Que el pueblo se defienda, si no es en los atrios, donde no acude por excepticismo, á lo menos que no aclame la claudicacion coronada con el éxito.

Que analice y establezca responsabilidades, con sancion severa para los hombres de goma, eternos usufructuarios de la humana miseria!

* * *

En mi país, donde, teóricamente, todos tienen acceso á los cargos públicos «sin más título que su idoneidad», nada debía ser más natural que confesar una aspiración, cuando ella se propone realizar un beneficio general y patriótico.

Sin embargo, aquí cae en el ridículo idiota, y atrás la excomunion á la audacia hermosa que se prestigia con un credo principista que no encuadra en las camari-llas ovinas oficiales.

El coronel Ricardo A. Day, hijo de Mendoza, de abolengo respetable por la intelectualidad de sus ascendientes y la suya propia, aparte de sus evidentes vincula-

ciones y simpatías entre la juventud, que ama y respeta por instinto generoso el brillo del valor y la independencia del carácter, acaba de dar una nota política bien alta, por la novedad y por su inspiración anti-bizantina.

Frente á los tres candidatos á diputados que prestigiará el oficialismo, dos por su incorporación definitiva al roquismo, después de haber pasado sucesivamente en todos los círculos, desde el radicalismo rojo hasta el sometimiento al Pontífice, y, el otro, el doctor Serú, que ha preferido buscar la seguridad de su elección yéndose con sus enemigos de ayer más bien que con sus desairados é impotentes amigos, se presenta el coronel Day con el siguiente programa, expuesto en profusa circular:

«Mendoza, Enero 25 de 1902.

Señor Don.....

Amigos influyentes que actúan en diferentes partidos políticos, me ofrecen su

concurso para presentar y sostener mi candidatura para diputado nacional, en las próximas elecciones.

Desvinculado de todos los partidos, desde hace diez años, y con el firme y deliberado propósito de mantenerme en esa situación independiente, considero que solo debo aceptar el mandato como un medio de satisfacer aspiraciones comunes, superiores á todo interés ó exigencia partidista.

Falto de otros merecimientos, atribuyo á mi persistente actuación en cuanto se relaciona con la defensa nacional, que interesa sobre todo á esta provincia, el hecho de surgir mi candidatura en las actuales circunstancias.

Y es, sin duda, por esa misma persistente obsesion que me atrevo á aceptar el mandato, no como un honor, sinó como un puesto de accion, que no sería decoroso renunciar ante las condiciones, cada día más graves y apremiantes, que esa

cuestion nos impone.

En este concepto, creo llegada la oportunidad de hacer valer ante la más alta autoridad representativa de la soberanía nacional, los elementos que, por mi profesión de soldado, y favorables oportunidades, he podido adquirir dentro y fuera de nuestras fronteras.

La responsabilidad que asumo me autoriza y obliga á requerir el mayor número de voluntades en favor de la causa que sostengo, y por esto me dirije á Vd., solicitando su valioso concurso para el objeto propuesto.

Saluda á Vd. atte.

Ricardo A. Day.»

Es decir: esto es lo que pienso decir y hacer, y á ello comprometo mi palabra de caballero, de ciudadano argentino y de soldado.

Mi esfuerzo responderá á un indiscutible beneficio para la Nacion y muy especialmente para el pueblo de Mendoza cuyos

sufragios solicito con mi más patriótica franqueza, sin la venia de ningún círculo que pueda obstaculizar mi propósito y mi independencia.

Responde ni iniciativa de candidato á una necesidad permanente y muy de actualidad en el orden militar.

Hace poco, en la crítica expectativa de la guerra con Chile, esta poblacion, alarmada, pero no ménos dispuesta como siempre al heroico sacrificio, reclamó por intermedio de la juventud, de pie y constituida en «*Liga Patriótica*» al ministro de la Guerra algunas medidas que dieran posibilidad de una defensa en caso de invasion exterior.

Era conviccion popular robustecida por la confesada opinion del general Arent y sus discípulos de la Escuela de Guerra, que Mendoza estaba en condiciones indefendibles. El coronel Day lo viene diciendo desde hace años, desde que, es cierto que tiene la obsesion de la guerra con Chile y

la defensa nacional. El ministro contestó, con la necesaria ó gerárquica terquedad oficial, que él sabía lo que debía disponer en caso de peligro. El gobernador, á quien se le habrían dirijido más espícitas comunicaciones agregaba con una resignacion musulmana: «Así es; qué quieren, en toda guerra internacional, toca fatalmente á algunas poblaciones la triste suerte de ser las víctimas; sufriremos los primeros desastres; es sensible que sea aquí; tal vez.....»

Este pueblo sabe estas desesperantes realidades á su respecto, y mucho más, que yo, por mi parte, me resisto á exponer para no dar solaz á los vecinos.

Si este mismo pueblo, ingratamente olvidado para su defensa, no elije al candidato, honrando á su personalidad y á su oportuniísima bandera, cometerá una claudicacion más, un acto suicida de incondicionalismo.

No será electo, porque no ha pedido el

beneplácito de los olímpicos usufructuarios, pero su derrota será honrosa ante la jente sensata.

Hay que empezar.

Es edificante que aparezca alguien capaz del estoico sacrificio.

Para un alma bien templada á lo Stockman, el aplauso no debe ser cuestion de cantidad sinó de calidad. ¡Miserable enhorabuena para los exitistas, ante quienes bajan las acciones morales de quien soporta una derrota justamente por lo que debiera darle la victoria!

En Estados Unidos, Grant, felicita á Mackinley, su rival triunfante, y el adversario queda organizado para una nueva lucha sin la excomunion oficial ni popular. Ensanchará, corregirá su programa, adquirirá más ascendiente ante la multitud por la perseverancia activa y principista.

Ha sido vencido en el terreno de la controversia de las ideas y de los trabajos tumultuarios pero honrados del atrio.

A nadie se le ha ocurrido que ha caído un baldon sobre su nombre; aquí se zahiere al caído porque ha mantenido la altivez de su conciencia, antes que la apostasía de su espíritu.

Day, estará en buena hora como víctima ó como triunfador.

¿Se dirá que otros podrán realizar el mismo programa sin anunciarlo, ya que el patriotismo no es del monopolio del que lo proclama?

Así será, pero está en la conciencia nacional, la verdad que *El Diario* de Buenos Aires sintetizaba hace varios días en un brioso y elocuente artículo:

«Todos saben, todos lo sienten, todos lo dicen, que el país no está preparado para su defensa en caso de una guerra.

¿Por qué no lo está?

¿Quién es el responsable?

Hace más de veinte años que el general Roca es el único responsable de los actos

de gobierno, como autor directo ó como áulico inspirador.

El, con preparacion militar profesional que tiene ó debe tenerla, ¿por qué no ha proveído lo conveniente á asegurar para siempre la tranquilidad pública y el respeto á la tradicion histórica de su país, digno de mejor suerte?»

Vayan, pues, al Congreso, los altivos, para que, elegidos siquiera una vez altivamente, desde la grande y autorizada tribuna, los que tengan independencia de carácter para esponer sus ideas y sus demandas con la marcialidad y conviccion de ciudadanos y soldados que no han degenerado de gloriosos abuelos, abran la brecha para la redencion, clavando en el primer jalon la evangélica enseña: «La verdad os hará libres».

* * *

La continúa contemplacion de las miserias y males colectivos aflige el corazón del hombre, cuando sobre ellos se concreta y dirige el pensamiento.

En tal situacion, la tortura íntima apuraba mi pluma obligada á correr ligeramente sobre el papel, espejo cruelísimo que reproduce desnudeces de las víctimas de sus miserables victorias, como tambien el dolor del victimario. cuando apareció en mi escritorio uno de aquellos jóvenes, tan oscuros como beneméritos, que suele frecuentarme para hacerme el honor de pedirme alguna opinion ó algun consejo respecto de sus primeros pasos como escritor.

—Qué de bueno trae, mi amigo?

—De bueno nada, sin duda alguna, si no es una prueba de una intencion buena.

—Yo no aplaudo intenciones nunca, y menos en esta tierra de esterilidad; la idea, y el propósito hecho obra, eso sí.

—Es que aquí está la obra.

—Veamos.

—He concluido este drama: *Lucha estéril*.

—Mal principio, amigo. La lucha no es estéril nunca, y la frase excéptica no puede ser más que artificial en un jóven de veintidos años, en que la vida se ha soñado, y no se ha *vivido* aún. La juventud debe admitir y buscar la lucha por el bien en sí, antes que por el éxito. Precisamente, sobre esto escribía.....

--Pero qué, ¿Vd. ha escrito un drama?—estalló mi maligna é ingénita ironía que no siempre soy capaz de disimular. Por esta vez. asomaba mi perversidad por mi manía de las reminiscencias.

Todos los principiantes en crítica é historia literaria conocen el episodio: García Gutierrez, el autor del drama caballeresco *El Trovador*, buscaba como sombra á Espronceda para someterle su ensayo en busca de una excomunion ó de un aliento. Le pescó al sentarse á comer en una fonda en compañía de su amigo D. José M.^a Monti; no pudo excusarse de recibirle, y el soldado poeta, con la gorra de cuartel en la mano, le manifestó su pretensión de que leyese su obra, como maestro.—«¿Qué Vd. ha escrito un drama . . . ?» dijo el poeta, midiendo con escudriñadora mirada al problemático númen.—Sí, señor, y aquí le tengo.—Pues lea Vd. algunas escenas; si el drama es bueno, seremos amigos, y si nó, concluirá Vd. mal con su impertinencia.»

Al llegar á la escena del desafío, la generosa y justiciera opinion del ilustre oyente, presentía una gloria para el teatro de Lope y Calderon.

—Pero su drama tiene muchas víctimas?

—¿Se refiere Vd., señor, á los espectadores?

—Nó, porque, por lo ménos, aquí en Mendoza, no los tendrá..... son críticos por intuición, por ciencia infusa y muy previsores.

—Solo muere desesperado el protagonista, saltándose al final la tapa de los sesos.

—Es extraño. La única víctima necesariamente fatal de un drama que se escriba en Mendoza, como de toda obra hija de un alma bien puesta y un cerebro atrevido, es el autor mismo..... Pues suicídese Vd!

..... ,

Reaccioné luego, para caer por la centésima vez en otras reminiscencias más humanitarias de que me valgo siempre en casos análogos.

Exalté en él, el espíritu de la paciencia con ejemplos de los ilustres perseverantes, recordándole mi convicción de que el espíritu humano no produce nada de bueno

sin gran esfuerzo y hasta con dolor
Fuí solista, más que en la reproducción que hago en estas líneas, porque en la escena viva tenía un *único* auditorio de cuyo respetuoso cariño estaba seguro: Isócrates, escribiendo su *Panegírico* en diez años «para que los atenienses, después de haberme oído, no tuvieran nada que reprocharme»; de Eurípides, ante quien Alceste se jactaba de haber escrito centenares de estrofas en tres días, á lo que el autor de *Hécuba* y *Medea*, replicaba que había empleado otros tantos tres días en hacer solo tres versos, pero que, en cambio, los del jactancioso rimador durarían tan solo las horas empleadas en componerlas, mientras que las del maestro durarían eternamente; á Montesquieu, ocupando veinte años en escribir su *Espíritu de las leyes*; á Cervantes, meditando su vida entera en su poema inmortal para escribirlo recién á los cincuenta y cuatro años; á Tasso, consumiendo la mesa de su

prision en raspaduras para la correccion de su *Jerusalem*; el episodio de Newton: «Oigo decir á todos que soy un genio; me comparo prolijamente con los demás hombres y..... aparte de que me encuentro con más surcos oscuros en mis ojos, con ménos tersura en las mejillas, con ménos fronda de rulos en los cabellos, yo creo no distinguirme de los otros más que en la paciencia y la audacia para afrontar los abismos de mis dudas..... sí, el genio es la perseverancia!»

Concluí con el otro maestro contemporáneo: Dice Emilio Zola que de dia en dia acuden á él numerosos jóvenes que van de provincias á la capital del mundo intelectual, á recibir en su presencia el óleo inspirador de su genio; que á todos, invariablemente á todos les dá el mismo consejo: *trabajen*, trabajen: mientras que muchos como Claudio se cuelgan de la viga de la buhardilla en *La Obra mia*, el otro, Sandoz, llora sobre el humeante cadáver,

pero dice: *A trabajar!*

—Sí, mi querido discípulo, ya que Vd. quiere que sea su . . . amigo, *bravo!* ha trabado Vd., déjeme el drama, y, bueno ó malo, mi sincero aplauso; que otros vituperen y burlen á *las víctimas*, agregando yo, con Tamayo y Baus: apesar de todo, «piedad y amor para los matadores!»

* * *

Ya empezaba yo á sentir cierta incómoda asfixia, al evocar tan repetidamente la atmósfera mefítica de mi aldea, donde por fatalidad encontraba mis personajes y las cosas cuyas pasiones y cuyas tintas forjan, con la lógica de mi pensamiento, los juicios que formula mi invariable franqueza en este panfleto, cuando la presencia de aquel jóven pareció traerme una ráfaga más respirable á mis pulmones, ansiosos siempre de cierzos del Pireo ó de Túscolo.

Por experiencia propia he aprendido que nada tonifica más el alma humana atribulada, que el transporte del espíritu

hácia las grandes cosas, los grandes hechos de los grandes hombres.

Desde Alejandro, que en toda su vida y en sus campañas, llevaba la *Iliada* como un Breviario de la religión del heroísmo homérico, hasta Franklin, que daba á la juventud, como principal precepto de moral, el estudio biográfico de los que se elevan por la excelencia pura de su alma y la perseverancia del talento, los hombres han pensado y sentido lo mismo, aunque no lo practiquen ni confiesen.

Para probar que la criatura nace más organizada para el bien que para el mal, bastaría palpar esa sincera, invencible é íntima admiracion que sentimos por lo que se impone como superior á todo espíritu, aun el más mezquino y extraviado.

Los cínicos son pocos, y ninguno de ellos siente en el fondo de su conciencia que por tal condicion tiene algo de moralmente superior en sí.

¿Por qué el vicioso y el malvado se

ocupan siempre de ocultar su deformidad?

Ya se dijo: «La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde á la virtud».

.....

Pero mi ilusion debía desvanecerse pronto.

Lleno de anhelo por el calor y la luz, sufro con afijente é implacable destino, la condicion del buho: estoy condenado á no ver más que la tiniebla y el frío del más desesperante excepticismo, que me combato, contra mi tendencia orgánica de poltrón, de héroe oscuro, en la acción, porque, á pesar de todo, la creo fecunda para el bien ageno y el consuelo propio: «la alegría es la fuente de todas las virtudes, segun aseguraba el desesperado Voltaire.

Después de mi injenua y entusiasta apolojía á la actividad del genio que debemos imitar, como ejemplo, los audaces ambiciosos pigmeos, aquel jóven me abrió su corazon como confesion última acaso:

escribía su primero y último drama antes de abandonar la ingrata tierra para el alma como pródiga para la viña lujuriosa que, coronando de pámpanos la sien de los glotones erutadores, los lleva en el triunfo de la fortuna material advenediza, á las posiciones sociales y políticas desde donde levantan soberbios el muro inaccesible á la virtud modesta y al talento sin el oropel del vellocino.

Me ahogo aquí, me dijo, parto «de cara al sol», hácia el «barco grande» en tumultuoso oleaje, á entregarme en los brazos del destino que no combaten sistemáticamente los hombres, y donde tantos, voluntariamente alejados del querido terruño, se han creado un nombre con el aliento de propio y extraño incentivo, á merced de una fuerte voluntad y de una esperanza; aquí, es escuela vieja, incommoviblemente radicada, de no procurar estímulos á la juventud, sin comprender que el progreso de los pueblos es solo verda-

dero cuando es armónico, cuando al cultivo de la ciencia y el arte, con el auspicio y el respeto á la inteligencia, se une la elaboracion material de la fortuna, trayendo ambas el poder y la fuerza perdurable como basada en la unidad absoluta del bien y del ideal..... precisamente, señor, la tesis histórico-naturalista de mi primera obra, prueba y combate la esterilidad de la lucha contra prejuicios y propósitos conscientes de los poderosos que vienen usufructuando el feudo sin permitir la redención del vasallo y del *mujik*.

—El capital que tengo y el que descubro adquirir con el trabajo único á que me siento llamado por mi idiosincracia natural y por el aliento de algun maestro que, como D. Cándido Rodriguez colocando su mano sobre la cabeza del patricio decía: «yo descubro el tesoro que se oculta», tambien ha estimulado mis facultades imaginativas, no puede ponerse en giro en esta tierra..... me voy..... con la prematu-

ra decepcion en el alma, pero con la bendicion evangélica en mis labios.....
«Campo abierto, y déjeme frenético correr.....»

—Hóla, mi primer corifeo, el primer casteaço de Catel-o Branco, vaya amigo, consoladora coincidencia de sus ideas con las convicciones de un otro orijinal, «persona buena, verbosa y elocuente, llena de méritos que á nadie satisface», á quien yo sigo en sus convicciones, que viene proclamando á gritos sin ser escuchado, porque aquí no hay oídos para el hijo del majuelo que no es patricio, y que conocieron naranjo. Como él no se vá, por seguir luchando, justamente en el terreno de sus dolores y sus fracasos, y pues que piensa que la verdad no pierde con la repeticion su excelencia de militante, voy á leerle á Vd. unos párrafos de un discurso que pronunció, coincidiendo con su tesis, en un teatro lleno, donde la aplaudida palabra caía en el vacío. El paréntesis litera-

rio á que Vd. me ha provocado, desvía mi plan, tal vez contrariando la benevolencia de los baratos lectores.

«Siempre juguete fuí de mis pasiones (1)

.....
.....
.....

Era un día patrio, hace tres años.

.. Se festejaba con un acto literario-musical en el teatro, el aniversario y la fundación de una sociedad literaria, la única acaso en Mendoza desde la que organizó el patricio Martínez Rozas el año 1812.

Por supuesto que, siguiendo la lójica fatal de las cosas de la tierra, la institución feneció ya de hecho, porque algunos eunucos, mudos, ó de voz atiplada, de esos que «languidecen al oír una sonata» ú oyen la afeminada *recitación* de un monólogo envejecido del peor gusto, tan envidiosos

(1) Como el autor da el libro gratis, le parece natural que sirva á su voluntad y sus pasiones, desee que no exija precio por ellas.

como ignorantes, alejaron con trabajos de zapa á los que pudieran hacer sombra por su preparacion y su franca y viril actividad.

Le cito á Vd., solo lo persistente á combatir la falta de estímulo á la intelectualidad útil y masculina.

«Señores:

Más de una vez he tenido el honor de recordar las glorias de mi patria en sus grandes aniversarios, pero declaro que jamás ha sentido mi palabra humilde los estímulos que hoy la inspiran, por el doble significado que atribuyo á esta fiesta: el recuerdo jubiloso de la pasada gloria, y la consagracion en el presente de un acto de cultura fundando una institucion para el cultivo del espíritu.

Y así como los hombres degenerados y oscuros provocan la ironía cuando muestran su injusta vanidad recordando los títulos de ilustracion ó la alcurnia de sus

abuelos, no le es dado á los pueblos señalar sin rubor su abolengo histórico en las sombras del presente, cuando no pueden afirmar en concreto que caminan hácia delante, siguiendo la marcha triunfal del progreso sin degenerar de su credo primitivo y de su estirpe.

Un aforismo ya banal, señores, afirma que en nuestro siglo, la nacion que no progresa, retrocede, camina hácia la sombra, hácia el eclipse, como herida por la luz implacable que todo lo envuelve y lo penetra, si no se incorpora á su vértigo y su continua dilatacion hácia el ideal y hácia el azul.

¿Cómo respondemos nosotros, hoy dia á esta afirmacion que compromete nuestra condicion de pueblo altivo, caballeresco, por su raza, orgulloso de su historia, seguro de su grandeza en el porvenir?

Vosotros lo habeis visto, y lo palpais aún, cómo la impaciencia febril de todas las almas en los dias de expectativa que he-

mos pasado, ha mostrado la virtud varonil del pueblo argentino, cual si en cada pecho hubiera golpeado la misma evocacion de la enseña augusta que paseó el viejo Brown en la linfa de nuestros rios y el Gran Capitan en la nieve de nuestras montañas. (1)

Pero yo no vengo ahora á exaltar sentimientos, que serán los mismos de los dias clásicos, ayer, hoy y en el dia de mañana con que quieran probarlos los acontecimientos ó el destino; quiero justificar con otro título que no sea el entusiasmo patriótico, esta fiesta, con la que el pueblo culto de Mendoza, recibe, estimula y aplaude esta naciente institucion literaria, aliento generoso y audaz de juventud, semilla que arrojamos á vuestros pies para que la hagais, con vuestro amor, grande y fecunda en la tierra de nuestros hijos.

Pero el pueblo argentino, pero vosotros

(1) Se temia la guerra con Chile. La juventud de Mendoza se organizó militarmente, por inspiracion propia.

quereis ser pueblo grande, poderoso, respetado y temido, atleta de brazos vigorosos, de músculos de acero y de cabeza enhiesta.....

Pues bien, yo os voy á mostrar que la sangre, que el esfuerzo colectivo de la inteligencia humana, inyecta á los pueblos, para que sean atletas de músculos de acero, temidos, triunfadores y de cabeza enhiesta, es la cultura del espíritu, la fuerza moral incontrarrestable de las almas, generada, fortalecida por la ciencia, por el arte, por toda actividad que grave la imájen del espíritu del hombre sobre las cosas.

De modo que, cuando os pido estímulo para nuestra empresa, valor para nuestra acción, contribuyendo á sacudir las almas somnolientas ó tímidas, dirigiéndolas hácia nosotros para que prueben su fuerza real pero inerte por falta de impulso, cuando os pido la miel de vuestro cariño para alimentar la vida de esta colmena que for-

mamos, no lo hago á nombre propio, porque yo no tengo personalidad, por ser yo, para formular iniciativas y trazar derroteros á la manifestacion de vuestra cultura intelectual, sinó que, os hablaré con la autoridad y á nombre de la historia, que os vá á mostrar el paralelismo y la relacion que existe entre el poder, la fuerza y la gloria de los pueblos, con su civilizacion, con su arte, con el mayor ó menor predominio del talento sobre la materialidad de la vida.

¿Cuándo tuvieron los griegos el cetro del mundo por la espada? ¿cuándo, su genio científico y artístico, adquirió para la historia su inmortalidad?

Fueron el pueblo más poderoso de la tierra cuando pudieron oponer Esquilo, Sófocles y Eurípides, al impulso brutal de los persas en Platea, en Maraton y en Salamina. Sus glorias, que revelan su fuerza material, se justaponen contemporáneamente al vigor de su cerebro y á la ins-

piracion de sus artistas.

Fué la raza de los prometeos que llevó Esquilo hasta retar á los dioses en sus solios augustos, la misma que fué indomable en el combate y que nos dió á Demóstenes y á Platon.

¿Y por qué, aquel pueblo que necesitó una mitología para hacer la apoteosis de su poder y su grandeza, es realmente hoy una mitología verdadera en la historia?

Es que perdió hasta el derecho á la vida, cuando su ciencia y su arte ya no eran divinizados por el pueblo, cuando el lujo de los Alcibiades, sustituyendo la aspiracion al ideal, personificó el epicureismo de su edad degenerada y abyecta y siguió al oro de los persas, antes bien que ir á formar en el coro de sus tragedias inmortales.

Y desde entonces, la sombra de Harmodio y de Filopemen vaga aflijida entre brumas y dolores eternos por las montañas solitarias del Pindo desde que la en-

volvió aquella ráfaga helada que mató su libertad y su conciencia de pueblo libre, que, por haber perdido su alma y su genio, se resignó como un esclavo y aceptó la dominación del extranjero.

Y Roma, señores, ¿cuándo pudo llamarse la señora del mundo, y tener en su Senado una asamblea de reyes?

Cuando con su espíritu, desarrolló las aptitudes intelectuales de su índole; cuando creó las concepciones abstractas de la justicia y dictó la ley basada en la ciencia, la equidad y la moral, para sí y para la posteridad en todos los siglos; cuando Lucano cantaba en nota épica los triunfos de Farsalia; cuando Plauto y Terencio llevaban á la escena los trasuntos de la tragedia ó la comedia griegas; cuando Marco Tulio petrificaba con el rayo de su elocuencia á Catilina en el Senado; cuando el mismo César, señores, pensaba más en escribir sus *Comentarios* que

en cimentar su dictadura sobre la abyección de los hombres. . .

Pero, ¿cómo cayó, y cuáles fueron los síntomas de su decadencia y de su ruina?

Para la noche de Filippus, aquella noche en que con la sangre de sus venas se perdió la vida de los últimos patriotas con la libertad de Roma, ya había enmudecido, ya no se oía ni en la tribuna de las arengas, ni en el foro, ni en el Senado, la voz de Ciceron, el genio más artístico, más bello y más dulce de Roma, de cuyos labios manaban miel y voluptuosidades de genio y elocuencia, como de los dedos de la Sula-mita manaban mirra y destilaban deleites.

La ciencia y el arte, ya no será más que síntoma mortal de infamia que se acepta, de glorificación de un éxito que mancha: los ingenios de Propercio, de Cátulo y de Tíbulo, cediendo al medio letal y á la atmósfera concupiscente de la Roma imperial, desde Actium, enervarán su número y sólo se inspirarán en las gracias

desbordantes y generosas de las cortesanas; Ovidio, que mostraba el amor con himnos y enseñaba á inspirar pasión con la música de sus versos divinos, «lamerá las manos sangrientas del tirano, implorando una conmuta de destierro»; la filosofía estoica, única y sin originalidad de los romanos con Séneca, adulará al monstruo con diadema; la misma justicia, invertida en su aplicabilidad y sus fuentes; desde que, á la equidad de los pretores se sustituirá ya el rescripto omnipotente del emperador, os muestran los signos de la decrepitud intelectual y material de la civilización latina, donde ya no anunciarán el peligro los gansos del Capitolio, ni la Vía Apia soportará alborazada el carro de los triunfadores; Varo volverá con sus legiones hechas pedazos y holladas por el casco de los corceles bárbaros, cuyos dueños vendrán á pisotear y escarnecer con su grito salvaje y carnicero, la ya manchada gloria de los Gracos y de los Sci-

piones.

Es, pues, la misma sombra, el mismo polvo, el mismo sudario que cubre enseguida por diez siglos el genio latino, el poder y la existencia de Roma!

El poeta Byron, cual si por sus labios saliera el verbo del género humano, te llora en la posteridad. «Oh! Niobe de las Naciones, oh! Roma, madre sin hijos, reina sin corona, los huérfanos del corazón deben volverse hacia tí, madre solitaria de *imperios* fenecidos!»

.....
.....

Pero, ¿quién conservó los andrajos de aquella pompa, y por qué se conservaron?

Bizancio, heredera de aquellos andrajos gloriosos, de los monumentos del cerebro latino, vivió para conservarlos, y aquel Bajo Imperio, con sus depravaciones, sus molicies y sus absolutismos, vivió, y ese es su único título de nobleza ante la historia, porque tuvo un arte, una ciencia

del derecho y amor por la antigüedad clásica que guardó para devolverla al Renacimiento, que señala una nueva vida para todos los pueblos, y la muerte para aquel imperio, merecida por su corrupción y sus vicios.

—

Sobre el mundo parece que se proyecta el inmenso eclipse de la luz, y se paraliza la sangre en las arterias de la vida.

Hemos llegado á la larga noche de diez siglos, hemos llegado á la Edad Media.

El asceta y el guerrero son los dos elementos que departen la sociabilidad de aquel período, sociabilidad negativa que subsiste en la guerra feudal, de infinito número de señores, débiles por su multiplicidad y la falta del principio comun de la fraternidad humana.

El hombre es el lobo para el hombre, que no combate por la nacionalidad ó por la idea, sinó por la obediencia servil al *señor*

que maneja el látigo que mueve al humano rebaño de máquinas animadas de destrucción; los otros, sonámbulos iluminados dentro de los «antros oscuros de la devoción terrible», sombras humanas que se agitan como espectros, sin más vida en el cerebro que el éxtasis nebuloso é indefinido; nada puede crear que no sea la negra irradiación del «siniestro resplandor de la muerte».

No hay en los diez siglos más que una sola visión, un solo anhelo que pueda recoger el pensamiento: la sed inmensa del amor infinito, la mística é insaciable aspiración de volar hácia la altura, buscando á Dios en el éter impalpable y lejano.

Y esa aspiración única, señores, nacida entre el desierto, entre la guerra, entre la desesperación y entre la impotencia de los hombres y los pueblos, la traduce también como única manifestación del espíritu, el arte, con su catedral gótica que eleva al

cielo sus agujas que coronan á naves ámplias y serenas de magestad, donde los hombres, arrodillados, elevan hácia arriba «el humo de sus holocaustos que se escapa por entre aquellas primorosas filigranas de piedra».

Con supersticion por filosofía, con el desprecio más profundo hácia la hereje cultura griega y latina, con odio implacable por humanidad en la guerra, con la servidumbre por aplicacion al principio de la igualdad humana consagrada por Cristo en el Calvario, con la negacion del principio de redencion por la inteligencia, es claro y lógico, señores, ante los principios, aquel obscuro paréntesis de barbarie en la historia.

Pero, ¿cuándo salió el sol tras esa larga noche; cuándo, por qué y cómo «aquella penitencia de siglos» impuesta á la humanidad por el olvido de su ciencia, de su arte y de la moral de Dios, terminó, para hacer

de los pueblos factores activos de una nueva organizacion social, y de los hombres apóstoles de la verdad y de los principios de la nueva vida?

Cuando se exhuman de los claustros medioevales los olvidados y vilipendiados clásicos antiguos; cuando se traen á la Europa los mismos, que el Bajo Imperio conservó á pesar de sus orgías bizantinas; cuando los navegantes aportan los mutilados mármoles griegos que talló Fidias, Xeusis ó Praxiteles; cuando se sustituye á Santo Tomás de Aquino y San Anselmo por la resurreccion de Aristóteles griego y antiguo, con Bacon moderno; cuando á todos estos viejos tesoros de la ciencia y el arte, el hombre vé, oye, lee, devora... se produce el Renacimiento, «ese despertar jubiloso del jénero humano», y á la luz de su aurora nace la fiebre del cerebro y el invento, echándose á la vez las bases de las nuevas nacionalidades en el instante en que hasta del seno insondable de los abis-

mos surjen Atlántidas, porvenir de todas las razas, donde nosotros hemos tenido la cuna, y hoy levantamos nuestra tienda de labor y de trabajo fecundo para el porvenir.

.....
.....

Pues bien, señores, ya están las naciones de pié, no arrodilladas, y en marcha.

¿Cómo desenvuelve cada una sus elementos con respecto á las manifestaciones del espíritu? ¿cuáles son los matices que presentan entre el vértigo incesante de la vida moderna, para llegar á ser gigantes los que ayer eran sombras?

Muy pocos ejemplos más, porque ya me extiendo demasiado.

Inglaterra inició ámpliamente la grandeza de su poderío bajo el reinado de Isabel cuando tuvo á Shakespeare, el más grande y atrevido de los poetas dramáticos, que, imitando á Esquilo, mostró que entre las brumas de un cielo y un clima

ingratos, podía decirse y experimentarse la misma inspiracion olímpica que entre la serenidad y transparencia del cielo griego, porquè el genio es superior á la naturaleza y á los tiempos.

El sol, en su aparente carrera, no medía la estension de los dominios que componía la tierra del Cid y de Bernardo, cuando tuvo á Lope, á Guillem, á Tirso y Calderon; los mismos árabes que la dominaron fueron vencidos cuando Motamid, Zeidum, Lebbun, Amarysus mil inspiraðísimos como desconocidos poetas, no estremecían de entusiasmo con su lira el pecho de los abencerrajes, y la ciencia reveladora de aquellos olvidados fatalistas que tanto nos han enseñado en la química, en la astronomía y en la matemática, había sido pospuesta por la sórdida especulacion en unos, y por el enervante deleite de los muelles adormecimientos de odaliscas y sultanas.

La Francia, alcanzando su más alta magnificencia intelectual en su siglo de oro, al

par que la omnipotencia política cuando Corneille, Racine, Moliere, Bossuet, Vauuban, Lulli, y Jourdan, daban la nota más alta en la tragedia, el drama, la comedia, la oratoria, la música, la escultura, el arte militar, enseñando señores, para conclusion de mi tésis, que nada es digno de la gloria, del poder y de la inmortalidad, sino tiene como causa generadora un principio y una inspiracion del pensamicntol

.....
.....

Y al demostrar, señores, la excelencia del espíritu para el progreso; al consignar con lejítimo orgullo de argentino que en el Plata fecundan y se reciben con avidez todas las expeculaciones con que el genio humano traza á la humanidad su norte en la gloriosa ascension hácia el ideal, réstame solo, volver mis ojos hácia vosotros, hácia la aldea santa, donde me lleva y me vincula con amor inmenso el corazon lleno de fé y de esperanza, para mi pueblo,

para Mendoza; réstame sólo preguntarme: ¿cuál ha sido y es nuestra posición respectiva en el mundo, entre esta común y universal aspiración de ciencia y arte, que en nuestro siglo es el atributo único con que puede el hombre hacer la glorificación de Dios sobre la tierra?

¿Qué fuimos, qué somos?

¿Cuáles son nuestros manes gloriosos, cuáles son los dioses tutelares que podemos invocar cuando reclamamos un lugar entre los juegos olímpicos de la inteligencia en que á toda hora, asisten en la época presente los pueblos, al concurso de las ideas, á las controversias del espíritu, á forjar sobre el yunque de diamante con aliento de Prometeos la obra de civilización que realice para todos la libertad, la igualdad humana y la comunión fraternal de los hombres en el triunfo de las ideas y los principios?

Ah! señores, os reclamo, os suplico indulgencia.

A Mendoza, á mi aldea santa, á quien nunca puede ofender mi labio ni mi alma, porque siento dentro, á toda hora, su caliente y suave caricia de maternidad, la veo sola, sin historia intelectual, con páginas en blanco, cuando más sobre ellas la señal informe, confusa y olvidada de algun dolor de proscrito, de alguna lágrima de poeta ilustre á quien no comprendimos ni estimulamos, ni siquiera por egoismo de nuestra propia gloria!

En efecto, Mendoza se señala entre las provincias argentinas por su esterilidad intelectual, porque no ha producido hijos ilustres, porque hoy mismo carece, señores, de los elementos necesarios á la reaccion que nos reclama el tiempo y nos exige nuestra vanidad.

Los Zuloaga, los Saez, los Godoy, los Gil, arrojados de nuestro medio como importuna escoria, vivieron en la exclusion y entre el dolor solitario é inconsolable, ó murieron proscritos en el extranjero, sin

nuestra gratitud, porque Mendoza les negó la hospitalidad á su talento, rehusándoles su estímulo y justicia.

Fueron importunos á la triunfante digestion de los que poseen el vellocino de oro, que aquí dispensa el mérito, el nombre, la reputacion y hasta el honor!

.....
.....

Abonais la tierra para que os dé racimos que son la riqueza; cread el medio ambiente para que sean grandes vuestros hijos; premiad, estimulad á los que tienen sed de saber y á los que tienen audacia y se presentan en la arena, si no quereis ser un oscuro y miserable anacronismo en el porvenir, que no admitirá más título á la historia y á la existencia, que la cultura, el triunfo de la razon y el predominio soberano de la verdad sobre la barbarie.

.....
.....

Caracteriza al siglo la reaccion sobre

el error, la sed de hacer justicia y apoteosis á la raza prometeana que lucha, se debate y triunfa, no ya entre coros de maldiciones y odios, sinó entre la aclamacion ruidosa del aplauso universal que alienta y reivindica para los verdaderos dioses su aureola de adoracion, de gratitud y majestad.

Respetad á los tiempos, y oidme esta antítesis, para que me creais.

Antes, Homero, ciego, mendigo, sin que se sospechase que sus harapos nauseabundos cubrían el genio poético más grande de la tierra; Sócrates, obligado á rendir la vida y brindar con cicuta por el futuro triunfo de su filosofía; Plauto, macerado por el látigo de sus contemporáneos; Esquilo, Juvenal, Ovidio, Dante, condenados al destierro; Milton, ciego y miserable escupido por un Duque insolente; Voltaire, abofeteado; Savonarola, Hus, Galileo, el Duque de Viena, Fray Luís, Heine y el Tasso, contraponen con sus ostracismos

y sus dolores, á la reaccion de la época que no persigue al genio, sinó que en vida corona á Zorrilla, diviniza á Víctor Hugo que antes de morir oye que el siglo llevará su nombre; diviniza á Pasteur, Edison, Rontgen, y les ofrece en vez de la corona del martirio, el laurel de la historia siempre verde, que hace la honra inmortal del número y del pueblo que los comprende.

Que no tengo razon, que me inspira pesimismo el amor á la tierra donde he nacido, que no debo decir que aquí el talento, el anhelo, la aspiracion, la ciencia, el libro no es un título á la consideracion social, que aqui no valen ni se quieren esas cosas..... Hacen ochenta años que San Martín colocó con su propia mano el primer libro de esa Biblioteca que lleva su nombre; hacen ochenta años que él nos pidió con su ejemplo el culto al libro, ese fonógrafo de Gutenberg más grande que el de Edison que nos trae la voz, la palabra y el genio de todos los tiempos, y hoy, nos en-

contramos, señores, en el día de la Patria, festejando glorias, teniendo en Mendoza la biblioteca de San Martín 500 volúmenes ménos que el año quince; 30.000 habitantes, 66 doctores y ¡dies! suscritores que dan un peso cada mes, para fomento de la institución que nos legó el más grande de los argentinos!

Perdon, señores, pero alentad á los que tienen sed de luz, y á los que tienen audacia, que si mi palabra torpe os ha herido, recordad que el amor, que el cariño entrañable también á veces hiere ó mata; que Cristo, con morir bendiciendo á sus verdugos, el mismo día que enseñaba el nuevo verbo de redención para el mundo, llamaba publicano, ateo, réprobo y esclavo al pueblo judío.»

.....
.....

* * *

..

Como lo que ahora trato de probar, seguí diciendo á mi jóven amigo, es que, antes que Vd. se ha gestionado hasta el cansancio la reaccion para la justicia póstuma de los meritorios de este pedazo de tierra argentina, como de los contemporáneos que se esfuerzan llenos de fé, en medio de la pena profunda de su estéril lucha, voy á presentarle otro ejemplo despues del solista discurso que ha oído.

Gestion sin resultado, porque al atrevido no se le oirá nunca por aquello ya dicho: «Me falta personalidad por ser yo», y, aunque hable á nombre de los principios y de la historia, será lo mismo, desde que

aquí no se escucha la verdad sinó desde la altura soberbia, donde los representativos, esos que pretenden acaudillar la juventud, si no tuvieron escrúpulo en la conciencia, ménos habrán de sentir amor por la apoteosis y la justicia ajena, á que no alcanzarán dentro de la absoluta moral y del criterio histórico.

El *orijinal* ese, «el verboso y de mérito que á nadie satisface», fué un dia consultado por un municipal extranjero que sintió la generosa extrañeza de que en Mendoza, ó no habían dioses penates á quienes rememorar en reverente culto histórico, ó se cometía una ingratitud con el olvido. La consulta fué contestada con la carta que transcribo, y que la opinion de los representativos de mi tierra envió al canasto, para que hubiera un pensamiento ménos, porque estuvo de más.

Oiga Vd.:

«Mendoza, Abril 26 de 1897. (1)

Al Municipal ingeniero D. Rafael Leon.

Estimado amigo:

Un día que Lopez Gomara vino á visitarme para solicitar mi concurso en un acto público, me excusaba diciéndole que no queria confirmar el apodo de exhibicionista con que ya me favorecían los oficiosos y oficiales críticos que no conciben en esta tierra, cómo un hombre que no posee títulos universitarios, ni tiene muchas viñas, puede tener ideas y expresarlas sin el consentimiento de ciertos círculos que han prescripto en Mendoza la superioridad, por muchos años de éxito convencional, ya que no lo han hecho por la sabiduría.

—Pero qué quiere, amigo, me dijo, nosotros no tenemos la culpa de que hayan personas que nos crean capaces de algo, y

(1) *El Debate*--Abril 25 de 1897. (*Justicia póstuma — Carta de actualidad*).

aún de obrar y decir con la responsabilidad que desafía los convencionalismos retrógrados y mezquinos, y, es justo, que vamos con nuestra buena voluntad á donde nos llaman los que nos dispensan buen concepto y nos quieren, antes bien que dar gusto con una inaccion y embrutecimiento estériles á los que nos critican ó nos odian.

La otra noche me significó usted el deseo de cambiar ideas conmigo respecto de nombres históricos con que podrían bautizarse algunas calles del municipio, ya que este asunto se ha llevado al Concejo Deliberante de que Vd. es miembro ilustrado y activo.

Acogiéndome á la teoría de Gomara, respondo al deseo suyo, escribiéndole esta carta, en la que debo consignar en primera línea mi agradecimiento por la brillante oportunidad que me ha ofrecido de exhibirme, y servir tambien á ciertas ideas que en otras ocasiones he insinuado, por cierto sin eco alguno.

Los monumentos que el hombre ha levantado para honrar la memoria de los antepasados ilustres, muestran el criterio con que se ha discernido hasta hoy la justicia, la inmortalidad ó la apoteosis.

El mármol, el bronce, la inscripcion, se han destinado para los que han hecho el progreso ó la destruccion por la espada y nó para los apóstoles de la idea, que enuncia el jenio sin el aparato trájicamente deslumbrador del campo de batalla.

Por un Shakespeare ó un Cervantes olvidados, sin un montículo siquiera que señale más allá del haz de la tierra sus augustas cenizas, hay miles de Agrippas y sableadores implacables, á quienes el orgullo patrio y la admiracion de los descendientes, han consagrado panteones portentosos y estátuas que, para el criterio imparcial de la historia, solo significan la glorificacion de la fuerza, la ambicion y la fortuna!

Esta aberracion tiene su explicativo

lógico y responde á circunstancias de los tiempos.

Las ideas en la antigüedad no tenían el mismo poder virtual de propagarse y triunfar que en los tiempos modernos y contemporáneos. Allá, es la espada, que une continentes, unifica lenguas, razas y civilizaciones, que impone creencias y doctrinas, que funda imperios sobre ruinas, que descubre mundos, que funda las nacionalidades y establece la libertad y la fraternidad humana. Es Alejandro que une la Europa con el Asia; la espada de los bárbaros que renueva el mundo antiguo; son los soldados de Constantino que imponen el cristianismo; las huestes de Mahoma que enseñan el Coran; las guerras religiosas que depuran la superstición; la espada de Federico que hace la Prusia, y es siempre, hasta ayer, el tambor bélico que marca el paso de los pueblos en marcha.

En el presente siglo, por lo menos es

la aspiracion y el ideal, el arte, la ciencia, el libro, el invento, realizan con el pensamiento y con sus obras, lo que antes solo se alcanzaba con el empuje violento de la fuerza.

Nuevos tiempos, nuevos dioses. No disputemos, sin embargo, la inmortalidad á los héroes que así ha considerado el criterio humano que no puede sustraerse ni al ambiente ni á las distintas épocas de la historia.

Pero tengamos el criterio nuestro, de acuerdo con el ideal actual de nuestra vida, con el propósito que persigue el mundo en la paz, deseando eliminar la guerra.

—

La anterior pedantesca tirada que muestra mi manera de considerar á los verdaderos grandes hombres, justificará el criterio con que pediré á Vd. lo que es principal objeto de mi carta.

Bajemos el tono literario para no faltar

descaradamente al precepto epistolar, de sencillez, que enseñó á mis alumnos en clase.

Se ha dicho con cierta verdad que los argentinos hemos sido poco entusiastas y tardíos para hacer la justicia póstuma á los padres de la patria.

La que se ha hecho, siguiendo el criterio que indico anteriormente, ha empezado con el militarismo.

Los generales San Martín, Belgrano, Paz, Güemes, soldado Falucho, y sargento Cabral, tienen sus monumentos bien merecidos por su heroísmo; pero, no es justo ni patriótico que, mientras el pueblo levanta estatuas á caudillos políticos de circunstancias que nada han enseñado ni edificado por su virtud ó por el martirio, no hayamos honrado á Rivadavia y Mariano Moreno, los dos hombres más eminentes de la revolución, por la clarividencia de su genio político, y por su fecundísima acción inicial en el orden de las ideas.

Ninguno de ellos tiene en la Capital, teatro principal de su accion, siquiera inscripto el nombre en una plaza pública.

Se trata ahora de proyectar una nomenclatura para las calles de Mendoza.

Convengamos que los nombres de calle Union, Buenos Aires, Libertad, Rioja, etc., nada dicen de concreto al corazon ni al espíritu, precisamente por ser tan comprensivos y generales, y deben sustituirse por nombres propios que hagan una rehabilitacion ó una justicia.

¿Iremos á buscarlos en las páginas vastísimas de la epopeya americana, en el martirolojio de la Patria ó en la historia modesta y circunscrita al pedazo de tierra, campamento del Gran Capitan y de sus huestes libertadoras?

Ante todo, á los nombres que ya existen, como Lavalle, Paz, Gutierrez, etc., no debemos tocarlos si no es para que mejoren de lugar en nuestras amplias y poéticas avenidas. Quitar á alguno sería un

arrepentimiento indigno, una revision del proceso que justicieramente ha comprometido nuestra admiracion ó gratitud.

Para recordar los astros de primera magnitud en el cielo de la América, son pocas nuestras calles, nuestros parques, nuestros monumentos.

Los antepasados más ilustres que han descollado en el escenario nacional, tienen ya, con raras escepciones, su nombre consagrado.

Yo pienso que, sobre el altar sagrado de la Patria, en el que rendimos abnegado culto á la unidad que la constituye, cada pueblo, cada lugar, cada aldea debe tener sus penates y sus manes á quienes rendir homenaje fervoroso, para que las jeneraciones presentes que los ven de cerca, se inspiren en su ejemplo, y se estimulen con la justicia tributada al bien, á todo esfuerzo, por modesto que sea.

Yo creo que ahora es el momento en que la Municipalidad debe reivindicar para su

honor la gloria de los más ilustres hijos de Mendoza, á quienes la indiferencia de los gobiernos y la antipatriótica ignorancia del pueblo exitista y beodo tiene sumido en el olvido, y esculpir sus nombres como una enseñanza, como un ejemplo ó como un reproche á la inaccion del presente, que contrasta tan desfavorablemente para nosotros respecto del pasado que ellos encarnan, segun voy á demostrarlo en seguida.

Yo señalaba un día á Mendoza como una de las provincias argentinas que más se distinguen por su esterilidad intelectual, por su mayor indiferencia y hasta menosprecio por todo lo que importe ejercicio ó cultivo del espíritu, indicando que sus causas arrancan desde muy lejos y se acentúan más perniciosamente en el presente.

Los hombres superiores tienen en su propio genio el incentivo para su inspiracion y sus creaciones, y no necesitan comunmente del aplauso vulgar para seguir

en su ascension hácia el ideal; pero el comun de los demás necesita, para esforzarse, ver que se aplauda el trabajo y el mérito, á fin de no caer en el estéril abandono que embrutece y corrompe.

Mendoza, desde mucho tiempo atrás, dije, y lo repito ahora que es oportuno, desconoció á sus pocos ilustres hijos, porque los Zuloaga, los Zaez, los Godoy, los Gil, fueron arrojados de nuestro medio como importuna escoria, para desesperarlos en la exclusion ó el dolor solitario é inconsolable, ó para verlos morir proscriptos en el extranjero despues de negarles la hospitalidad á su talento y á su alma.

Es para ellos, para los hombres de mi tierra que han cultivado la inteligencia y han señalado su paso con el dolor no enjugado y con la luz, para quienes pido una inscripcion, un nombre, una justicia aunque tardía, pero al fin justicia.

Señalemos lijeramente algunos de sus rasgos biográficos que comprueben el tí-

tulo á nuestra gratitud:

Empiezo con una excepción.

Tratándose de rememorar nombres queridos, pienso que el de Don *Pedro del Castillo*, fundador de Mendoza, debe ser colocado en una calle central y de importancia.

Un convencionalismo histórico ha consagrado tradicionalmente en todos los pueblos el culto á sus fundadores, elevando á muchos de ellos á la categoría de dioses, á quienes la poesía épica ha inmortalizado con ciertas ó supuestas heroicidades propias de seres providenciales y divinos. Muchos han sido verdaderos pillos, bandoleros históricos, lo que no ha sido causa para borrar el hecho de la fundación, grande en sí, rehabilitador por excelencia de una personalidad.

Pedro del Castillo era un soldado valeroso que condensaba las prendas del carácter indómito y caballeresco de la raza española, orgullosa de su sangre, dispues-

ta á verterse por la gloria de su religion y de su rey.

No olvidemos que es la misma sangre del Cid y de Bernardo, transmitida por atavismo, que dió aliento á nuestros mayores para hacer la iliada de nuestra libertad; y es la misma musa del genio ibero que nos hace imaginativos, intelectualmente flexibles y agiles para sentir, comprender, asimilar-nos y crear, en la poesía, en el arte y en la ciencia.

Honrando á un ascendiente, hacemos un acto de respetuosa rehabilitacion por la madre patria.

—

Juan Martinez de Rosas, mendocino ilustre, de quien dejamos perder hasta la señal de sus cenizas venerandas, maltrechas sobre la intemperie del olvido y los escombros de la ciudad destruída, hasta que manos extranjeras y nobilísimas de chilenos vinieron á revolver el despreciado osario para sacar con uncion santa y patriótica

las reliquias del prócer.

El General Mitre le llama el patriarca de la revolucion americana.

Los primeros movimientos revolucionarios de 1806 en la vecina República, encontraron en Martinez Rosas al patriota austero, al político clarovidente, seguro y convencido de la exelencia redentora de los principios políticos y filosóficos que habían hecho la hecatombe de fin del último siglo en Francia y toda la Europa.

Era un apóstol, un espíritu selecto é ilustrado, hombre de consejo, á quien sin embargo Chile confió una espáda de Brigadier.

El pueblo hermano le honró en vida y rehabilitó su memoria olvidada por nosotros. Aquella nacion ya nos había dado otras enseñanzas: San Martin tuvo allí, primero que en la Argentina, una estatua de bronce.

Los acontecimientos, el destino, los reveses de la causa doblada pero no vencida,

el ostracismo, le trajeron á Mendoza, á su aldea santa que no debió nunca negarle su siempre caliente caricia de maternidad..... ¿y sabeis qué hizo? ¡Reid, almas vacías é irónicas que ridiculizais hasta el noble entusiasmo de la juventud que os provoca, Bacos y Lúculos capitolinos, repletos y triunfantes!

Llamó en torno suyo á todos los hombres de Mendoza, en el año 1813, los más selectos, que no rehusaron fundar con él una Sociedad literaria, «*Amigos de las letras*»; escribió un *Catecismo* político, que allí se leía y comentaba, comprendiendo en él los principios y derechos del pueblo, la ciencia constitucional y económica, probando que entonces ya sabían nuestros abuelos que para preparar hombres á la vida pública, era nesenario, primordialmente, el cultivo del espíritu para ilustrar y dirigir la accion.

¡Qué simplicidad la de Martinez Rosas y de aquellos ilusos!

Después de ochenta años, en Mendoza hemos descubierto un procedimiento mejor para preparar hombres para los puestos públicos: en vez de hacer funcionar el cerebro, estudiar administración y derecho constitucional, letras y otras paparruchas, se hace funcionar el estómago: se come, señores, y eso basta.

Los eratos de la digestión han hecho el *fiat* del hombre público!

He hablado de ejemplos. ¿Es que Martínez Rosas fué todo lo que hace su personalidad histórica, por el solo desenvolvimiento de sus facultades innatas, y la exclusiva y espontánea inspiración de su alma?

El efecto de la herencia, el atavismo, el medio, ha recibido ya una comprobación científica.

El padre del compatriota que he mencionado, *Don Juan Francisco Martínez Rosas*, trayendo de la Península un abolengo esclarecido, fundó en Mendoza la familia,

á cuyos vástagos enseñó, con el ejemplo de propios sacrificios, cómo debe amarse la patria sobre las venalidades á que nos invita el natural egoismo cuando no ha sido neutralizado por una alta educacion moral.

Este benemérito fundó la villa de San Carlos; asoció su nombre á muchas empresas progresistas, y con su propio dinero construyó la casa oficial del Cabildo.

Fué hombre de accion y de talento. Escribió un serio *Estudio sobre la poblacion americana*.

Juan Godoy, Leopoldo Zuloaga, poetas inspiradísimos que, sintiendo en Mendoza la atmósfera de hielo que acerba los dolores y mata los sueños, tuvieron que tender el vuelo más allá de los montes, para exhalar la última nota quejumbrosa y el último suspiro entre la soledad oscura y la nostalgia incurable por la ingrata y lejana patria.

Godoy, en la lenta agonía de su ostracismo, con su laud de bardo peregrino, asonantaba sus últimos versos con las tétricas armonías que murmuraba el viento azotando la copa negra del ciprés que sombrea las tumbas en la mansión de los muertos.

Bajo aquel árbol fatídico, su hermano, como le llamaba, pensó en la patria, en Mendoza, para formular acaso la más íntima súplica de su vida, hecha bajo la majestad negra y solemne de aquel lugar donde todo es sagrado porque es póstumo:

.....
«De tí colgaré mi lira
En el último momento,
Para que al mecerte el viento
Con su ala la haga sonar.

Y el son que dé sobre su ala
Vagarosa y fugitiva
Otro viento la reciba
Y volando sin cesar,
Páselo sobre los picos
Que la cordillera empina,
Que allá en la tierra argentina
Algún eco ha de encontrar.»

Aquel gemido, aquella alma, aquella nota no ha encontrado el eco todavía!

Zuloaga, espíritu cáustico y vivísimo; no obstante ser su musa genuinamente lírica, tuvo notas casi épicas, que por el asunto que las había inspirado y la sinceridad y energía con que muestra el sentimiento y la grandilocuencia de la frase, traen la reminiscencia dominadora del himno patrio.

«Palma, palma á tu sien soberna
Raza ilustre de libres y bravos;
¡De rodillas! Naciones de esclavos,
Al gran pueblo de Mayo, aclamad!»

No disputeis la inmortalidad á estas almas tristísimas y siempre fracasadas, porque no hayan unido su nombre á la solución de problemas políticos ó á las obras materiales del progreso humano, ni porque hayan levantado odios á su peregrinación por la tierra. Ellos son grandes porque son poetas, porque sufren, porque son desterrados del empíreo, que aquí arrastran una cadena odiosa y una nostalgia fatal.

No saben más que cantar y llorar, y por eso no triunfan. Homero arrastra la mendicidad, como Cervantes vá á la cárcel porque no sabe llevar las cuentas de una caja pública, como nuestro Andrade siente en la vida el látigazo de una inculpacion porque no supo arreglar unas cifras aritméticas.

—

· Pero yo no puedo ni quiero ser dómine para usted ni para sus colegas, señor Leon, fastidiándolo con particularidades de cada compatriota cuya memoria debe exhumarse del incalificable, y diría sistemático olvido, en que no me detengo.

Isidro Saez de la Maza, General Francisco Amigorena, Juan Agustin Maza, José de Moldes, doctor Saez, son personajes que, ya por sus esfuerzos ejemplares y patrióticos, ó por la esclarecida autoridad intelectual de otros como Saez, merecen una consagracion, una gratitud manifiesta y una justicia de parte de esa reparticion pública.

Termino con otra escepcion.

Sarmiento, el talento más múltiple y lúcido que ha tenido el país despues de Rivadavia, gobernó un dia en Mendoza, como gobernó é ilustró despues á toda la República. En un callejon miserable y nauseabundo he visto el nombre del viejo luchador. ¡Qué bien estaría en esa calle hermosa que corta el Parque Independencia por el centro, mira de un lado hácia la capital, y del otro hácia los Andes y á la altura! (1)

Señor Presidente del Consejo: Hago mocion para que incluya en la órden del dia la justicia de la historia y sus generosas rehabilitaciones.

N. N. »

(1) Efectivamente, se atendió este deseo, y al callejon se le puso *José Vicente Zapata*.—Menos mal. Por lo menos, se ve que se hace la justicia, por grados.

* * *

Para mayor abundamiento:

En Mendoza hay una edificante iniciativa femenina para crear y fomentar instituciones de educación moral y caridad.

Es un contraste con la abstención, la poltronería, ó el egoísmo de los hombres, incapaces aquí de comunidades altruistas, que, cuando un audaz propósito las bosqueja y las lanza á la vida, la infalible emulación de muchos y la envidia de los más, las mata, para que sobre el beneficio general no se destaque la gloria singular de un iniciador sin la patente de los elejidos.

Y lo peor es, que ni grandes ni chicos

disciernan sancion para los apagadores y para los buhos.

Hace poco, una accion tenaz, servidora de un propósito moral de educacion para los niños, surgió triunfante para levantar un monumento al Ejército de los Andes en el campamento histórico mismo, donde se forjaban, ya el cañon del fraile Beltran en la cruzada *Dics lo quiere!* para la libertad americana, como el temple férreo, el valor y la disciplina de los mártires que han hecho la *Iliada* ejemplificadora para generaciones futuras.

Instintivo aplauso del pueblo, y contribucion moral y material de la juventud del resto de la República, atrajo la idea y los primeros trabajos prácticos.

Sirviendo á convicciones por una enseñanza integral, se fundaban clubs atléticos, de gimnasia, tiro y esgrima, biblioteca de clásicos y modernos donde el amor, despertando la curiosidad y la veneracion por el trabajo excelso del espíritu humano,

atraía á la juventud con la espontaneidad despertada en un nuevo soplo, contra la vieja escuela ignorante y el prejuicio aceptado incommoviblemente por la prosopopeya decorada de la rutina oficial.

Pues los representantes, ampararon y premiaron la persecucion jesuita y pérvida contra esas ideas, porque no era posible desvincularlas de un mérito personal que se imponía, de una espiga que amenazaba surgir lozana en el campo fecundado con sudor de frente altiva y con fluido de almas dilatadas y felices en el ajeno bien.

Triunfó el sistema de mezquino obstruccionismo, sin que la sancion pública espantara á los buhos que graznan en las tinieblas, anunciando, agoreros, la muerte de las ideas y de los arranques de corazones virilmente templados.

¡Y viva en Mendoza el éxito de la rutina sistemática y la guadaña que talla triunfante las espigas altas que tanto incomodaban al antiguo tirano!

Esa es la obra de los representativos dirigentes, en su mayoría, frente á cuya inercia y sistemática indiferencia por la inspiración generosa y audaz de la juventud que lucha, aparece descollando la mujer mendocina, que da sonriendo en patrióticas esperanzas, sus joyas, como funda asilos, escuelas prácticas, edifica templos, compra y borda estandartes para el soldado ciudadano, recolecta caudales para adquirir navíos defensores de la honra y territorio nacional, y hasta asiste á los polígonos de tiro para estimular con su presencia graciosa y gentil, á los futuros campeones de una nueva y probable epopeya.

Son ellas, las únicas que alguna vez piden á nuestra modestísima *élite* masculina, el concurso de su inteligencia, ofreciéndole palestra á su esfuerzo, para traducirla en recursos servidores de sus morales empresas.

Para fomentar un instituto de la más previsorá educacion, donde llevar á la mu-

jer á enseñarle aptitudes para el honrado trabajo del hogar, un día confeccionaron un gran álbum de producciones artísticas, musicales y literarias.

El mismo original ese, «persona de mérito que á nadie satisfâce», llenó una hoja. Encargó al artista Bergamaschi una acuarela, retrato del Doctor José Vicente Zapata.

Siguiendo su propósito, para muchos ridículamente temático, y acaso confirmado en las páginas de este panfleto, escribió al dorso:

«*Gratitud y justicia de un amigo.*» (1)

La evolucion de la justicia social nos presenta en Mendoza fenómenos tan evidentes y visibles, que ya puede conocerles y señalarles cualquiera con solo amar el

(1) El autor recuerda á los lectores que insiste en estas citas porque responden á uno de los propósitos principales de este trabajo:—estimular la intelectualidad y premiar el olvidado mérito.

bien y sin necesidad de ser moralista ó filósofo.

Solo una degeneracion moral tristísima, cruel ó perversa, puede haber producido y seguir alimentando la práctica sistemática de pagar con la ingratitud, el odio ó el olvido, á todo hijo de Mendoza que se haya sacrificado por ella y por la Patria.

No es posible explicar, sinó por una pérdida del carácter primitivo nobilísimo, del sentimiento de veneracion y de amor hácia lo grande, que el mismo pueblo que ha hecho la más hermosa página argentina, no haya dedicado ni siquiera una perdurable inscripcion á los patricios ó *pioners* ilustres, San Martín, Luzuriaga, Martinez Rosas, Corvalan (Victorino, Manuel y José), José Vicente Zapata (el cabildante), Doctor Maza, Godoy (el vate), José Albino Gutiérrez, Espejo, Correa Saa, Moron, Amigorena, Moyano, Ortiz, Videla Castillo, Godoy Cruz, Zuloaga, Zapata y Guiraldes (los maestros), Pedro Pascual Segu-

ra, y tantos otros cuya accion y sacrificio por el triunfo de las instituciones y de la libertad, harían el orgulloso abolengo de la nacion más vanidosa de la tierra.

¡Qué densidad oscura y deletérea en este ambiente que asfixia las almas que claman luz y vida para los otros y para sí!

Desde hace muchos años emigran desesperados todos los que aquí no cotizan ni su amor, ni su calor, ni su talento, y son poderosos, amados, ilustres, lejos del volcán que sigue implacable arrojando lava que destruyó simientes el 61; y que ha creado atmósferas sulfurosas, solo respirables á las salamandras que se arrastran entre yertas cenizas que nada calientan ni edifican!

El Dr. José Vicente Zapata, muerto ya, lejos del ingrato terruño, está hoy en aquella gloriosa constelacion que no ven mis ciegos comprovincianos, porque desde aquí abajo, desde tan bajo, no se divisan las alturas que ciegan con la luz de in-

mortalidad y de gloria.

¿Por qué no creamos un ambiente de reaccion que haga la póstuma justicia á nuestros abuelos, y sirva al porvenir, alentando á los que todavía tienen fé en aquella justicia y trabajan en el presente por la tierra predilecta del héroe americano?

¿No será tiempo que las damas de Mendoza reclamen de los ricos que usufructúan la riqueza y la libertad que aquellos crearon, un tanto por mil de la cosecha anual, cuyo diezmo no alcanzará á turbar egoistas digestiones ni á enseñar peor moral á nuestros hijos?

Un monumento de mármol ó de bronce levantado por la mujer mendocina, donde se inscribieran los nombres de los patricios desde Martinez Rosas hasta Zapata, dejando blanco para los que trabajan en el presente y trabajarán en el porvenir, comprobaría el temple de las descendientes de aquellas matronas que señalaban á los

soldados de San Martín, el camino de la gloria!

N. N.▷

* * *

Total, que, según acaba de verse por exposiciones históricas y juicios que sobre ellas se basan, ni el viejo sistema, desde la independencia hasta hoy, ni la deliberada tendencia actual de los que mandan y tienen asegurado el poder, Dios sabé hasta cuándo, ha servido ó sirve para preparar individualidades dirigentes que impulsen con patriotismo al progreso general y popular, mediante el acceso al mérito y á la renovacion racional de los representativos, que exige la ley histórica del perfeccionamiento y de nuestro organismo político democrático-republicano.

Excomunion mayor, que sigue sopor-

tando estoicamente, valió aquí, hace cinco años, á un plumario plebeyo que se atrevió á demostrar que la característica del partido imperante era su esterilidad para crear nuevos hombres, alegando para ello ejemplos que mostraban, con el más evidente ridículo é ironía, que aquellos que, con preparacion y talento dentro del mismo círculo á que se les hacía servir con estéril sacrificio, se les premiaba su leal adhesion hasta con la derrota por candidatos bufos reclutados de los horteras y las mesas de los hoteles, encubridores de garitos.

Hace poco, el doctor Estanislao Zeballos, en un discurso célebre que pronunció en la capital, y que por desgracia no conservo en este instante en que me sería tan útil, estudiaba ante el periodismo argentino, la descomposicion, la anarquía y el relajamiento de los elementos morales que detienen hoy á estos pueblos en el curso de las demás naciones en marcha,

negando la generalizada opinion de que carecemos de hombres de estado capaces de sustituir á los insaciables usufructuarios del dia, representantes del retrógrado sistema, con relacion á los anhelos públicos y á la expectativa del resto de la humanidad «que nos contempla», y de nuestra cándida ó temeraria vanidad cuando afirma que, «siendo de ayer, ya llenamos el mundo».

Niego, dijo, que no hayan más que ocho hombres inteligentes á quienes confiarles la direccion de las distintas grandes reparticiones públicas.

Niego aún más, que no haya sinó un cerebro digno del cetro, de veinte años á esta parte.

C'est en forgeaut qu' on devient forgeron.
Lo que falta es palestra, y el llamado hidalgo de la juventud hácia la arena que brinda la oportunidad de la prueba, en el estímulo de la lucha, del trabajo y de la gloria.

Palestra á donde se vaya con la integridad de propias convicciones y con el aliento para propias iniciativas, sin previa consigna.

Pero, si en la capital, en el cerebro del país, se siente por muchos la accion oficial deliberada que mata al nacer las inteligencias y atrofia los caracteres con el pacto exigido á los que llaman á la puerta del banquete, con el *do ut des, do ut facias*, dando y haciendo acto de renegacion de su instintivo y honrado credo principista, ¡qué no sucederá en provincias, donde la vida no es más que un burdo reflejo artificial de la corte omnipotente de la metrópoli, que nos absorbe, nos domina, nos humilla por el har bre, por el subsidio, por el Banco, por el puesto rentado y por el lujo del cesarismo aceptado sin activa protesta!

Nos alejamos cada día más de la suspirada redencion.

Un sociólogo viajero inglés, cuyo nom-

bre tampoco recuerdo, dijo hace quince años que, con todos los sorprendentes medios de vida industrial, de fuerza económica de este país, no había encontrado otro, en sus universales escursiones de estudio, más preparado para una nueva tiranía.....

Es rigurosamente histórico que el general Melgarejo, déspota de Bolivia que, sin embargo, ha merecido monumentos y acuñaciones de su busto en las monedas de oro y plata, se complacía ante los diplomáticos extranjeros, en dar una vuelta circular sobre las espaldas encorbadas de sus tenientes y empleados superiores de la administración.

Se doblaban las espaldas, dolor físico. Tiranía material de salvajes, en tiempos de salvajismo.

¿Qué encorban hoy los argentinos?

Estos flemáticos ingleses adivinan el alza y baja de los valores, el coeficiente de los cambios.

Tambien suelen adivinar la ley y el quilate del alma colectiva de los pueblos, el flujo y reflujo de las conciencias.

* * *

Consigno el hecho, sin atribuirle la más insignificante perversidad, porque solo resulta de esa falta de justiciero espíritu analítico del pueblo, que tanto deseáramos inculcar para merecidas reparaciones y para bien comun, con la renovación necesaria de los hombres en el manejo de la cosa pública.

En la metrópoli, con todo el monopolio del círculo que gobierna por derecho divino y por más que humana ó inhumana miseria colectiva, surgen, mal que mal, aunque no lleguen á las mayores alturas, los que perseveran con talento y trabajo. Alcanzan relativo favor y popularidad,

más que apenas alcanzó al *breviario* de Sarmiento donde llegó á saber, como verdad científica al alcance de su caletre, que la nieve era harina secada al horno.

Tendrá hasta partidarios, porque fué *ungido* una vez. Bien dicen: principio quieren las cosas para los maleables inútiles, y lápida eterna para fin de los excomulgados.

A cada rato oye Vd. decir: «pero no ven á ese muchacho insolente!, como si no lo hubiéramos conocido... El hijo de Julian, un pobrete á quien fulano y yo le salvamos una vez la vida cuando se metió á revolucionario, sin tener un peso, ni para chancletas de ese mismo que hoy *pretende* opinar, cuando lo hemos visto todos con la pata en el suelo... bullicioso mata-perro que quiere saber como nosotros, los viejos, que hemos sido, y seguimos...!» Que siguen es lo problemático; que se vienen quedando y deteniendo á los demás, eso sí que es lo cierto.

o; pero es una insolente temeridad *pretenda ser algo* aquí el hijo de don Eyo. ¡Pues no faltaba más!

Importa que se palpe, aun por los iopes, que ni el milagro se ha producido de la adquisición de ciencia infusa, ni por soplo celeste ó por soplo de favor para estar á las exigencias de un cargo que todos reclaman; el derecho no se acuerda porque dispensadores olímpicos así lo han determinado, y punto en

este punto, que al principio nadie lo tenía capaz de ser decurion por reconocimiento de la ley y por más ineptitud intelectual innata, surge para él un escalon de una ambicion mágica, inteligentemente astuta. Puede él probar su insuficiencia en el desempeño de su cargo; no importa; ya nadie mirará que tome en adelante á lo que le predestinacion; tiene ya prescripto el derecho de aspirar hasta papa, por

más que apenas alcanzó al *breviario* de Sarmiento donde llegó á saber, como verdad científica al alcance de su caletre, que la nieve era harina secada al horno.

Tendrá hasta partidarios, porque fué *ungido* una vez. Bien dicen: principio quieren las cosas para los maleables inútiles, y lápida eterna para fin de los excomulgados.

A cada rato oye Vd. decir: «pero no ven á ese muchacho insolente!, como si no lo hubiéramos conocido... El hijo de Julian, un pobrete á quien fulano y yo le salvamos una vez la vida cuando se metió á revolucionario, sin tener un peso, ni para chancletas de ese mismo que hoy *pretende* opinar, cuando lo hemos visto todos con la pata en el suelo... bullicioso mata-perro que quiere saber como nosotros, los viejos, que hemos sido, y seguimos...!» Que siguen es lo problemático; que se vienen quedando y deteniendo á los demás, eso sí que es lo cierto.

En el vértigo del nuevo siglo, el que no progresa, retrocede.

Se tiene aquí el más profundo menosprecio por *el de casa*, cuando lo han visto, oído y *tocado* desde niño. Aplican implacablemente la ley de la única experiencia que pueden tener: como ellos no adelantan, los patricios, puesto que no lo necesitan para *ser*, para sentirse adulados y elegidos, no admiten el perfeccionamiento ageno—tan real y efectivo como resultante de una necesidad y de una noble ambicion que no puede realizarse sinó por el estudio, ya que por el nacimiento ó el dinero es imposible.

Es el criterio de la abyecta pero inconsciente vulgaridad. He aquí un recuerdo de un niño, con *pata en el suelo*, á quien la historia ha colocado en lo alto para que los argentinos besen sus pies, que merecieron calzar el coturno de los dioses tutelares de la patria.

Sarmiento, el atrevido é imberbe muchacho, cuyas primeras audacias gritadas

ante los orgullosos ricos de su aldea y ante los secuaces del tirano, le valieron el afeite de su rudimentaria patilla, con un sable mellado, en la mazmorra ó casamata policial de su terruño.

Desde niño, como durante toda su vida, pudo repetir la célebre frase que lanzó en el Congreso al empezar su cruzada contra la primera candidatura del general Rosa: «Aquí estoy y vengo con lós puños llenos de verdades, para lanzarlas ante la representacion de mi país, humillado con la imposición anacrónica de un caudillo que viene á sustituir al hombre culto de las ciudades, al aticismo hermoso de la palabra inspirada en la ley y en la forma educadora del arte, por el militarismo encumbrado sobre las yertas pavesas de nuestras instituciones y los cadáveres caídos en la lucha odiosa y oscura de nuestras fratricidas guerras civiles».

Llegó á Chile con «los puños llenos», sin desteñirse aún de sus dedos el carbon

con que escribió en la frontera de su patria la profesion de fé de su robusto como invariable espíritu: «*on ne tue point les idées.*»

Empezó sus artículos sensacionales, juvenalescos y exterminadores del bizantinismo de nuevos griegos y troyanos. Solía usar este lema: «¿A quién odian, á quién adulan, á quién temen y á quién piden? A don Manuel Mont.»

Un ricacho de esos, pechoño, metido en sus pergaminos, sus talegas y su ignorancia, salió diciendo:

—Si es un loco, á quien, si le vuelcan los bolsillos de su traje raído de inmigrante, no se le caerá un solo centavo!

Y rujió Ajax:

—En cambio, si á Vd. le ponen las patas para arriba y la cabeza para abajo, por entre sus mechas araucanas no se le caerá una idea siquiera....!

Contaba el mismo Sarmiento: Don N. Ocampo, rico y aristócrata de Buenos Ai-

res, me conoció en San Juan, por primera vez, detrás de un mostrador cuando era dependiente, desde cuya humildísima condición departía mis vijilias entre la venta al menudeo de la yerba mate y el tabaco tarijeño, con la lectura anhelosa y desordenada de cuanto papel ó libro caía á mis manos, el «Almanaque del Buen Ricardo» de Franklin, algunos catecismos y uno que otro panfleto hereje de enciclopedistas franceses introducidos en América de contrabando ó con encuadernacion de *Vida del santo*..... tal ó cual, segun única manera con que las aduanas de Cádiz los dejaban llegar libres á estos países.....

Ocampo sintió por mí el más sincero *desprecio*, que se redoblaba á medida que yo descubría mis arranques ambiciosos de levantarme por una fuerza que no se descubre con tener millones, sinó más bien careciendo de ellos.

Me tuteaba.

Muchos años despues, me encontró en

el Congreso. Me aproximé á él; seguía tuteándome y mirándome por sobre el hombro. Yo no quise ya dispensarle el tuteo, que, entre el viejo Velez Sarfield y yo, era un honor recíproco.

Despues anunció su audiencia en uno de los ministerios nacionales..... «Mira, Domingo, vengo á indicarte que debes hacer esto que necesito.....»

Seguía con su desprecio!

Volví á los años de Estados Unidos para recibirme de la presidencia de la República á que me exaltaban mis méritos y la primera y única eleccion popular de este país; un día, mi hombre me encuentra en uno de los más regios salones que se disputaban mi presencia..... «Pero hombre, ¿por qué no has ido á verme, Domingo?; me hubieras entretenido con la narracion de tus viajes..... si me dicen que Thiers te recibió en audiencia dos horas y que Isabel de España te aceptó en su mesa..... te espero cualquier día.»

Me seguía despreciando: Hacía tiempo que usaba la banda azul y blanca sobre mi pecho. Había prescrito evidentemente el derecho de mostrar mi *orijinal individualidad* ante todo el país que me aclamaba, *hors de concours*, respecto de mis méritos.

Era urgente llegar á la *Casa Rosada*, donde debía resolver en mi despacho trascendentales cuestiones de orden público. Ordené al cochero que atravesara, contra la ley municipal, la plaza de la Victoria, hollada así por primera vez por presidenciales corceles normandos. Un ordenanza quiere detenerme para desviar mi camino. «¡A un lado, impertinente, inctepé, soy el presidente de la República!»

El festejo y la tolerancia popular de aquel acto me hizo comprender una vez más, que yo, que Sarmiento, estaba por sobre todos.

Dias despues, Ocampo açudía á *reclamar*me otra cosa en mi despacho, compla-

ciéndome esta vez, como siempre, en aparentar que sentía el ascendiente moral de aquel hombre, que seguía viendo en mí al hortera de San Juan. «Pero hombre, Domingo, he sabido tu impropiedad abusiva de hacerte arrastrar insolentemente en tu coche, en la histórica Plaza..... mal hecho, siempre loco tú!»

Pues aquel aristócrata seguía despreciándome aún:

¡No comprendía, no sabía medir la distancia entre el *cadete* del despacho de la aldea, y el primer magistrado de la nación! (1)

Sancho no exaltará jamás sinó á sus iguales, y los hombres *representativos*, á quienes la fortuna, la astucia ó algun talento los ha unjido en el poder, explotarán la inconsciente injusticia del vulgo,

(1) Esta anécdota no la escribí nunca Sarmiento—yo la he arreglado, según la índole del personaje, recordando una conversacion que me hizo hace varios años al respecto mi distinguido amigo sanjuanino, el Dr. Angel D. Rojas.

para no dar acceso á los que pueden un día hacerles sombra ó mirarles frente á frente, en el triunfo de sus aptitudes y de su audacia!

Juventud, á pesar del desprecio de los exitistas triunfantes, y de la amenaza del sable mellado que afeitará nuestra barba siempre en remojo, *¡d trabajar!* á despecho de los dioses!

* * *

Herbert Spencer, con ser que escribe entre los ingleses, inspirándose especialmente en su medio, en el país de la tierra donde hay más sentimientos por la personalidad y el orgullo por la opinion propia, muestra cuánto contribuye perniciosamente la moda y la instintiva imitacion para estraviar los espíritus, que, bajo aquella influencia, aceptan ciertas ideas determinativas de costumbres, no siempre las más expansivas para el progreso.

Por tradicion histórica secular, en los paises del Norte predomina en el carácter el individualismo. Todos saben que ese fué, justamente, el elemento sociológico que,

para la renovacion del mundo latino aportaron en sus irrupciones en los primeros siglos del cristianismo, los llamados bárbaros, que, deshaciendo imperios tiránicos y carcomidos por la degeneracion de una cultura afeminada en los vicios y en el despotismo cesáreo; echaron las bases de las nuevas nacionalidades que siguen desenvolviéndose en el dia con sus orijinales caracteres orgánicos fundidos con el alma inmortal de lo excelso antiguo.

Si por allá se reconoce que el prejuicio de la moda y la imitacion obstaculiza la orijinalidad del criterio, ¿qué no sucederá entre nosotros, que recién estamos tentando las cosas en el anhelo de un cosmopolitismo desordenado y en un pueblo aún sin fisonomía propia?

Por moda, exajeramos la virtud de ciertas ideas y atribuimos más trascendencia y gravedad á ciertos vicios que, si realmente existen y son un mal, no constituyen el primer factor de nuestra evidente

descomposicion social, que tanto alarma á los sociólogos honrados y francos.

Se ha dado en decir que la *mentira*, erijida en sistema entre nosotros, es la principal agravante de nuestros males, atribuyéndose á la misma escuela la complicitad.

Encuentro muy natural que un hombre público, solidario desde las alturas del réjimen imperante, no vea, por natural espíritu optimista, el pecado orijinal que podía alcanzarle.

El actual Ministro de Instruccion Pública, doctor Joaquin González, hombre pensador y de doctrina, filósofo por temperamento y político por accidente, adhería á la preocupacion común respecto de la *mentira*, en su discurso inaugural de las conferencias pedagógicas que en estos momentos celebran en la capital los miembros del cuerpo docente.

Decía:

«Entretanto, nosotros,— señores educa-

dores argentinos,— examinemos nuestro régimen educacional, y veremos si no necesita una urgente reforma en el sentido de una firme direccion moral en todos los ciclos. Empecemos por nuestros planes de estudios para ver si no rendimos un tributo inicial á la mentira y al fraude, manteniendo un aparato engañoso de enseñanzas ilusorias, inútiles, insuficientes y huecas, sólo eficaces para crear el espíritu de falsía, desde que se comienza por engañarse á sí mismo, para acabar por lanzar á la vida almas extraviadas por falsos conceptos de la moral, del destino del hombre en el mundo y en la nacion á que pertenece: desarmadas para la lucha real y para las crisis morales, imprevistas en la escuela y en el colegio, y que se convierten, como decía un gran orador francés, en ejércitos de vencidos prematuros, y poseídos de una enfermedad de grandeza teatral é impotente, que llega á considerar indigno el trabajo humilde que cubre la indigen-

cia y ennoblece la vida.»

Interrogado, como ya hemos recordado antes, el profesorado sobre la gravedad de tal endemia nacional, casi todos han contestado afirmativamente, seguros de no errar con el criterio ya inspirado desde arriba. No obstante, muchos han dicho que la falsedad no llega á ser un vicio crónico y descolante en los colegios.

En efecto, se necesita mucho rebuscamiento, quintaesenciar mucho la lógica para atribuir males fundamentales en la vida social y política de un pueblo, por que la mentira se ejercite impunemente por el hombre, como ha sucedido siempre.

Metternich, Monry, Bismarck, el mismo Gladstone, Chamberlain, mintiendo con el mayor descaro, diplomáticamente, dando ejemplo con su autoridad moral desde la fortuna y el poder, no han sido obstáculo para que sus pueblos adquirieran supremacía y respetabilidad por verdaderas virtudes cívicas.

¿Por qué no decimos nosotros cuál es el mal predominante, tanto más grave, cuanto que, sistemáticamente, se fomenta desde arriba?

Es la falta de enseñanza del carácter, del sentimiento de la personalidad, exteriorizados con el impulso de una conciencia que señale los deberes y los derechos del ciudadano.

Por cierto que, dentro de esas bases, no cabe la mentira, porque la verdad tiene el poder virtual de imponerse á la conciencia del hombre cuando el estudio, la ciencia y una buena disciplina mental han preparado el cerebro para sentirla ó para elaborarla.

Se enseña en nuestros establecimientos, teóricamente, la moral y la ciencia, que tienen como fin positivo la fuerza individual y colectiva, y como fin ético la purificación del espíritu humano.

¿Cómo se corresponde esa acción docente, aunque sea teórica, con la acción de la

escuela real que enseña el medio ambiente y el ejemplo oficial?

Aquí se podría deducir si es el colegio, los programas ó el sistema pedagógico, los que inculcan acaso «ese espíritu de falsía, y rinden ese tributo inicial al fraude ó á la mentira», de que nos habla el filósofo ministro, ó si tamaña responsabilidad debe repartirse entre factores más numerosos y complejos de tan olímpica inmunidad que no puede violarla con éxito, plumario tan humilde como el autor de estas líneas.

La escuela de hoy, tal como está, deliberadamente imperfecta, como condicion del personal y como incertidumbre respecto de las doctrinas que informan el plan ó tendencia á una *educacion nacional*, hace más de lo que lógicamente podría exijírsele.

Enseñanza clásica y enseñanza moderna. A la primera se la dá como ensayada y como causa del fracaso intelectual y moral de nuestra juventud, y por eso se piensa en sustituirla por la moderna, en la escuela

sajona transportada á la Francia por Demoulins.

El doctor Miguel Cané, hace muy poco, estudiaba con datos estadísticos la excelencia de los estudios clásicos modernizados en Alemania, contra las mismas ideas del Emperador que prestigia las *realschulen*, sin éxito ante la comprobación histórica que ha arraigado criterios inmovibles cuya traducción en la práctica sigue marcando el triunfante paso del pueblo más temido y respetado de la tierra.

Con tal sistema, que arma á la juventud con la fuerza moral y material para la lucha por la vida, eliminando «*esos vencidos prematuros*» sin aptitud para el amor y defensa de la patria como para la producción de la industria y la riqueza, esbozaba nuestro literato pensador lineamientos claros para la cultura nacional, bajo las únicas racionales bases: *sistemas, personal, è influencia moral educadora por el ejemplo, desde las alturas.*

Textual del doctor Cané:

«Los datos estadísticos de los últimos años revelan que la proporción en el sentido indicado, en las diversas clases de establecimientos de educación secundaria, tiende á aumentar. El éxito admirable de los estudios clásicos en Alemania, *como preparación insuperable para la vida moderna*, responde, entre otras causas, á dos principales: los métodos de enseñanza y el valor del cuerpo docente. Entre nosotros, *donde no hay ni métodos, ni cuerpo docente, ni cosa que se le parezca*, se ha pretendido que el fracaso de los estudios secundarios se debe á la tendencia clásica de la enseñanza! (1)

¿Cómo se corresponden, decía, la enseñanza teórica y la influencia ejemplificadora oficial para propender á la espontaneidad del carácter en la juventud?

(1) Perdónese al autor estas digresiones, anticipos ó pujos irresistibles de un parto laborioso, que se mostrara á fin de este mismo año, en un libro educacional que viene incubando y meditando desde hace tiempo. Si tantos desbarrian, *anche'io...!*

Se empieza por enseñarles á remacharse la genial veleidad de su raza, obligándoles á variar dos ó tres veces cada año sus programas de estudio.

El incondicionalismo doctrinario se enseña desde la imposición en el lecho de Procusto, que obliga á los maestros y á los alumnos á la sumisión del *non plus ultra* de un programa, que puede ser estrecho para un cerebro capaz de un desenvolvimiento amplísimo é inadecuado para otro que muestra sólo tal ó cual disposición especial. La medida es uniforme. *El ex-cátedra* mata la independencia.

El maestro que no se somete al cartabon oficial, por más que lo sustituya con más racionales enseñanzas, nacidas de necesidades regionales y de idiosincracias particulares, pelagra en la estabilidad de su cargo.

No hay libertad de doctrina, ni siquiera en las materias filosóficas donde la controversia más liberal es la base de un criterio propio y de las ideas fundamentales que

darán relieve á la personalidad del alumno.

No ha penetrado la conviccion de que los estudios secundarios no se computan por la cantidad de ideas adquiridas dogmáticamente, sinó por la aptitud que crean para elaborar conocimientos y asimilar con libertad la ciencia y el arte por sí mismos y propio esfuerzo en el porvenir.

No ha penetrado el concepto de las *humanidades*, que consisten en despertar en el jóven ideas y sentimientos que sean propiamente humanos y que confundan el alma del niño con el alma de la humanidad entera por las ideas generales, y por la síntesis que muestra las distintas facetas de las cosas.

Se busca el éxito por la sumision al dogma establecido, pero tan variable como varían los Ministros de Instruccion.

¿Cómo ha de enseñar independenciam el gremio más esclavizado á los superiores jerárquicos, que matan la independenciam del espíritu con la tiranía ejercida en el

estómago? ¿Cómo ha de enseñar los deberes cívicos quien está privado de sus correlativos derechos, de opinion y de accion?

Los que deben preparar hombres libres para «echar los buhos á lo lejos», eran hace poco privados de sus derechos políticos á título de que, esclavizados así en la inercia, ejercitan mejor su apostolado en un pueblo que se gobierna por la opinion de todos y para todos.

El ministro destituía á un profesional meritorio, porque en una asamblea pedagógica deliberante, sostenía en un terreno doctrinario, el principio práctico de Norte América y de la Suiza, que ordena al maestro el deber del sufragio como la expresion más noble de una conciencia activa y patriótica. Muchos casos como ese, conocidos por todos.

* * *

Quiere nuestra flaca naturaleza que el hombre proceda principalmente por estímulo, por egoísmo y por vanidad.

Descarto este último móvil tan natural como justificado en los grandes, y del cual decía Franklin: «¡bien venida sea la vanidad en los buenos corazones y las almas lúcidas, porque ella ha hecho el progreso del mundo!»

Podría llenarse un libro de los casos concretos que muestran el estímulo negativo con que la acción oficial mata toda iniciativa docente, desde que no se permite á los animosos hacerse sentir tanto, que llegue á salvar el nivel de la mayoría del

gremio mismo, que ni adelanta por desconsuelo, ni perdona á los otros la exaltacion por el trabajo. Siempre las nulidades intrigantes confabuladas, tendrán más influencia que el verdadero mérito si está aislado y confiado á la estricta justicia.

Decía Víctor Hugo: «Ser un sugeto vivo y al mismo tiempo un hombre genial, es demasiado. Agítase como vosotros, camina por la tierra, pesa, perturba y estorba. Parece que hay cierta insolente importunidad en el que tiene demasiada presencia.» Los demás hombres no sienten por él la misericordia otorgada á la vulgaridad de los otros semejantes; le aborrecen hasta la desesperacion y hasta que estalle, hasta que con propia mano se elimine, ó con justificada locura se coloque fuera de la ley ó en el ostracismo.

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme.....» sucedió, como estímulo á la verdad y á la honradez de los funcionarios, lo siguiente: Eran tres,

en rigurosa escala gerárquica; el primero, el Caporal, dicen que era víctima de achaques cleptómanos irresistibles y que más de una vez los casos concretos se produjeron, salvando siempre por influencias oportunas de personajes que ayudaban al partidario político, haciendo vista gorda á los abusos del mal funcionario; cerca de veinte años duraban las sucesivas impunidades; el segundo, hombre conservador, bueno, tranquilo, no tenía la entereza de la protesta estéril y solo se cuidaba de que no alcanzaran á su honrada reputacion los dudosos manejos; un otro dia estalla el último, en un rasgo de carácter, y denuncia las irregularidades que no se avienen al ejemplo de educandos y á su conciencia, ya resuelta á no ser más cómplice en el silencio....; se sustancia el juicio administrativo, se ha formado conciencia pública y conviccion en todos los empleados subalternos del Ministro á quien informan valientemente.....

Empieza el juego tenaz de las influencias políticas, especialmente de un personaje, tan decidido para servir á ciertos amigos, como para dar palo de ciego por disimulados rencores á otros indefensos á quienes engaña con falsa amistad, aunque mastique una injusta represalia en su tiempo.... Total, resultado edificante que fomenta el carácter altivo que debe inculcarse con el ejemplo á la juventud: al acusado, al cleptómano que tiene influencia política, se le premia con un retiro de sueldo íntegro; al segundo se le rebaja pronto en su posición alcanzada en veinte años de buenos y pacientes servicios, y el tercero, el denunciante de carácter, es destituido. Y esto lo firma uno de los hombres públicos más ilustrados y más honestos que tenemos, sin duda alguna. ¡Tanto presiona en este país la necesaria contemplación política! Tan poco es el escrúpulo de ciertos representantes que, por servir á exigencias partidistas, posponen lo elemental de los principios de

moral cívica!

Este es el estímulo!

Esta es la enseñanza oficial que obliga al reniego de la personalidad en el maestro, que no puede enseñar sinceramente el sacrificio, si él resulta la primera víctima!

.....

* * *

Me apercibo de incurrir en el error que quise evitar al principio: el tono magistral y serio que no admite el vulgo á la humildad de mi condicion, y que no nos perdonará ciertas anécdotas—*Alea jacta*.....

El Conde Telfener, constructor del ferrocarril á Tucuman, á quien llamaban en Italia y Estados Unidos el *Rey de los ferrocarriles*, por la inmensa cantidad de kilómetros que había construido, caló bien pronto á la sociedad que lo recibió en su seno, ante el prestigio de su título nobiliario y de los millones que manejaba, para levantar y poner cintas de acero sobre la tierra como para hacer bailar en el aire como títeres á los hombres.

En Córdoba dió una bofetada indigna á la sociedad, sin que nadie le cruzase la cara, «*je suis Rohan, y puedo asesinar á Voltaire á bastonazos*», como puedo escupir á una toldería de frailes que dicen predicar la igualdad democrática cuando adulan al dinero todopoderoso y al escudo de la nobleza que deslumbra á salvajes; ¿cómo tomarlos en cuenta? Le hablaba una vez un plebeyo importuno ante su indiferencia olímpica..... — «Oh, no, dijo, yo nó..... y, ¿quién es aquí tan loco que hable de cosas serias en América?.....»

Traslado á Agustín..... ¡puff, de Agustín! que habló en su *South América* de pamplinas que gustarán en Mendoza, mil veces menos que el chascarrillo repugnante del festejado conde, que se llevó honores, propios y ajenos, y además los millones de estos salvajes que aún agradecen y adulan al que les dispensa el honor de saquearlos y envilecerlos.....!

.....

Pero, como en la amargura de tristes convicciones profundas, no cabe ni artificialmente la mueca pantomímica, ni el chiste burdo de *Tony el imbécil*, por más que lo reclamen los espectadores, hay que seguir en serio la inclinacion natural del temperamento, de un espíritu sombrío que, con el dedo índice sobre los labios que tantas veces han mordido la lengua para imponerle silencio, en la disyuntiva de abdicar ó nó de su pensamiento, siente la imposicion afirmativa de mostrar su alma, á despecho de los dioses..... «¡Ser ó no ser..... *that is the question!*»

Para formar carácter en la juventud, se necesita el maestro, con el amor y el sentimiento alentador de su apostolado.

¿Qué se hace aquí en tal sentido?

Recien estamos por descubrir, sin llegar á ello, qué cosas deben aprender, cómo deben hacerse sus nombramientos, cómo deben llegar á adquirir las virtudes que deben transmitir por desdoblamiento á sus alumnos.

El fraile tiene, desde la cátedra sagrada, amplio derecho de interpretacion de los sagrados evangelios, con tal que respete aparentemente la regla sacramental de sus votos; y conserva su estado eclesiástico á menos de una flagrante simonía. Se conserva y respeta esa milicia instituida por el Dios del Sinaí, que, si establece el cilicio y la maceracion de la materia vil, deja al alma la más sublime libertad para la expansion hácia el azul.

El militar conserva su estado propio, mientras sus armas no se hacen indignas del patriotismo que la tradicion histórica reclama á todos los argentinos. Milicia estable, instituida para conservar la cultura en la paz, y renovar la gloria en los campos de batalla.

Al misionero y al soldado les escuda una justicia, leyes y cánones que, en tribunales preparados antes de toda causa, dictan veredictos insospechables; la admiracion y el respeto en la vida; la gloria, celeste

ó humana, tras la muerte.....

El maestro, es el pária aflijido de quien la sociedad espera la creacion de una personalidad en la juventud, el inculcamiento de virtudes que, en su desesperada situacion, no puede sinceramente mantener para sí mismo.

La libertad del pensamiento y la alegría generadora de las grandes cosas, que le faltan en la tiranía por el estómago vacío hoy, y el ostracismo de mañana.

¡Guay de los que no marquen bien el paso! Carbó, Herrera, Frigeiro, Gainza y tantos otros!

Apenas hemos concebido el milagro de cómo se le permitió al doctór Terry criticar desde la cátedra universitaria los miserables proyectos de unificación!

Si no hay claudicacion de conciencia, de nada servirá la insospechabilidad de una vida consagrada al bien, á la gloria misma de la Patria, en el culto más sincero por el amor á Dios y á su creacion más excelsa,

porque es la luz y es la esperanza, los niños!

Manuel Estrada será destituido, y la juventud, redoblando su pureza innata, con el último ejemplo de civismo del maestro esclarecido, lo llevará en triunfo hasta su hogar, para escucharle la última bíblica enseñanza, que arrancará á los niños la palabra de apoteosis que se hizo lapidaria para el histórico cruzado: «Es más grande tendido que de pié».

«Os esperaba, hijos míos, aquí mismo, en la pureza de mi hogar, para daros el último abrazo ante el testimonio de la pobreza de mi vida, que os mostrará cuánto he pensado en vosotros, y cuánto, por amaros, me he olvidado de mí mismo.» (1)

Las conferencias de profesores, las iniciativas transitorias de ministros y crédulos propagandistas, las reuniones bulliciosas á las cuales un diario metropolitano que

(1) No tengo el texto; perdónese si, con solo mi recuerdo, la frase resulta forzosamente menos elocuente que en el original.

ha prescrito el monopolio del chiste hiriente, llamaba « *Diversiones públicas— Congreso Pedagógico* », serán ineficaces para realizar algo práctico en el sentido de una *educación nacional*, desde que, á la obra trascendental le faltan los obreros y, lo que es peor, la voluntad patriótica de reclutar y preparar la apostólica falange.

A los ministros audaces é iluminados, el sacrificio en aras de cobarde claudicación por el vulgo.

A los buenos servidores, con ilustración, con fé, con « *dosis de locura* », su anulación del carácter, y su postergación por las nulidades que preparan su impune perpetuidad con la política odiosa y candente que les asegura influencia, como los inhabilita asimismo, para tareas que deben llenarse en discreta abstención de la lucha que lleva rencores y amarguras al templo del estudio, donde se busca la elevación del alma, en la región cosmopolita, humanitaria y serena de la ciencia y del culto único, ante el

cual todos los igualados en anhelo altruista, doblan la rodilla y levantan el corazón: la verdad.

Una de las tantas inútiles iniciativas para crear la milicia docente, esboza la carta que inserto en seguida, y que debió caer en el vacío porque le faltó favor oficial y apoyo uniforme, colectivo y generoso de los mismos destinados á beneficiarse. Perteneció á un oscuro *pionner*; que respondió esa vez á su manía de exhibicionismo, que ahora le perdonaremos en mérito de su intención.

* * *

«Mendoza, Octubre 4 de 1901.

Señor director de *Tribuna*.

Sin más títulos que algunos años de práctica de la enseñanza secundaria en este colegio nacional, me permito escribir sobre asuntos de educacion al señor director, despues de la lectura del artículo que su diario del 2 del corriente inserta bajo el rubro «Profesorado de enseñanza secundaria y normal».

Se prestigia la iniciativa de un futuro proyecto ministerial que tienda á crear un cuerpo docente con unidad de accion y de ideas y que responda á las necesidades de la actual sociabilidad argentina.

El escrito no dá á conocer propiamente cuál será el medio práctico del señor Ministro para obtener tal resultado; insiste, más que todo, en señalar la necesidad de sustituir ó modificar el actual personal, reclutado en su mayoría por personas que toman el cargo «*como ayuda de costas*», y que á veces le ejercen, á pesar de su ciencia, sin entusiasmo y sin vocacion.

A riesgo de tener el honor de coincidir en algo con el proyecto del señor Ministro, me apresuro á escribirle en el correo de este mismo día en que leo su sugestivo artículo, presentándole en concreto, y muy brevemente, una idea práctica que, á mi juicio, resolvería el problema y aseguraría el éxito de los deseos del Dr. Serú.

El mal de la falta de unidad en la enseñanza de la república, es evidentísimo. Dentro de un mismo colegio se encuentran profesores que siguen el método científico experimental, y otros á quienes no es posible sacarlos del dogma escolástico ó meta-

físico.

Todo lo que se haga por unificar la enseñanza en una doctrina positiva que se avenga al criterio del siglo, al bien y á la verdad *que necesitamos*, es altamente laudable.

¿Quién hará esto?

He aquí el asunto: crear los obreros.

¿Cómo?

No lo creo imposible, como no lo creía el Dr. Alfredo J. Ferreyra, á quien le expuse mis ideas hace un año, ideas que hube de prestigiar desde aquí ante todos los colegas de la república para que ellos á su vez influyan con los representantes en el congreso donde, merced á una ley definitiva, tomara forma y vida el propósito. Pero, ¡cuán difícil es hacer algo práctico desde un gremio anarquizado por la suficiencia estéril de la mayoría de sus miembros!

En materia: el personal se ha de formar bajo la base del *estímulo* y de la

estabilidad, garantiendo ambas cosas al amparo de una justicia ecuánime é inflexible.

Si yo dijera que es necesario consagrar el *escalafon* educacional, acaso se expresaría la síntesis del pensamiento; pero no me basta esto para la claridad, señor director.

Propongo que una ley cree el *estado educacional* ó docente, como existe el *estado militar* y el *eclesiástico*, que llegan á formar una propiedad de los individuos y que no se pierden sinó mediante juicios severos y serios que entienden y aprecian los motivos para la separación.

En nuestro caso, para eliminar un maestro se sustanciaría la causa ante el consejo superior secundario, previos informes reglamentarios y defensa de los acusados. ¿Cuánto se evitaría con esto? ¿Para qué recordar las veces que un Ministro ha debido anular las medidas de un inspector ó de un rector más ó menos apasionado ó sin aptitudes?

Se dividiría el escalafon en siete grados; por ejemplo, empezando con la propiedad del primer grado, con un sueldo de ciento cuarenta pesos y la obligacion irrecusable, como en la milicia, de servir el deber impuesto por la superioridad en cualquier establecimiento de enseñanza. ¡Cuánta oportunidad suele haber en los traslados! La ley determinaría los años de intérvalos indispensables para los ascensos que, por otra parte, no deberían otorgarse sinó á la ciencia, al mérito y al progreso de cada cual, bien probados.

Esto sería asunto de reglamentacion. Cada ascenso traería el aumento del sueldo, y á cada grado corresponderían ciertas funciones. El cuarto, por ejemplo, podría dar opcion al grado ó al cargo de primero ó segundo director de colegio.

Yo conozco profesores que hace veinticinco años obtuvieron la patente en la normal de Paraná, de donde los despachaba don José M.^a Torres con una conciencia de

redentores y una ciencia mayor que la de Horacio Mann. Ahora los he encontrado sin la redencion, sin la ciencia, y solo con el embrutecimiento de toda una vida de afligente lucha, en la conviccion de la inutilidad del estudio y del esfuerzo para llegar al tristísimo ideal de una direccion insegura y sujeta á los vaivenes políticos muchas veces!

Como se forman generales desde las filas y ascienden por el valor y la ciencia militar adquirida por el estudio, quedando rezagados los ineptos, sin galones, sin sueldos y sin gloria, el primer grado empezaría con las formalidades de un concurso, camino del ascenso, si la accion y la constancia lo alcanzan.

Ya se ha dicho y probado que las aulas no forman á las eminencias en el saber humano, y mucho menos en lo relativo á la enseñanza, porque se pueden aprender todos los libros pedagógicos que se quiera, pero sin formar el tacto, la vocacion, el

amor de apóstol necesario para formar el cerebro y el carácter de la juventud.

Las escuelas normales y la facultad de letras iniciarían su primero ó segundo grado del escalafon.

El estímulo siempre actuando.

Con respecto al actual personal docente en ejercicio, se lo clasificaría segun los años de servicios, títulos, meritos, cargos presentes, etc., etc. Sería este punto delicado, pero imagino justicia, y justicia benévola para este caso.

Derecho al retiro voluntario y reserva ministerial para imponerlo segun las condiciones de una ley anterior al decreto.

El proyecto, cuyos lineamientos muy generales apenas se esbozan por falta de tiempo y por no abusar de los lectores, si los hubiera para líneas casi anónimas, traería complementos de cajas ó fondos para los retiros como en el gremio militar.

Estímulo, estabilidad, justicia decía, señor director.

Puedo permitirme asegurar que no existe en absoluto lo primero, dejando para su criterio las dos segundas condiciones á que con el estímulo aspira el proyecto.

Que algo hay que hacer, ustedes lo han dicho; aquí vá un grano de arena que debe dejarse arrebatár por el viento, si no está bien en el campo fecundo en que laboran hoy los que están al frente de la instrucción pública.

Que, sobre todo, hay que crear el estímulo y la tranquilidad, fuente de trabajo y de virtudes, se demostraría con esto; que el señor ministro haga una *enquête* cerca de todo el personal docente de la república, preguntándole cuál es su más íntima aspiración; que asegure la impunidad de la sincera respuesta, y todos, casi absolutamente todos:

—¿A qué aspira Vd. en su carrera?

—A abandonarla.

Saludo al señor director respetuosamente.

N. N.»

* * *

La casualidad, que siempre encierra más lógica de lo que parece, según el criterio común, desde que en ella hay la intervención á veces inconsciente del hombre, como de la providencia, según madame Girardin que decía: «la casualidad es el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar», me acaba de forzar á dos rectificaciones en el curso de escritura rápida de estas páginas: Un error de prevision involuntaria, y una comprobacion de mentira sistemática, aunque venga abonada, para peor, por personas que respeto.

El doctor Serú ya no irá de diputado, y me place mucho hacer acto de justicia al

resto de pudor que ha obrado en él, para no agravar tanto á sus amigos, que, sobre impotentes, quedaban en el ridículo si tras de su exaltacion favoritista no arrastraba para ellos ni siquiera una migaja de algunas diputaciones caseras.

La rectificacion no alcanza á la escuela perniciosa del político, ni el mal éxito de su tentativa *de colgada*, destruye absolutamente en nada su propósito de claudicacion.

Es que fué sorprendido y descubierto hábilmente por sus enemigos, y hubo alguna altivez en la oposicion que le dijo: ¡alto!

Junto con este dato que me comprueba el diario *El Comercio*, de fecha tres del corriente Marzo de 1902, en que se avisa que Serú ha sido sustituido por el *Profeta Joaquin*, se dá á conocer tambien la lista de candidatos proclamados por el oficialismo incontrarrestable, para diputados á la Cámara provincial.

Nunca pudo elejirse con más acierto, un refuerzo de *nepotes* juramentados para elejir

posteriormente senador al Congreso al actual gobernante, según ley ya invariable en el país.

Sin embargo, en la comunicación que firman los presidentes y secretarios á quienes protesto desear guardarles respeto, se inserta *por puro lujo de oficiosa mentira*, el siguiente párrafo:

«La Convención entiende que esta designación no responde á propósitos partidistas ni implica para Vd. ningún compromiso político, pues solo ha querido llevar á la H. Legislatura ciudadanos representativos de la opinión, que en el ejercicio del mandato popular no tengan más norma que los dictados de su conciencia y las inspiraciones del patriotismo.»

¡Si casi estoy por decir que tiene más razón de la que le niego antes, el ministro Gonzalez!

¿Conque se elijen á esos, buscando solo concurso de ideas y de patriotismo?

Pongan la mano en la conciencia todos,

y digan si no dejan en blanco, con miserable egoismo, á más de treinta jóvenes, por lo ménos, que han mostrado preparacion en la ciencia social y del derecho, mucho más que la mayoría de los elejidos.

Se excluyen hasta miembros que han servido á ese mismo círculo imperante, por el solo temor de que incomoden con opiniones propias en las vírgenes tribunas para la mayoría! Hablemos y pensemos claro, repitiendo: responsabilidad á quien le toque, «si algunas caricaturas se pareciesen á alguien, no es culpa nuestra; en su mano está el corregirse». ¡Viva el éxito y el aliento para los buhos apagadores!

* * *

No será este otro aparte, una defensa anticipada, sinó un explicativo de cómo clasifico yo, y deseara que entendiera el vulgo, las pasiones del hombre.

Para defenderme ante los que pudieran sentirse molestados, no tendría más que recordarles la anécdota que el doctor Saldañas narra respecto del tirano Rosas, apreciando ante sus principales adulones favoritos *El Facundo* de Sarmiento, escrito en Chile bajo la más amarga nostalgia y el odio implacable hácia los enemigos que lo tenían en el ostracismo.

—«Así se ataca, señor..... bien dicho, señor..... así se defiende una causa, señor.....

á ver si ustedes, me defienden con el talento con que me pega ese loco, señor, á ver.....»

Y Stockman, en la aldea, parodiando el estribillo del *Restaurador*, diría:

—A ver pues, señor, si alguno de esos eunucos frios é intrigantes á quienes se favorece y teme y con quienes se contempORIZA por cobarde carácter, sabe defender á los atacados señor, como este loco lo hace en estas pájinas, señor, desde su irremediable ostracismo, en pleno terruño natal, donde alcanzan mejor las traidoras flechas por menor distancia; á ver, señor, á ver.....

Nada es más humano y creador que el fuego y la pasión del hombre.

Lo que es la muerte para el alma propia y para las otras, como para la naturaleza, es el hielo, capricho monstruoso y degeneración de las fuentes de la vida.

Jamás hubo martirio y heroísmo sin pasión.

Las ideas mismas y los actos humanos

no tienen nunca el poder virtual de aplicacion eficaz para el progreso, si no llevan el calor y fuego inicial que las hace expansivas y dilatables para el bien y hácia el ambiente alto donde, vista arriba, buscamos el ideal. Las grandes ideas son siempre hijas de los nobles sentimientos, decía Avellaneda.

Este es el criterio y el sentir íntimo de la humanidad, aunque no lo parezca á primera vista: se siente admiracion por el razonamiento calculado de Maquiavelo dando lecciones á un príncipe para que llegue á ser fuerte y capaz de hacer ó preparar la unificación de los pueblos italianos; nos inclinamos ante el talento previsor, activo y tenaz de Bismarck hásta llegar á Sadowa, coronando el sueño del rey Sargento y de Federico el Grande; pero ninguno de esos triunfadores fríos despierta el sincerísimo amor como hacía Washington y San Martin, todo altruismo y todo corazon.

Por instinto nos alejamos del frío y nos allegamos á la estufa. Pero, asimismo, por fatalidad, siempre el hombre solo, y el hombre colectivo ó humanidad, inclinándose al éxito!

«Locos son Catilina y Masanielo
Porque les fué contraria la fortuna,
Que la suerte feliz no merecida
Es genio, y es demencia la caída!»

Debiera predominar el criterio que mide el grado de sacrificio en las acciones del hombre, para discernir su mérito, tanto más real cuanto se pronuncien reivindicando lejana justicia, negada por el poder invulnerable.

No maldigais pasiones altruistas, que todos los espíritus selectos las sintieron.

«¡El mismo Dios entre la cruz muriendo!»

Estudiad la pasion de estas pájinas, recordando su inspiracion y su móvil y el momento histórico tan peligroso para los que se atreven á gritarlas desde abajo.

No es grande la pasión de los poderosos para aplastar á los pequeños; merecen siquiera misericordia la de los desvalidos, acaso encadenados por el hambre, que, «*cara al tirano*» se levantan con el amor por la aflijida patria para decir:

«Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo!»

* * *

Firme. Paso de..... porfiado, y sigamos apuntando al blanco.

Mi joven amigo, á quien no tuve un momento olvidado por cierto, apareció de nuevo. Había leído y estudiado su drama.

Rara síntesis de las nuevas explicaciones ó noticias que me dió.—«He intentado un ensayo de *drama nacional* inspirándome en el método, las ideas y la tendencia crítico-satírica de las comedias políticas de Aristófanes..... solo excluyo el coro, que en la imposibilidad de caber en el escenario, lo dejo silhar desde la platea, ó donde quiera, si la obra llega á representarse ó leerse por algun curioso desocupado.»

¡Pues no es nada! Cuatrocientos cincuenta años antes de Cristo, en Atenas, frente á Mendoza, en la era vulgarísima, en la cual no queda de ateniense más que el culto de Baco, maltrecho, con pámpanos marchitos, llorando los felices tiempos del Chipre verdadero, sustituido en hereje profanacion histórica y poética, por el vinagrillo que elabora la insaciable ambicion de sindicatos judíos de bodegueros sin conciencia!

Hace pocos dias, viajando por Catamarca el *formidable* poeta Leopoldo Lugones, encontró allí á un virtuoso é incansable trabajador intelectual, doctor Adan Quiroga, que le ofreció su último libro sobre.... «*Arqueología quichua; la Cruz, segun la tradicion indígena.*»

—En un medio archi-utilitario, y en tierra adentro, elucubrar sobre arqueología, apurando inducciones y disquisiciones científicas, *c'est drôle*, amigo; habrá de contentarse usted, decía el poeta, con el

aplauzo de los pocos *virtuosos líricos* que nos atrevemos á llamarnos así, y de este juicio tan encomiástico como merecido de su obra, festejando en él que los *últimos romanos* de la república de las letras, no «*rasguen su pecho*», ni se salten los sesos con la apostasía del suicidio, á título de que su pensamiento no se cotiza en suba de acciones en la Bolsa de Comercio político que hoy solo opera en cobre de baja ley y nó en el escaso oro fino que todavía produce el suelo de la Arcadia, cubierto de sal en esta degenerada tierra argentina.—Y usted, mi jóven soñador, el del drama, habrá de contentarse con que yo me ocupe, siquiera al vuelo, de su obra, para demostrar que su intento, *prima facie* absurdo, no carece de alguna oportunidad y lógica, á pesar de la distancia, en la edad y en el espacio, desde Pericles hasta un representante popular de Tunuyán.

* * *

Las cosas, que son el producto del esfuerzo intelectual humano, aparecen en el orden histórico, sucesivamente, en razón de su dificultad.

A esta ley no se escapan las bellas artes. La poesía, una de ellas.

Con las subdivisiones, sucede lo mismo.

La poesía dramática es producto del refinamiento de las civilizaciones. Con frecuencia, sus antecesoras, la épica y la lírica, son su mejor palanca y su mejor contribucion.

Evóquese á Homero en la épica inmortal é inimitable hasta hoy: Hesiodo, Bión, Mosco y Teócrito brotan espontánea-

mente, como el himno necesario é ingénuo del hombre, ante la grandeza de la historia y lo bello divino de la naturaleza; Esquilo, Sófocles, Eurípides, hasta Aristófanes y Menandro, crean dentro de una evolucion con elementos acabados en época anterior de cultura que les dan tema y direccion; Shakespeare recoge, por lo menos, el argumento de todos sus dramas de la lírica y la leyenda de pueblos del norte y de la Italia, con ser, segun Victor Hugo, el único coloso, digno *pendant* de Esquilo; la España llega á Lope y Calderón despues de Fray Luis y la épica del Romancero del Cid; la Francia, en su gran siglo de oro, crea sus grandes tragedias de trasuntos griegos y españoles; olvidaba la civilizacion latina, imitadora y sin originalidad, justamente en su teatro, como inmortal en su *Tebaida*, *Farsalia*, *Encida* y en la lírica de Tíbulo, Catulo y Horacio, etc., etc.

La dramática nacional, no es para épo-

cas de transicion ni para mediana cultura en los pueblos.

Obedecemos nosotros, casi salvajes, respecto de progreso intelectual, á la ley enunciada.

No tenemos teatro, y todo esfuerzo en tal sentido, se tomará con la benevolencia necesaria á todo heroico y difícil ensayo, hijo casi siempre de la emulacion exótica, y sirviendo á la paráfrasis y á la imitacion.

· · No puedo estenderme, para no desnaturalizar más la índole de estas pájinas, más militantes que doctrinarias.

La imitacion no excluye siempre la originalidad, prerrogativa que, en absoluto, solo pertenece al genio, *rara avis*, cada dia más rara, por el fenómeno de la moderna é igualitaria civilizacion que tiende á levantar, uniformemente para todos, la superficie intelectual con la síntesis de las ideas y la simplificacion de la ciencia.

Cuando, dentro de lo general y humano,

el escritor logra establecer fatal y necesaria afinidad entre su pensamiento y los hechos é ideas del medio social en el cual produce, realiza una obra nacional, por más que reminiscencias ó personajes de su accion sean exóticos. Fausto y Margarita, de Estanislao del Campo, son los mismos rubios alemanes de Goethe, que se reproducen en una obra *argentina*, tan nacional como la de *Martin Fierro*, que vive, habla, lucha, gime y desespera el alma nativa en la pampa, donde le alcanzan las injusticias y tristezas de una civilizacion inicialmente corrompida y venal. Ambas vivirán, porque representan un carácter estable, una fàceta clara y definida de un estado *acabado* de la vida de un pueblo, como diría Taine. Eso es condicion de inmortalidad.

Hace veinticinco siglos, Aristófanes llevaba al teatro las miserias políticas en una democracia turbulenta que, pasando por la etapa del predominio de los dema-

gogos, debía llegar al absolutismo de los tiranos.

«En tanto que existan hombres,
El mundo ha de ser así.»

Mi joven poeta estudia la historia, lee y medita al clásico, se transporta mentalmente á la plaza pública, mal envuelto en la clámide, á vociferar más alto y más cínicamente que los demagogos canallas en el poder: se lucha, se miente, se mistifica la doctrina legal de Solon, se falsea el sufragio que manda al ostracismo á Aristides «el justo», para concluir por aclamar á un impostor ignorante, hipócrita y audaz.

Detiene su fantasía, concentra sereno su pensamiento, aunque tenga desesperada el alma; vuelve á la Patria; la vé, la siente; oye en la plaza vociferar á los argentinos, mistificar la ley, violar la conciencia en el sufragio, mandar á los justos al ostracismo y exaltar á las nulidades odiosas al pináculo.....

Escribe en español, y él no tiene la culpa de que el clásico maestro se haya anticipado siglos al cuadro y á la verdad que palpan sus ojos.

«*Lucha estéril*»—Desde aquel entonces, se viene señalando el camino de víctimas sublimes y líricos *Caballeros de la Mancha*.

Libro y papelitos cantan:

Gobernaba Cleon en Atenas, uno de los tantos demagogos perversos y ordinarios que el servilismo popular venía consintiendo en la época de degeneración, preparada por el sofisma filosófico y político, por las guerras civiles, y por el amor al oro persa cuya virtud estaban haciendo conocer los tráfugas y los sibaritas que habían olvidado los baños en el Eurotas y los juegos de la palestra.

El personaje era temible. Baste decir que, en medio de la vigente tradicional costumbre de poner en escena á los ilustres atenienses, al representarse el drama *Los Caballeros* de que nos ocupamos, ningun

actor se atrevió á hacer su máscara ni siquiera el fiel Calistrato en quien se confiaba siempre Aristófanes, que, esta vez, tuvo que subir en persona á la escena para suplir la falta.

Era un usurpador vulgar, celoso de las ajenas glorias, que sabía apropiárselas. A Demóstenes, el orador y general, le disputó y oscureció su brillante acción de Pilos, narrando el hecho en estas palabras el tribuno: «Habiendo yo amasado en Pilos un poco de harina lacedemonia, Cleon, con mucha sutileza, dió la vuelta, me la quitó ocultamente, y la ofreció al pueblo como suya».

Cleon había sido curtidor; el poeta lo pinta elocuente y de una audacia eficazísima «que ha sorbido el seso con sus gritos y denuestos oratorios al viejo Demo, chocho y gruñon, de áspero é irascible carácter», que en el coro personifica al pueblo.

Los generales Nicias y Demóstenes, cons-

piran, deseando servir á sus nobles ambiciones y á la República.

Cita textual: Los personajes de la comedia son Cleon, Demóstenes, Nicias, general que mandaba tambien en Pilos,—pero que dimitió al nombrarse á Cleon,—Agoracrito, coro de los caballeros y el pueblo. Nicias y Demóstenes figuran ser esclavos de un viejo comedor de habas, bilioso, que había comprado hace poco tiempo á otro esclavo curtidor, paflagon, el cual los hacía sufrir mucho. Aquél es el pueblo, éste Cleon.

Resuelven los dos salir de tanta opresion y aprovechándose de una ocasion en que Cleon dormía, se apoderan de unos oráculos que decía haber recibido de su adivino en que se le anunciaba que había de gobernar á Atenas. Pero, en el mismo escrito había otro que decía, que un morcillero debía quitarle á él, y ponerse en su lugar.

Por lo que Demóstenes y Nicias persuaden á Agoracrito,—que tenía su mesa de embutidos en la plaza, — que los oráculos

le destinaban al gobierno de la república.

Entre tanto, despierta Cleon, se alborota, trata de conspiradores á los tres.

Agoracrito empieza á disputar con él: los dos se dicen desvergüenzas; los caballeros animan al morcillero, quien pega á Cleon. Este le lleva al Senado, del cual se burlan, ó más bien dicho, el poeta.

A la vuelta continúa la zambra entre los contendientes, quienes acuden al pueblo. A éste le tratan con más respeto. Cleon, con voz melosa procura engañarle, como acostumbra; pondera lo que ha hecho en su favor.

Agoracrito le refuta.

Cleon ofrece de comer al pueblo; el otro también. El pueblo está ya casi rendido á Cleon, cuando se le ocurre á Agoracrito proponer que se examine el cesto en que se han traído los manjares: el de Cleon estaba todavía lleno despues de haber regalado al pueblo; el de Agoracrito vacío, con lo que se conoció que en sus dádivas

se reservaba la mejor parte, y en el manejo de los negocios no escrupulizaba.

Así el pueblo, engañado hasta entónces, habiendo tomado un nuevo vigor y como rejuvenecido, quitó todos los honores y empleos á Cleon, y los confirió á Agoracríto. (1) Cuenta éste, cuando compite con Cleon en malicia, astucia y locuacidad, que, siendo niño decía á un cocinero: «mira á una golondrina; es señal que estamos ya en la primavera»; y mientras se asomaba aquél á la ventana, le robaba la carne. Al observarlo el cocinero, lo negaba, y juraba que no había hecho tal cosa. Oyéndolo

(1) Un traductor de Aristófanes, Baráibar y Zumárraga, intercalaba á esta altura de su crítica lo siguiente: Cleon acude al Senado y al pueblo: pero su rival obtiene nuevos triunfos, hasta que al fin se presenta con el anciano Demo, completamente remozado y embellecido, y con firmes propósitos de enmienda. Para probar su arrepentimiento, el pueblo arroja al Paslagonio de su presencia y celebra las *dulzuras de la paz*. (Como en Atenas, como en Roma, como en Varsovia, como en la República Argentina; ya se sabe, lo que importa para la vida cívica de los pueblos, las *dulzuras de la paz!*)—*Los Coballeros* se representaron en las fiestas *Leneas*, á raiz de los acontecimientos de Pilos, el 425 antes de Cristo, habiendo obtenido el primer premio.

una vez un orador, dijo: «no es posible que este niño deje de gobernar la república». Rasgo mordaz que prueba qué clase de hombres dirijían entonces los negocios de Atenas.

Con estos antecedentes, veamos ahora el fragmento de la escena de *drama nacional argentino*, escrito por Aristófanes, aun antes de que Pláton hubiera soñado siquiera la *Atlántida*:

.....
.....

(Nicias y Demóstenes, clandestinamente en la casa de Cleon, el paflagonio.)

Nicias.—Qué suerte! Nadie me ha sorprendido!

Demóstenes.—¿Qué hace el Paflagonio?

Nicias.—Harto de golosinas y de vinos, el muy bribón ronca tendido sobre sus cueros.

Demóstenes.—Entonces, escánciame vino con mano pródiga, como si fuera para una libacion.

Nicias.—Toma y haz una libacion en honor del Buen Genio; bebe, bebe el vino del Genio de Prammio.

Demóstenes.—Oh, Buen Genio! esta idea no es mía, sinó tuya.

Nicias. — Habla pronto. ¿Qué se te ha ocurrido?

Demóstenes.—En la casa mientras duermo, escamotéale sus oráculos al Paflagonio.

Nicias.—Lo haré. Mas temo que el Mal Genio te haya inspirado semejante idea.

Demóstenes.—Anda, en tanto, llenaré yo mismo la copa. Tal vez este trago haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

(Vuelve).

Nicias.—Con qué furia ronca y se desahoga! Así es que le he sustraído sin dificultad aquel sagrado oráculo que guardaba tanto.

Demóstenes.—Tu destreza no tiene rival.

Dámelo para leerlo. En tanto, échame vino á toda prisa. Veamos lo que dice. ¡Oh, que precioso hallazgo! Dame, dame pronto la copa.

Nicias.—Toma; ¿qué dice el oráculo?

Demóstenes.—Lléname otra.

Nicias.—Cómo! ¿El oráculo dice, lléname otra?

Demóstenes.—Oh, Bacis!

Nicias.—Por qué es ello?

Demóstenes.—Dame pronto la copa.

Nicias.—Sin duda Bacis menudeaba los
.. tragos.

Demóstenes.—Maldito Paflagonio! Por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo que se refiere á tí!

Nicias.—¿Cómo?

Demóstenes.—Aquí se dice cómo ha de perecer.

Nicias.—Pero, cómo?

Demóstenes.—El oráculo dice terminantemente que primero habrá un vendedor de estopas que gobernará la re-

pública.

Nicias.—Ya hemos tenido el vendedor. Y despues.

Demòstenes.—Será el segundo un tratante en ganado.

Nicias.—Ya van dos comerciantes. Y á ese, ¿qué le sucederá?

Demòstenes.—Mandaré hasta que aparezca otro hombre más perverso que él. Caerá entonces, reemplazándole un Paflagonio, comerciante en pieles, ladrón, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Ciclóboro.

Nicias.—¿El tratante en ganado debía, pues, ser derribado por el comerciante en pieles?

Demòstenes.—Sí, por cierto.

Nicias.—Infeliz de mí! ¿Dónde podremos encontrar otro comerciante?

Demòstenes.—Aún hay otro de astucia extraordinaria.

Nicias.—Quién? Por favor, ¿quién es?

Demóstenes.—Lo diré?

Nicias.—Sí, por Júpiter.

Demóstenes.—Un choricero será quien le derribe.

Nicias.—Un choricero! Nobilísimo oficio, por Neptuno! ¿Pero dónde hallaremos á ese hombre?

Demóstenes.—Busquémosle.

Nicias.—Ahora entrá uno en el mercado. Los dioses nos lo envían.

(Entra el choricero con una tabla llena de embutidos)

Demóstenes.—Ven, ven, choricero dichoso! Adelante, hombre querido, á quien está reservada nuestra salvacion y la de la república!

Choricero.—¿Qué es esto? ¿Por qué me llamais?

Demóstenes.—Ven acá, y escucha tu feliz y afortunado destino.

Nicias.—Ea, cógele el tablero, y entérale del oráculo del dios y de su contenido. Yo voy á ver lo que hace el Paflo-

gonio.

Demóstenes.—Vamos, deja primero en el suelo tus mercancías, y adora despues á la tierra y á los dioses.

Choricero.—Héme aquí. ¿Qué es ello?

Demóstenes. — Mortal bienaventurado! Mortal opulento, que *hoy no eres nada y mañana lo serás todo!* Oh, jefe de la afortunada Atenas!

Choricero.--¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

Demóstenes.--¿Qué tripas? ¡Insensato! Mira allí. ¿Veis esas filas de ciudadanos?

Choricero.—Las veo.

Demóstenes.—Pues bien, tú serás su jefe, y el jefe del mercado, y de los puertos y de la asamblea; pisotearás al Senado; destituirás á los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás á prision establecerás tu mancebía en el Prítaneo.

Choricero.—¿Yo?

Demòstenes.—Sí, tú; y aún no lo ves todo.
Súbete sobre ese tablero y mira todas
las islas del rededor.

Choricero.—Las veo.

Demòstenes.—Bueno, ¿y los mercados y las
naves de carga?

Choricero.—Tambien.

Demòstenes.—¿Puede haber fortuna mayor?
Dirije ahora el ojo derecho á Caria y
el otro á Caledonia.

Choricero.—De modo que mi gran fortuna
vá á ser quedarme bizco?

Demòstenes.—No, tú *venderás* todo eso.
Porque llegarás á ser, como el oráculo
lo dice, un gran personaje.

Choricero.—Però, ¿cómo yo, que soy un
choricero, llegaré á ser un personaje?

Demòstenes.—Por eso mismo llegarás á
ser un gran hombre; porque eres un
canalla audaz, salido de la hez del
pueblo.

Choricero.—Me creo indigno de ser grande.

Demòstenes.—¡Pobre de mí! ¿De qué te crees

indigno? Parece que aún abrigas algun buen sentimiento. ¿Acaso perteneces á una clase honrada?

Choricero.—No, por los dioses; pertenezco á la canalla.

Demòstenes.—Oh, mortal afortunado! ¡De qué felices dotes de gobierno te ha colmado la naturaleza!

Choricero.—Pero, buen amigo, si no he recibido la menor instruccion. Si solo sé leer, y eso mal.

Demóstenes.—Precisamente, lo único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal. Porque el gobierno popular no pertenece á los hombres instruidos y de intachable conducta, sinó á los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones, y lo que los tiempos exigen de *tu patriotismo!*»

.....
.....

¿Para quién escribió Aristófanes? ¿No

hubo, ó hay Agoracritos, Paflagonios en Jujuy, en Catamarca ó en Mendoza?

¡Cómo estos *super-hombres*, que viven en las alturas, se sirven del éter de los espacios que separa la distancia de su espíritu con respecto á nosotros, de vidrio de aumento, para ver hasta la minuciosidad de las miserias de la tierra!

* * *

Mi debutante empieza su obra en plena accion, desterrando la cansadora costumbre de que los criados ó personajes secundarios pongan al público, por insulsa charla, en antecedentes.

Carece el pobre, casi absolutamente, de la habilidad de disposicion ó arte escénico insuperable de Moreto, de la fecundidad de Lope, y de la reflexiva sutileza filosófica de Alarcon.

Abusa del monólogo y recurre al jénero tan socorrido de la *revista*, tan contraria á las clásicas *unidades* aristotélicas, desterradas por los modernos por incapacidad, más que en obsequio de la amplitud con

que el genio artístico debe dar forma á sus creaciones y á su pensamiento, múltiple en más múltiple y complicado escenario humano.

Se practica una eleccion en el atrio de la Iglesia Matriz. Los escrutadores, nombrados exprofeso por el oficialismo, para dar buena cuenta de su cometido, rodeados de dos ó tres docenas de rotosos encabezados por Recio ó Aguilar, los mismos que en otro tiempo tenían opinion y hasta cuero blanco dispuesto á ser agujereado por el sable ó la bala del fusil de chispa si se les negaba el derecho de libre voto, forman un abigarrado conjunto de tristísima degeneracion cívica, la misma que en plancha fotográfica sacaban jóvenes tan briosos en otro tiempo, como sometidos y tráfugas en el dia de hoy. Dos ó tres *ríjidos* viejos, fiscalizan con prosopopeya olímpica la *lealtad* obligada de los que deben sacar el triunfo de los *ungidos* por el procónsul. Todo marcha en orden.

Aparece al frente de un grupo bien numeroso, tres á cuatrocientos, el protagonista, que se permite arengar antes del acto democrático á la multitud: joven recién llegado á su querido terruño despues de abandonar las aulas universitarias, donde el libro, la palabra y el ejemplo de la víctima de su patriotismo, Manuel Estrada, le ha inculcado la fé para luchar por las libertades públicas, cuyo alcance moralizador es necesario en estos pueblos que ensayan la vida constitucional despues de la tiranía, y viene con el talento lleno de sueños y de empuje, seguro del éxito en el proceso donde desenvolverá su ciencia y su lejítima ambicion.....

Se producen escenas violentísimas que dan al traste con la paciencia del asombrado corifeo que no comprende tamaño obstruccionismo, ante tan manifiesta superioridad de fuerzas populares á quienes no se les permite el acceso para el lejítimo triunfo.....

Los *rígidos* fiscales descubren un obstáculo y una voluntad insolente que no ha pedido permiso para tener conciencia y para poner en giro el capital con que una institución nacional universitaria le ha proveído para el servicio de la Patria y de su ideal.

La elección ha concluído, según la lógica de los tiempos y nó. de la ciencia política del maestro; los *rígidos* inscriben, desde ese momento, en el libro negro al *leader* audaz, que pasará la noche en la mazmorra policial por *desacato* y por *desórden*, promovido en el momento mismo del acto más augusto de nuestras prácticas democráticas y republicanas.....

No se ha ahogado en el Rubicón, pero acaba de decretar su destino, que á los *rígidos*, y al mismo pueblo á quien sedujo la verdad y la belleza de su elocuencia, tenga que decirles más tarde sin llegar al Senado romano: *¡tu quoque!*

Antes de terminar el primer acto que

acaba con el cajonario ¡viva la patria!, viva el Presidente!, bajo cuya *patriótica* advocacion es de regla que se suceda todo lo electoral de esta tierra, los rígidos *moralizan* sociológicamente sobre lo iluso de esta juventud que quiere llevarlo todo á sangre y fuego, forzando los tiempos y pretendiendo realizar la libertad pura del sufragio, sin el ensayo bastante en los tiempos.

¡No es nada, unas cuantas horas! Apenas desde 1810 y desde el famoso Congreso del año trece, en que esbozaron unas utopias sacadas de los revolucionarios franceses; ochenta años, y ya quieren estos imberbes que sea tiempo de ensayar y tomar á lo serio esas elucubraciones de la Arcadia y de los poetas políticos!

* * *

El patriotismo absolutamente altruista se descorazona fácilmente, pero cuando hay ambición tenaz de por medio, se fortalece y no cede pronto.

En medio de su secundaria actuación, no falta quien reconozca en él ciertas facultades superiores, lo que detiene un escepticismo que se defiende también con un tanto de propia conciencia y cierta ampulosa vanidad.

Como la vida política se hace con suma de voluntades y sufragios, ha optado por un partido desde que el aislamiento, la unidad sola, no se cotiza ni en los atrios ni en el Comité.

Opta *por estar*, no *por ser incondicional*, entre los de levita, transigiendo con errores y abusos del pasado—¡no hay remedio! vá descendiendo de la luna.

Empieza á agriar intimamente su carácter tras repetidas postergaciones con que le favorecen sus mismos amigos.

En varios *cuadros*, en la escena del drama-revista, desfilan personajes y controversias doctrinarias producidas alrededor de designaciones de candidatos que se discuten. Nuestro joven *se muestra*, es aplaudido siempre por la lucidez de su criterio y la elegancia de su elocuencia—¡inocente! Años pasan ya; desfilan por las poltronas á su vista y paciencia, hasta los *rurales* más bufos; no comprende cómo no se cotizan para él los aplausos!

¡Maldita indiscrecion! Escribe en los diarios, y muchas veces, en generalizaciones doctrinarias, se le escapan conceptos que aluden á los mismos pecadores amigos, que redoblan propósitos ocultos de

eterna excomunion.

Lo vá comprendiendo.

Se trata un dia de la organizacion de fuerzas que sirvan á una reaccion patriótica tras el derrocamiento de un déspota concusionario. Hermoso campo para el protagonista, ya que es el advenimiento de los hombres honrados, de la sana juventud que no cree que van veinticuatro horas desde el año trece á nosotros.

Hay en la revista una bonita y naturalista exhibicion de *Caballeros Neronés*, del espíritu *vaudeville*:

«El pensamiento libre
Proclamo en alta voz;
Y muera el que no piense
Igual que pienso yo!»

Elesceso de regeneracion vá conduciendo al país á la anarquía; las ambiciones á ser personajes que surgen, lo mismo en el zapatero y despues asesino presidiario Donoso, como en el imberbe analfabeto patricio que grita y pregona su incorruptibi-

lidad, no desmentida, desde que no ha tenido vida pública en qué probar lo contrario, provocan el advenimiento de los lobos y los zorros viejos, con restablecida influencia ante el peligro de la Patria.

Las intervenciones oficiosas *pancho-panélicas* recorren la República para distribuir el botín del río revuelto.

En todas partes, en los puritanos y los imberbes, como con la *Rosina* inmaculada, pudieron reproducir la escena:

— *Un biglietto.*

— *Eccolo qua.*

— *Per Dio! stava scritto!*

.....

Y empezó desde entónces la función de títeres con el *Silforama*, ó el *Cinematógrafo*.

El protagonista asistía á la feria y la almoneda abierta: los viejos, fundadores, gefes y dueños del nepotismo, reconquistando feudos y el diezmo, por derecho divino; y los jóvenes, los imberbes incorrup-

tibles; clamando por el premio de sus apostasías.

«Me doblegué una vez, y dos, inmensamente,
y tres..... y acaso más!
De la abyeccion la inextinguible fuente,
No se agota jamás!»

Mi héroe observa á puritanos que, en el delirio de su ambicion, en la seguridad de que lo que importa es realizarla para satisfaccion propia y adulacion exitista del vulgo, agotaron en cinco ó seis veces, en distintos mercados, la oferta para la cotizacion de sus acciones.

No importa, rechazo tras rechazo; la certeza de la fidelidad es insospechable, porque ya no existen más compradores.

«Así con Satanás Julio habló un día
— ¿Quieres comprarme el alma?... Vale poco;
Tan solo por un beso la daría.
— Antiguo pecador: ¿te has vuelto loco?
— La compras? — No--¿Por qué? — Porque ya es mía!»

(Escribo esta página en la noche del día

tres de Marzo, donde se inserta un suelto en *El Comercio* titulado «*Movimiento político.—La convencion de ayer*», en el cual se dá á conocer el nombre de los candidatos á diputados nacionales y provinciales, designados por el círculo oficialista, compuesto hoy en su mayoría de antiguos cívicos rojos, algunos de los cuales clamaban en los dias álgidos por el remedio heroico de colgar al general Roca en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires!)

* * *

Nuestro joven penetra en la sociedad, buen mozo, entusiasta, cuida los alfileres de su *tenue*, impresionable, casi romántico.

Hijo del terruño, sin parentesco con los *nepotes* insaciables, en eterna tentativa de éxitos políticos sin resultado, sin fortuna heredada ó adquirida, resulta lógica su actuacion oscura y su poco favor ante la *crême* del bello sexo que desde tiempo inmemorial rinde aquí, más que el hombre, tributo á los advenedizos audaces, que siguen en auge á pesar de los chascos y la insolente correspondencia con que tantas veces han ofendido y aflijido á la honesti-

dad criolla, como el conde Telfener en la docta ciudad.

Ama entrañablemente á una criatura gentilísima, impresionada por un alma altiva y viril; amor que se redobla por vanidad, ante la oposicion tenaz de una familia calculadora que sueña con la positiva y honrosa alianza de un patricio mudo, de ensimismado y prematuro severo aspecto; diplomado en tacañería para conservar y multiplicar billetes en la no menos diplomada y única aptitud de arrear animales por la cordillera, que suelen ir en buena compañía.

El rival pertenece á un género ó especie clasificada desde los tiempos de la tiranía: los *quejadores*, muy afortunados en el mundo social donde se agasajan por el dinero, y en el mundo político por el poco peligro que ofrece su mutismo y la falta absoluta de accion, sobre todo de aquella que importe gasto electoral.—Se toman para disimular unanimidades *nepó-*

ticas casi siempre.

Gobernaba Rosas, que no conocía personalmente á su lugarteniente de Mendoza, que un día envió como *chasque* á la capital á un Comandante sanguinario que no mencionaré, como tampoco al Caporal....

—Dígame Vd.: ¿qué clase de hombre es el gobernador de Mendoza....? dígalo pronto, y franco.....—ordenó Rosas al enviado.

—Vea, Excelencia, es un individuo *que se llega á quejar de bruto, señor!* . . .

Con ciertas intermitencias, en las posiciones de menor cuantía, en las decorativas sobre todo, viene triunfando la *especie* desde su clasificación zoológica por el naturalista mazhorquero. . . .

En la *revista*, aparece el cuadro de una tertulia que, con exajerado pesimismo se dejan ver los últimos resabios de *rastiquerismo* por la aspiración aristocrática indígena, y el *pêle mêle* resultante de *parvenus* resucitados, á quienes el dinero abre puertas, pero no enseña ni maneras, ni á ha-

blar delicadamente, ni inculca el respeto hacia la sociedad, sinó que por el contrario, les estimula ordinaria y chocante suficiencia.

En la antesala, se produce un incidente: justamente el rival criollo y de fortuna, se desboca en un círculo, rajando con el mayor cinismo y la más calumniosa injusticia el honor de un apellido limpio, al censurar la conducta moral de una señorita sin parientes masculinos poderosos (¡lo mismo sería que los tuviera!). Nuestro protagonista impone silencio al infame que, á su vez, redobla previamente el desborde de sus calumnias en generalizaciones que ofenden á toda la sociedad y al mismo defensor especialmente. Se restablece el orden con la amenaza ó preliminares de un lance de honor, sobre el terreno.

Empieza el comentario entre la concurrencia.

Una joven espiritual que viene recordando la historia y el ridículo desenlace de todos *los lances* que desde varios años á esta

parte se vienen sucediendo, nó en el terreno, sinó sobre el papel, en Mendoza, dice: «Es muy fácil arreglar eso, porque irán á la casa del doctor..... N. N. y del otro señor X. X., padrinos prácticos obligados, que tienen impreso ya el formulario de distintas actas, para las diversas emergencias, por raras que resulten: hay para todos los casos, por graves que sean.»

¡El colmo más hiriente, es el que la mujer llegue á negar á la juventud hasta los atributos morales de su sexo!

La mayoría calificó de ¡Quijote! al que hubo mostrado aptitud para ofenderse íntimamente por injuria personal y por injuria colectiva.

Otro agrega: «*C'est Paul de Cassagnac, ça ne fait rien!*»

Por conversacion accidental en otra escena posterior, se recuerda el indispensable resultado: se labraron las actas con la correspondiente patente de honorabilidad á los duelistas y padrinos que, á excepcion

del ofendido que exigió la reparacion, consideran un bellaco imbécil al venerable presidente del Ministerio Francés, Fouquet, creo, que á los sesenta y dos años, por injurias pronunciadas en el Parlamento, descendió al campo del honor á medirse á espada con el general más joven y más brillante entonces de la Francia, Boulanger, de cuarenta y cinco años, cuya buena vista y pericia no pudo detener la estocada del pundonoroso anciano que le pasó la garganta de parte á parte.

.....

Esto y su carácter cada día más impaciente por realizar sus sueños altruistas y personales, mostrado en crítica franca por los injustos obstáculos que se oponen gratuitamente, en menoscabo de la misma sociedad que desea impulsar, contribuyen á que sus acciones bajen cada día más y autoricen hasta el calificativo de *perseguido* con que aquí es corriente llamar á los que no se resignan al fracaso, tan evangélicamente.

Dentro de su partido, en que persevera tantos años, vé alejarse cada vez más su horizonte.

Escribe en los diarios la realidad ó su escepticismo: se ofende la propia conciencia cuando por hipocresía, por tacto dicen otros, no se dá el hombre por apercebido de la injusticia ó injuria de que es víctima.

* * *

Sin claudicación, vá á otro escenario, en busca de más probables afinidades.

Su juventud, bullente aún, á pesar de las tristezas lójicas por el fracaso de su vida, se aviene al nuevo círculo que actúa políticamente, y se divierte, siguiendo el constante buen humor de su jefe, indiscutiblemente superior á todos los miembros del grupo.

Pasa una época en el halagador y pernicioso desborde de pasiones, antes dormidas, que encienden la nueva turba que, en general, solo festeja el presente, sin prevenir la esterilidad, la miseria y el rebajamiento del mañana.

* * *

Hay en la *revista* la exhibición sucesiva de dos cuadros, casi indignos del teatro:

Una casa tomada *ad hoc*, para pasar una noche en la orgía del juego, y, para compensación de perdidosos y aburridos, la cena copiosa con más copiosas y liberales manolitas:

«En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.»

.....

Consumido su caudal en la carpeta, como en mil otras tantas ocasiones, que le han dado razon justa para la afliccion por infinitas deudas, y para merecida censura por el nuevo flanco abierto á los vicios de una juventud sin fuerza moral para detenerse por falta de esperiencia, por falta de fomento en ideales por el estudio, el ejercicio del carácter y la cultura del espíritu, el protagonista evoca, en la lucidez del desesperado momento, las numerosas víctimas de esa vida que hombres maduros, con la autoridad de su prestigio y de sus años, pudieron encauzar hácia rumbos reparadores, para crear fuerzas útiles á la sociedad, y no para la muerte moral de tantos, dignos de mejor suerte: muchos en la ruina y algunos en la deshonra, otros en la enfermedad incurable por no comprimidos abusos viciosos; otros tantos en la fuga del querido terruño natal; otros en el rebajamiento de la educacion recibida y de su innato talento;

otros en el suicidio y.... sólo de pie, fuertes y sin remordimientos, los cómplices y culpables de tamañas hecatombes!

....., ..

El otro *cuadro* que presenta la cena, empieza: «Venga vino, en él se ahoguen mis recuerdos». Se desborda el champagne y también la bestia.

.....

Todos ruedan por fin.

Ménos uno: el hombre fuerte, el hombre-equilibrio, que mantendrá prestigiosa superioridad ante sus fieles, aun en la tormenta, en la vorágine, en la revoltosa tempestad: si en ella se pesca, el botín será para él solo. Lo ha merecido. Es justicia!

Mi protagonista apenas balbucea ya lúcidamente:

«Palpé la realidad y odié la vida;
Sólo en la paz de los sepulcros creo!»

* * *

En el acto último de la *revista*, en las escenas ocurridas en casa de la joven á quien el protagonista desea é intenta unir formalmente á su destino, como una compensacion y refugio á la desesperacion moral de su vida, se termina el drama, se explica y justifica la catástrofe.

Vuelvo otra vez fuerte á la soledad, á la expansion independiente de mi conciencia y de mi accion, se dice.

La Bandera Roja es el diario que ha fundado para retar á los concusionarios poderosos, con la exhibicion de sus fraudes y miserias políticas que, á su vez, le

han declarado la guerra sin cuartel hasta provocarlo al sometimiento ó á la fuga.

Ha comprometido y definido su más tenaz oposicion al oficialismo.

No podría ya nunca, sin el suicidio moral, transijir con él.

No obstante, por encargo del usufructuario imperante, un esbirro oficial le acaba de ofrecer una diputacion nacional, comprando su adhesion y su silencio.

Rechaza indignado:

—Ofreceis levantarme, con tal que descienda y me arrastre como los reptiles. En las crestas de los Andes existen águilas, y con ellas conviven en la misma altura los quelonios nauseabundos; los unos han escalado volando magestuosamente en los espacios; los otros se arrastraron al mismo punto; pero allá mismo, los unos quedan águilas, y los otros quedarán eternamente reptiles ante los hombres y los pueblos justos, dignos de tener un criterio y una conciencia!

La dama le ha planteado el dilema cruel: ó el arreador de bueyes, ó tú, pero en la altura.

—Ya lo veis, sed sensato: Ved ese Diputado que vá al Congreso, porque ha sido racional, cediendo tres ó cuatro veces en su terquedad; su posicion, bien vale una condescendencia, como el ilustre rey claudicó en una misa por París.

—«En vil trata, á bajo precio
Revendiste el amor santo
Con que te adoraba, tanto
Como ahora te desprecio!»

—Todo ha concluido! Bien, sin el amor para mi alma y sin la realidad para mis sueños por la Patria, Werter y Alem, esperadme en la altura!

«Si en el mar de la vida no hay orillas,
En el cielo las hay para las almas!»



Esta obrita, primer ensayo del género, fué em-

pezada por el autor el día 3 de Febrero, con el propósito de que apareciera antes del 9 de Marzo, día de las elecciones para diputados: pero ya por la estension que involuntariamente tomó, como por demoras en la casa editora, aparece más tarde, quitándole oportunidad á ciertas alusiones.

Objeté al autor del drama que me parecía artificial y ya vulgar el recurso de cortar el nudo gordiano con un suicidio, ó con una muerte violenta, que no es lo más corriente en la vida ordinaria, impropia en una obra naturalista. Su vanidad de dramaturgo novel se defendió: «Me amparo en antecedentes de mi país: si se justificó ó se esplicó por lo ménos el suicidio de Alem, amado y admirado siempre por más ostracismos que sobre él pesaran por la claudicacion de los hombres; si se esplicó por decepcion patriótica y acaso por falta del calor de un hogar con el encanto de la esposa y de los hijos; si un carácter á toda prueba se quebró ante la impotencia de una lucha estéril, no resulta ilójico que, en un teatro más mezquino y con una inferioridad moral indudable de mi héroe, se produzca el mismo efecto por iguales causas».

ERRATAS NOTABLES

<u>Pág.ª</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
68	17	llegó	llego
96	2	huao	hubo
138	8	atrás	atrae
153	4	trabado	trabajado
226	10	Rosa	Roca
266	2	segun	contra
245	15	llegue	lleguen
310	18	tertulia que	tertulia en que

